CLEMENS BRENTANO, BERNARDO E. OVERBERG Y GUILLERMO WESENER

VISIONES Y REVELACIONES DE LA VEN.

ANA CATALINA EMMERICK



TOMO I

EL ANTIGUO TESTAMENTO

EDITORIAL SURGITE!

ANTIGUO TESTAMENTO

Según las visiones de la
Ven. Ana Catalina Emmerick

- Editado por Revista Cristiandad.org -

INDICE

Número y título del Capítulo **Página**

Algunas palabras previas para el lector 5

I – Creación y caída de los ángeles 8
II – Creación de la Tierra 9
III – Adán y Eva 12
IV – El árbol de la Vida y el árbol de la Ciencia del Bien y del Mal 14
V – El pecado de nuestros primeros padres 16
VI – Consecuencias del pecado de Adán y Eva 20
VII – La promesa de la Redención 23
VIII – Adán y Eva son arrojados del Paraíso terrenal 25
IX – La familia de Adán 27
X – Caín y Abel 30
XI – Aspecto de los hombres en general – Los gigantes – Algunos Patriarcas 31
XII – Noé y sus descendientes 34
XIII – Noticias del Arca y proximidad del Diluvio 36
XIV – Noé entra en el Arca con los suyos 38
XV – Después del Diluvio 40
XVI – Tubal y los descendientes de Noé 41
XVII – Hom y sus aberraciones 43
XVIII – Dsemschid, jefe y conductor de pueblos 45
XIX – Ocasión en que vio la vidente la historia de Hom y Dsemschid 49
XX – La Torre de Babel 50
XXI – Nemrod 54
XXII – Derketo 55
XXIII – Carácter de las visiones diabólicas 57
XXIV – Historia de Semíramis 60
XXV – Fundación de ciudades en Egipto 62
XXVI – Las cronologías del antiguo Egipto 64
XXVII – Melquisedec 66
XXVIII – Melquisedec y los Samanes 69
XXIX – El paciente Job 73
XXX – El Patriarca Abraham 77
XXXI – El sacrificio de pan y vino de Melquisedec 81

XXXII – Abraham recibe el misterio del Antiguo Testamento	84
XXXIII – Historia de Jacob	86
XXXIV – Viaje de Jacob a Mesopotamia	88
XXXV – La lucha con el Ángel	90
XXXVI – Historia de José	92
XXXVII – Asenet – Origen de las divinidades Isis y Osiris	94
XXXVIII – Progresos hechos por José y Asenet en Egipto	96
XXXIX – Idolatría en Egipto en tiempos de José	99
XL – Muerte de Jacob y de José	101
XLI – Sémola, Moisés y el cuerpo de José	103
XLII – Melquisedec, Eliseo y el sacerdocio	105
XLIII – El Arca de la Alianza	107
XLIV – Joaquín recibe el misterio	110
XLV – Al fin del mundo se descubrirá y se aclarará este misterio	112
Notas	113

ALGUNAS PALABRAS PREVIAS PARA EL LECTOR

Siguiendo el sentir y la prudencia de la Santa Iglesia, reproducimos para los lectores de nuestras publicaciones la colección de manuscritos de Clemens Brentano, Bernardo E. Ovenberg y Guillermo Wesener, sobre las visiones y revelaciones de la Venerable Ana Catalina Emmerick - recopilados y corregidos por el R.P. Fuchs, O.D.B.

La cuestión de penetrar e iluminar los secretos del pasado y del futuro, de escudriñar las señales de los tiempos a la par de los favores que el Cielo derrama sobre Su Iglesia, ha sido una eterna aspiración humana. La literatura mística - tanto como la humana - ha tratado muchas veces temas tan inagotables como estos.

Este anhelo de penetrar tras el velo de la historia es tan grande que sólo el anuncio de conferencias, publicaciones o apariciones basta para congregar multitudes, muchas veces movidas por un espíritu imprudente, llevado por el prurito de novedades y emociones incesantes. Tales son los casos que desde nuestra fundación hemos procurado denunciar, aclarar y cooperar en el discernimiento.

Lo anterior no excluye la autenticidad de las gracias concedidas por medio de Nuestra Señora, de almas privilegiadas o del mismo Jesucristo Nuestro Señor. Y todas estas revelaciones, mensajes y visiones forman un "unum" coherente y sólido donde unos y otros tejen armónicamente un tapiz maravilloso y sobrenatural sobre el que contemplamos los planes de Dios sobre la historia del hombre.

Aunando el espíritu tomista a la visión maravilloso-sobrenatural de las cosas, los luminosos caminos de la prudente espiritualidad ignaciana o las reglas carmelitas de San Juan de la Cruz – por citar a los principales maestros del discernimiento – señalan las rutas a seguir para el católico fiel.

En medio de la confusión de nuestros días, donde proliferan tanto hecho extraño y sospechoso, rodeado de parafernalias y falsos misticismos, es momento oportuno de sentar doctrina y criterio. No basta buscar una conducta escandalosa de un vidente o la obviedad de una herejía manifiesta. El demonio procura siempre multiplicar los sucesos prodigiosos hasta hacer increíble cualquier gracia extraordinaria, levantando ruido, humo y centellas con

tal de cegar y aturdir a los fieles respecto a las voces celestiales.

La postura del fiel no ha de ser, en fin, ni de recelo cartesiano ni de excitación fascinada, de escepticismo absoluto ni de credulidad rendida. Por el romanticismo sentimentalista se afirmó implícitamente la visión materialista moderna. Más bien ha de ser de una prudente apertura de alma, de mucha precaución, manteniendo siempre la mesura que otorga la madurez doctrinaria y la vida sacramental auxiliada por la oración.

En cuanto a las apariciones, visiones y revelaciones aprobadas por la Iglesia, confirmadas inequívocamente tras el estudio minucioso que corresponde a cada una de estas manifestaciones, no queda más que la aceptación alegre y confiada de un hijo de la Iglesia que mantiene una santa distancia para con aquellas revelaciones que no pertenecen a la Revelación oficial.

Entregamos, pues, los presentes manuscritos confiados en que el sentido común, alimentado por la ortodoxia en la fe, sirva al espíritu como alimento de formación y perfección. Lo hacemos con el convencimiento de que si el juicio de autoridades espirituales para con estos escritos fue benévola y entusiasta, no encontrando nada contrario a la fe o a las buenas costumbres, ni doctrinas innovadoras o ajenas al modo de sentir común y consuetudinario de la Santa Iglesia, podemos dar lectura con tranquilidad. Y podemos hacerlo aún cuando no pocas afirmaciones contenidas puedan sorprender al lector poco familiarizado con las enseñanzas de los primeros Padres de la Iglesia o de doctores, videntes y otras personas de notable autoridad. Pueden no ser aceptados universalmente pues forman parte de materias discutibles. Pero indiscutiblemente – por fuertes que parezcan – contribuyen en gran manera a elevar el espíritu del lector y corregirle fraternalmente en su vida de fe.

Haciéndonos eco de todos cuantos han querido divulgar obras del tenor del compendio presente, protestamos en conformidad a los Decretos de Su Santidad Urbano VIII, que los editores al dar a personas no canonizadas o beatificadas el calificativo de santas, de virtuosísimas o de muertas con fama de santas, como también en los relatos proféticos que expone y comenta, y en los hechos que con carácter de milagrosos se atribuyen, no pretendemos dar a sus palabras otro alcance que una autoridad puramente humana, sometiéndose en todo esto – como en toda materia del presente libro – a la Autoridad Suprema de la Santa Iglesia, la gran guía humana y maestra insuperable de la ortodoxia del magisterio católico.

La interpretación que hacen los editores de estas visiones y revelaciones – fundados en su autoridad puramente humana – es de material recomendable para el estudio y formación espiritual, y no mediando interpretación auténtica de la Iglesia, se acogen junto a sus lectores a Su permisión de que *"unusquisque abundet in sensu suo"*.

Podríamos extendernos mucho más en la cuestión de la veracidad y procedencia de las diversas profecías, visiones y revelaciones en la historia humana, o de la condición de quienes participan de tales gracias o incluso de las formas de examen y crítica a las mismas. Pero tales materias excederían las proporciones de este espacio y sólo entorpecerían la lectura.
Advertido de lo anterior, dejamos al lector sumergido en las brillantes páginas que con orgullo editorial presentamos para su refrigerio y alimento espiritual.

Los Editores

I
Creación y caída de los ángeles

Primeramente he visto levantarse delante de mi vista un espacio inmenso lleno de luz y dentro de ese espacio de luz, muy arriba, como un globo resplandeciente cual un sol, y en él sentí que estaba la ciudad de la Trinidad. Yo la llamo, a mí misma, la Armonía, la Concordancia. Y vi salir de allí virtud y poder, de pronto aparecieron debajo del globo resplandeciente coros luminosos, anillos, círculos trabados entre sí, de espíritus maravillosamente esplendorosos, fuertes, de admirable hermosura. Este nuevo mundo de resplandores se levantó y quedó como un sol de luz debajo de aquel otro sol más levantado y primero.
Al principio estos coros de espíritus se movían como impulsados por la fuerza del amor que provenía del sol más elevado.
De pronto he visto una parte de todos estos coros permanecer inmóviles, mirándose a sí mismos, contemplando su propia belleza. Concibieron contento propio; miraron toda belleza en sí mismos; se contemplaron a sí mismos; estaban en sí mismos.
Al principio estaban todos en más altas esferas, moviéndose como fuera de sí mismos. Ahora, una parte de ellos, permanecía quieta, mirándose a sí misma. En el mismo momento he visto a toda esta parte de los espíritus luminosos precipitarse y oscurecerse, y a los demás coros de ángeles arremeter contra ellos y llenar sus claros. Los círculos quedaron entonces más reducidos. No he visto, sin embargo, que estos espíritus buenos saliesen del círculo del cuadro general para perseguirlos. Aquéllos (los rebeldes) que quedaron silenciosos, abismados en sí mismos, se precipitaron; y los que no se habían detenido en sí mismos llenaron los vacíos de los caídos. Todo esto sucedió en un breve momento.
Cuando estos espíritus cayeron he visto aparecer debajo un globo de tinieblas cual si fuese el lugar de su nueva morada, y supe que habían caído allí en forma involuntaria e impaciente. El espacio que ahora los encerraba, allí abajo, era muco más pequeño del que habían tenido arriba, de modo que me pareció que estaban estrechados y angustiados, y no libres como antes.
Desde que siendo niña hube visto esta caída, estaba yo temerosa día y noche de su acción maléfica y siempre pensé que debían ellos dañar mucho a la tierra. Están siempre en torno de ella, bien que ellos no tienen cuerpo. Ellos oscurecerían hasta la luz del sol, y los veríamos siempre como sombras vagando delante de la luz. Esto sería insoportable para nosotros.

II
Creación de la Tierra

En seguida de la caída de los ángeles, vi que los espíritus de los coros luminosos se humillaron delante de la Divinidad, protestaron sumisión y pidieron quisiera la Divinidad reparar y llenar los vacíos que se habían producido. Entonces vi como un movimiento y un obrar en la luz de la Divinidad, que hasta entonces había quedado inmóvil, y que había esperado, como yo lo sentí en mi interior, esa petición de los ángeles. Después de esta acción de los ángeles estuve persuadida que ellos debían permanecer firmes y no podían ya caer. Se me dio a entender, sin embargo, que era decisión y decreto de Dios, por causa de la caída de los ángeles, que debía haber lucha y guerra mientras no se llenasen los coros de los ángeles caídos. Este tiempo se me representó en el espíritu como muy largo y como imposible. Esta lucha debía producirse en la tierra, y no en los cielos, donde no debía haber más lucha, ya que la Divinidad lo había afirmado en su estabilidad.

Después de la persuasión no pude tener compasión con el diablo, pues supe que él cayó por la fuerza de su propia mala voluntad. Tampoco puedo tener enojo contra Adán; siento, en cambio, mucha compasión hacia él, pues pienso que ya estaba todo previsto.

Inmediatamente luego de la súplica de los ángeles fieles y después del movimiento en la Divinidad, apareció un mundo, un globo oscuro al lado del globo de las tinieblas que se había formado debajo del sol luminoso de la Divinidad; este globo estaba a la derecha y no lejos del globo anterior.

Entonces fijé mi atención sobre el globo oscuro que estaba a la derecha de la esfera tenebrosa, y he visto un movimiento dentro de él, como si creciese por momentos. Aparecieron puntos luminosos en la masa oscura y la rodearon como bandas luminosas. Luego se vieron lugares más claros, y apartáronse estas bandas de tierra de las aguas que la rodeaban. Después vi en los lugares más claros un movimiento, como algo viviente que rebullía en ellos. Sobre la superficie de la tierra vi crecer hierbas y aparecer plantas y, en medio de ellas, seres vivientes que se movían. Me parecía, como era todavía niña, que las plantas se movían.

Hasta este momento todo había sido gris y ahora se esclarecía al ver como una salida de sol. Parecía ese mundo como es la mañana sobre la tierra, que todo despierta del sueño. Todo lo demás que había visto antes, desapareció de mi vista. El cielo estaba azul y el sol recorría su camino. Vi una parte del mundo iluminada por él, y tan brillante y agradable, que pensé: "Esto es el Paraíso".

A medida que en la tierra oscura se iban cambiando las cosas, yo veía algo que salía del altísimo círculo de la Divinidad. Me parecía, al ver subir el sol desde el horizonte, como cuando todo renace al amanecer; era la primera mañana del mundo. Con todo, no presenciaba esto ningún ser humano. Las cosas permanecían como si siempre hubiesen estado así. Todo estaba aún en la inocencia de la primitiva creación. Conforme subía el sol en el horizonte, yo veía que también las plantas y los árboles crecían elevándose a mayor altura. Las aguas me parecían más claras y santificadas; los colores más puros y luminosos; todo era indeciblemente agradable. No hay ninguna comparación ahora de cómo estaba la creación entonces. Las plantas, las flores y los árboles tenían otras figuras. Las cosas de ahora son, en su comparación, como achaparradas y estropeadas; todo está hoy como reseco y agostado.
A menudo, cuando veo frutas y plantas en nuestro jardín, y luego veo los mismos (en visión) en los países calurosos del Sur, completamente distintos en tamaño, hermosura y en sabor, por ejemplo, los duraznos, pienso para mí: "Lo que son nuestras frutas en comparación con las frutas de los países del Sur, así son estas frutas del Sur comparadas con las frutas del Paraíso terrenal". He visto allí rosas blancas y rojas, y pensé entre mí: "Estas significan la pasión de Cristo y la Redención". También he visto palmeras y árboles muy espaciosos que daban sombra como una techumbre. Antes que viera el sol, todo me parecía más pequeño y reducido; después, más grande, y, finalmente, grande del todo. Los árboles no estaban muy cerca uno de otro. Veía de cada planta, al menos de las más grandes, solo un ejemplar, y las veía separadas cual si pertenecieran a un vivero, plantadas según su clase. Todo lo demás estaba verde y tan puro, incorrupto y ordenado que ni remotamente se podía pensar en un ordenamiento humano. Yo pensaba: "¡Cómo está todo tan bello y ordenado, y no hay aquí hombre alguno!... Aún no hay pecado; por eso no hay aquí nada manchado ni corrupto. Todo es aquí santo y saludable; nada ha sido remendado o compuesto; todo es limpio, puro e incontaminado".
Las praderas tenían elevaciones insensibles cubiertas de vegetación y de verdor. En el medio se veía una fuente, de la cual salían ríos en todas direcciones y algunos volvían a su origen. En esta agua vi por primera vez movimiento y seres vivientes. Después vi animales entre las plantas y arbustos; parecía que despertaran del sueño mirando a través de las hierbas y plantas. Estos animales no eran ariscos y eran muy diferentes a los actuales. Si los comparo con los animales de ahora, aquéllos me parecían como hombres. Eran inocentes, puros, nobles, muy ágiles, llenos de contento y muy mansos. No puedo expresar con palabras cómo eran entonces estos animales. La ma-

yoría de ellos me eran desconocidos. No veía allí ninguno igual a los de ahora. He visto elefantes, ciervos, camellos y especialmente el unicornio, que vi después también en el arca de Noé; era allí de modo particular manso y cariñoso. Era más corto que el caballo y tenía la cabeza más redondeada. No he visto entonces ningún mono, ni insectos, ni tampoco animal alguno repugnante o escuálido. He pensado siempre que estos animales surgieron después como castigo del pecado. He visto muchos pájaros y oía sus cantos tan agradables como en una alegre mañana. En cambio, no oía bramido de fieras ni vi aves de rapiña.

El Paraíso terrenal existe aún; pero le es del todo imposible al hombre el llegar hasta él. Lo he visto allá arriba en todo su esplendor, separado de la tierra oblicuamente, como lo está la esfera oscura de los ángeles caídos respecto del cielo[1].

III
Adán y Eva

He visto que Adán no fue creado en el Paraíso, sino en el lugar que más tarde fue Jerusalén. Lo he visto surgiendo, luminoso y blanco, de una pequeña elevación de tierra amarilla, como saliendo de un molde. El sol brillaba, y yo pensaba, cuando niña, que el sol con su brillo lo hacía brotar de la tierra. Era como nacido de la tierra, entonces virgen. Dios bendijo esta tierra y ella fue como su madre. Él no salió de repente de la tierra; tardó algún tiempo en aparecer. Estaba recostado sobre su parte izquierda, con el brazo sobre la cabeza, y parecía velado de una niebla fluorescente. Yo veía una figura en su costado derecho y estaba persuadida de que era Eva, la cual fue más tarde sacada de Adán en el Paraíso por obra de Dios. Dios llamó a Adán y fue entonces como si la colina se abría y Adán surgía poco a poco del seno de ella. No había árboles en torno, sino sólo pequeñas plantas floridas. He visto también que los animales salían uno a uno de la tierra y que se separaban luego las hembras. He visto que Adán fue llevado muy lejos de allí, a un jardín colocado en alto, el Paraíso terrenal. Dios hizo desfilar a los animales ante él. Adán los nombraba y ellos le seguían y le hacían fiestas. Toda la creación servía a Adán antes del pecado. He visto a Adán en el Paraíso, no lejos de la fuente en medio del jardín, levantándose como del sueño, entre flores y arbustos. Su cuerpo era de una blancura tenuemente luminosa. Con todo su cuerpo tenía más de carne que de ser puramente espiritual. No se maravillaba de nada de lo que le rodeaba; paseaba entre los árboles y entre los animales como si estuviera acostumbrado, como quien visita sus campos y sus posesiones.

He visto a Adán descansando, con la mano izquierda apoyada en la mejilla, en aquella colinita junto a las aguas. Dios envió sueño sobre él. Adán estaba sumido en visiones. Entonces sacó del costado derecho de Adán a Eva, precisamente del lado donde fue abierto el pecho de Jesús por la lanza. He visto a Eva, al principio, pequeña y delicada; pronto creció hasta que la vi grande y hermosa. Si no hubiera habido pecado todos los hombres hubieran sido formados y hubieran nacido en un sueño tranquilo[2]. La colina se dividió en dos partes, vi del lado de Adán una roca como de cristal y piedras preciosas. Del lado de Eva se formó un vallecito cubierto de blanco y fino polvo fructífero. Cuando Eva fue creada, yo he visto que Dios le dio algo a Adán o le inspiró algo. Me pareció que salían de Dios, en forma humana, de la frente, de la boca, del pecho y de las manos, rayos de luz que se unían en un haz de resplandores, que entró en el lado derecho de Adán de donde había sido sa-

cada Eva. He visto que sólo Adán recibió este torrente de luz. Era el germen de la bendición de Dios. En esta bendición había como una trinidad. La bendición que recibió más tarde Abraham por el ángel era algo parecido, pero no tan luminoso como lo recibido por Adán.
Eva estaba de pie, delante de Adán, y éste le dio la mano. Eran como dos niños inocentes, maravillosamente hermosos y nobles. Eran luminosos, cubiertos de luz como si fuera un vestido fluorescente. En la boca de Adán yo veía un ancho haz de luz y sobre su frente como una faz severa. Alrededor de su boca había un sol de rayos. En la de Eva no había tal resplandor. El corazón lo vi como al presente lo tienen los hombres; pero el pecho estaba rodeado de rayos de luz, y en medio del corazón vi una gloria luminosa, y adentro, una pequeña imagen con algo en la mano. Yo creo que era una representación de la tercera Persona de la Santísima Trinidad. También de sus pies y manos alían rayos de luz. Sus cabellos caían en cinco luminosos haces: dos desde las sienes, dos detrás de las orejas y uno detrás de la cabeza. He tenido siempre la persuasión de que por las llagas de Jesús se abrieron puertas del cuerpo mortal que habían sido cerradas por el pecado, y que Longinos, al abrir el pecho de Jesús, abrió asimismo las puertas del renacimiento a la vida eterna. Por esto nadie pudo tener entrada en el cielo antes que estas puertas fueran abiertas. Los haces luminosos de la cabeza de Adán, los he visto como una superabundancia, como una gloria en relación con otros resplandores. Esta gloria vuelve de nuevo sobre los cuerpos glorificados de los bienaventurados. Nuestros cabellos son restos de la caída y perdida gloria, y como están nuestros cabellos ahora en comparación con los rayos de luz, así es nuestra carne comparada con el cuerpo de Adán anterior a la caída. El sol de luz sobre la boca de Adán tenía relación con la bendición de una santa descendencia por Dios, la cual, sin la culpa original, se hubiese efectuado por medio de la palabra. Adán dio la mano a Eva, y caminaron desde el lugar donde la mujer había sido creada, a través del Paraíso, examinándolo todo y gozando de la creación. Este lugar era el más elevado del Paraíso terrenal: todo era resplandor y luz y más ameno que los demás lugares del mismo Paraíso.

IV
El árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal

En medio de aquel luciente jardín he visto aguas y dentro de ellas una isla, o mejor península, porque de un lado estaba unida por un dique. Esta isla, como el brazo de tierra que la unía con el jardín, estaba llena de hermosos árboles. En medio de la isla había un árbol tan bello que a todos vencía en hermosura y al mismo tiempo los cubría y protegía. Sus raíces formaban el conjunto de la isla. Este árbol cubría toda la isla y desde su anchura tan pronunciada se iba angostando hasta terminar en una graciosa punta. Sus ramajes se extendían en posición recta y de ellos nacían otras ramas como pequeños arbolitos, hacia arriba. Las horas eran delicadas y los frutos amarillos colgaban de una vaina y se abrían como una rosa con sus pétalos. Parecíase mucho al cedro. No recuerdo haber visto nunca a Adán o a Eva, ni a ningún animal andar por la isla ni en torno del árbol. Sólo oía cantar unas aves muy hermosas, nobles y blancas en lo alto de sus ramas. Este árbol era el árbol de la vida.

Precisamente delante del dique o lengua de tierra, que llevaba a la isla, estaba el árbol de la ciencia del bien y del mal. El tronco era escamado, como el de las palmeras; las hojas nacían inmediatamente del tronco; eran muy grandes y anchas, como suelas de zapatos. Delante y escondidas entre las hojas había frutas, que colgaban en racimos de a cinco, de las cuales una salía un tanto más que las otras cuatro que estaban en su pezón. Esta fruta amarilla no era tan parecida a la manzana, sino más bien a la pera o al higo: tenía cinco nervios o pequeñas ramificaciones. El interior de la fruta era blando, como el de un higo, de color del azúcar quemado, atravesado por nervaduras de color de sangre. El árbol era más ancho arriba que abajo y las ramas se internaban profundamente en la tierra.

Aún ahora veo esta especie de árbol en los países de clima caluroso. Echa renuevos de sus ramas en el suelo y las raíces se entierran y salen nuevos troncos, los cuales a su vez vuelven a echar raíces, de modo que estos árboles semejantes a menudo cubren gran extensión de tierra y bajo su sombra descansan a veces familias enteras de caminantes. Un trecho hacia la derecha del árbol de la ciencia veo una colinita redondeada, como un huevo, cubierta de granitos de un rojo luminoso y toda clase de piedras preciosas de variados colores. Estaba rellenada de formas de cristales preciosos. Alrededor de la colinita había hermosos árboles de una altura tal que se podía estar en ella sin ser observado. También había en torno hierbas y arbustos. Estos arbolitos tenían brotes y frutos, reconfortantes y de variados colores. A corta

distancia a la izquierda del árbol de la ciencia del bien y del mal, había una depresión, un pequeño valle, cubierto de un delicado polvo blanco como niebla, con flores blancas y estambres de frutos. Había variedad de plantas, pero eran más incoloras y más como polvillos que como frutos. Era como si los dos lugares tuviesen una relación íntima: cual si fuese la colinita tomada del valle o cual se tuviese que llenar el valle con la colinita. Eran como semilla y campo para sembrarla. Los dos lugares me parecieron sagrados. Los he visto resplandecer, especialmente la parte de la colinita. Entre estos lugares y el árbol de la ciencia había varios arbustos y pequeños arbolitos. Todo este conjunto y toda la naturaleza creada, parecían transparentes, llenos de luz. Ambos lugares eran las moradas de nuestros primeros padres. El árbol de la ciencia estaba como una división entre ellos. Creo haber visto que Dios les señaló estos lugares después de la creación de Eva. En efecto, al principio no los veía yo frecuentemente juntos. Los veía sin deseos el uno del otro: se retiraba cada uno a su lugar de preferencia. Los animales eran indeciblemente nobles, cubiertos de un brillo tenue, y servían a nuestros primeros padres. Tenía cada uno su lugar de retiro, según su naturaleza y sus caminos, según sus clases. Todos los lugares de los diversos animales y sus clases tenían relación entre sí con un gran misterio de las leyes eternas que Dios había establecido en la creación.

V
El pecado de nuestros primeros padres

He visto cómo Adán y Eva recorrían por primera vez el Paraíso terrenal. Los animales les salían al encuentro y les servían y acompañaban. He visto que tenían más relación con Eva que con Adán. Me parecía que Eva tenía más que hacer con la tierra y con las criaturas de la naturaleza; ella miraba más hacia abajo y en torno suyo y se manifestaba más curiosa e investigadora. Adán era más silencioso y más dirigido hacia Dios, su Creador, que hacia las criaturas.

Entre todas las criaturas había una que, más que las otras, se había aficionado a Eva. Era un animalito indeciblemente agradable, amistoso y halagador. No conozco otro animal en la naturaleza que pueda ser comparado con él. Era completamente liso, delgado de cuerpo, parecía no tener huesos; sus patitas traseras eran cortas y corría levantado sobre ellas[3]. Tenía cola terminada en punta, que llegaba y arrastraba por el suelo, y arriba, cerca de la cabeza, tenía además dos pequeñas patitas muy cortas. La cabeza era redonda y de mirar prudente y mostraba a veces una lengüita muy movible. El color del vientre, del pecho y del cuello era blanco amarillento, y por encima, la parte superior, más oscuro, casi como una anguila. Su estatura, cuando estaba levantado, era como la de un niño de diez años de edad. Estaba siempre en torno de Eva, y era tan halagador y zalamero, tan movedizo e interesado en mostrarse y rodear a Eva, que ésta encontraba gran placer en su compañía. Con todo, este animalito tenía para mí algo misteriosamente temible y aún lo tengo ahora así ante mis ojos. No he visto que ni Adán ni Eva lo tocasen. Había, en efecto, antes de la caída, un gran distanciamiento entre el hombre y los animales. Ni siquiera a los primeros hombres del mundo los he visto tocar a los animales, y aún cuando los animales eran mansos y más relacionados con los hombres, se conservaban los unos más alejados de los otros.

Cuando Adán y Eva volvieron a aquel lugar resplandeciente, apareció una faz luminosa delante de ellos, como la de un hombre noble y severo, de blanca y luminosa cabellera, y me pareció que, indicándoles toda la naturaleza, se la entregaba y que algo, en cambio, les mandaba observar. Ellos no se mostraban cohibidos en su presencia y lo escuchaban sin mostrar temor alguno. Cuando este Ser desapareció me pareció que quedaron aún más contentos, más dichosos, y que entendían más y encontraban mayor orden en todo lo que veían en la naturaleza. Sentían un gran deseo de agradecer, y este sentimiento era mayor en Adán que en Eva, que encontraba más con-

tento en su dicha y miraba más a las cosas que al agradecimiento a Dios. Ella no estaba tan abismada en Dios como Adán; ella tenía más su alma en la naturaleza. Creo que pasearon por el Paraíso terrenal tres veces. He visto a Adán dando gracias y maravillándose de la belleza de la creación, sobre la colinita luminosa donde había estado sumergido en sueño y en visiones, por obra de Dios, cuando fue creada Eva y sacada de su costado. Adán estaba solo debajo de los árboles.
He visto a Eva acercarse al árbol de la ciencia como si quisiese pasar de largo. El animalito aquél estaba de nuevo con ella y me pareció aún más halagador, zalamero y movedizo. Eva estaba toda entusiasmada con el animalito y sentía gran gusto en estar en su compañía. El animal subió al árbol a una altura tal que su cabeza llegaba a la de Eva; se sostenía con los pies al árbol. Volvió la cabeza hacia Eva y habló. Dijo que si comían de la fruta del árbol serían libres y no más esclavos, y sabrían cómo sería la forma de su descendencia. Ellos sabían ya que tendrían descendencia; pero entendí que aún no sabían cómo Dios lo quería, y que si lo hubiesen sabido a pesar de ello hubiesen pecado, la redención no habría sido posible. Eva se mostraba cada vez más curiosa hacia las cosas que la serpiente le decía. Se produjo en ella algo que la sumió en oscuridad. Yo temblaba por ella. Miró ella hacia Adán, que estaba absorto debajo de los árboles. Ella lo llamó y él acudió a su llamado. Eva fue a su encuentro y luego retrocedió. Se notaba en ella una indecisión, una inquietud. Volviese como si quisiera pasar de largo el lugar del árbol; pero se acercó a él por el lado izquierdo y estuvo detrás de él cubierta por las hojas largas y caídas. El árbol era por arriba más ancho que por abajo y las hojas colgaban pesadamente hasta el suelo. Colgaba también en la parte donde se hallaba Eva una fruta de particular hermosura. Cuando Adán llegó al lugar, Eva lo tomó del brazo y señaló al animal que halaba, y Adán escuchó también sus palabras. Al tomarle del brazo fue la primera vez que lo hacía. Adán no la tocó, y vi que había ya oscuridad en ella. He visto que la serpiente señaló la fruta; pero no se atrevió a arrancársela para Eva. Pero no bien Eva manifestó deseos de tener la fruta, entonces la serpiente la desgajó y se la alcanzó a Eva. Era la fruta más hermosa del medio de un como racimo de cinco frutas juntas que colgaban del árbol. He visto que Eva se acercó a Adán con la fruta y se la dio, puesto que si el consentimiento de éste no se habría realizado la culpa y el pecado primero. He visto como que la fruta se partía en las manos de Adán y que él veía figuras adentro. Parecía que ellos llegaban a saber lo que les convenía ignorar. La parte interna de la fruta estaba cruzada con venas color de sangre. He visto cómo se oscurecían, perdiendo el resplandor que los envolvía y sus rostros perdieron

la serenidad. Parecióme que hasta el sol se retiraba. La serpiente bajó al punto del árbol y huyó sobre sus cuatro patas.
No vi comer la fruta, como se hace al presente, con la boca; pero la fruta desapareció de entre las manos. Entendí que Eva ya había pecado cuando la serpiente estaba en el árbol, puesto que la voluntad de Eva estaba ya con la serpiente. Supe entonces algo que no puedo ahora explicar debidamente. Era como si la serpiente fuese la figura y la representación exterior de la voluntad de Eva, como de un ser con el cual pudiesen ellos hacerlo y alcanzarlo todo. Dentro de esta voluntad (en figura) entró Satán.
Por el gustar de la fruta prohibida no estaba aún completo el pecado; pero esta fruta de tal árbol, que echa sus ramas en la tierra y reproduce nuevas plantas de la misma especie, que hacen lo mismo luego al hincarse en el suelo, tiene en sí la significación de un trasplante y de una reproducción de su mismo poder, y esta reproducción es como un trasplante pecaminoso, apartado de Dios. De este modo se realizó, con la desobediencia y con el gustar de la fruta, la separación de la creatura de su Dios y la reproducción en sí y por sí, y el amor de sí, en la naturaleza humana. El hecho de gustar la fruta, que tenía en sí esta significación y este concepto, tuvo como consecuencia una reversión, una marcha hacia atrás en la naturaleza, y trajo el pecado y la muerte. La bendición de una descendencia santa y pura en Dios y por Dios, que había recibido Adán después de la creación de Eva, le fue quitada después de probar la fruta. Yo he visto cómo al dejar Adán su lugar en la colinita para ir hacia Eva, que lo llamaba, se aproximó el Señor por detrás de él y le quitaba algo de su cuerpo. Tuve la persuasión de que de ello debía salir la salud del mundo. Tuve una vez, en la fiesta de la Inmaculada Concepción de María, una visión de Dios sobre este misterio. He visto en Adán Eva encerrada la vida corporal y espiritual de todos los hombres, y como por el pecado y caída fue esta vida corrompida y mezclada, y como los ángeles caídos adquirieron entonces poder sobre los hombres. He visto en esta visión cómo la segunda Persona de la Santísima Trinidad descendió sobre Adán y con una especie de cuchillo retorcido le sacaba esa bendición antes que consintiese en el pecado. En el mismo momento he visto salir, como del costado de Adán, de donde se le había sacado la bendición, a la Virgen Inmaculada y remontarse como una nubecilla luminosa hasta Dios en su gloria[4].
Con el gustar de la fruta prohibida se encontraron Adán y Eva como embriagados y con el consentimiento en el pecado se obró en ellos un cambio muy grande. Estaba entonces la serpiente entre ellos. Ellos estaban como penetrados con la esencia de ese ser y se vio entonces a la cizaña entre el

buen trigo. La circuncisión fue instituida como penitencia y castio. Como la viña se poda para que el fruto, el vino, no sea agreste ni la planta estéril, así tuvo que hacerse con el hombre para que pudiera ser nuevamente ennoblecido.
Cierta vez que se me mostró en visión la reparación de la culpa, vi un cuadro donde salía Eva del costado de Adán y ya estiraba el cuello hacia la fruta prohibida, corría apresurada y se abrazaba con el árbol. Y luego vi otro cuadro donde, por el contrario, se veía a Jesús, nacido de la Inmaculada Virgen María, que corría hacia el árbol de la cruz y se abrazaba con él. En esta ocasión vi que la descendencia de Eva, oscurecida por el pecado, se purificaba por los padecimientos de Jesús, y comprendí que debe ser arrancado el placer prohibido de la carne del hombre mediante el dolor de la penitencia. Las palabras de la Epístola (Gal. IV, 30-31) donde dice que el hijo de la esclava no debe ser heredero, las entendí siempre en el sentido de que bajo el nombre de esclava se comprendía la carne y la sujeción de la misma. El matrimonio es un estado de penitencia y requiere abnegación, oración, ayuno, la necesidad de dar limosna y de tener la intención de aumentar el reino de Dios con los hijos.

VI
Consecuencias del pecado de Adán y Eva

Antes del pecado eran muy distintos Adán y Eva de lo que somos nosotros ahora, miserables mortales. Con el gustar de la fruta prohibida tomaron una forma en sí mismos y una realización de cosas *(Sache-Werden)* y lo que hasta entonces había sido espiritual se hizo carnal, cosa material, instrumento, recipiente. Hasta entonces eran unos en Dios, se amaban en Dios y por Dios; ahora estaban desligados en su propio amor y voluntad, y esta propia voluntad es amor propio, afición al pecado, impureza. Por el gustar de la fruta prohibida se apartó el hombre de su Creador y se efectuó algo así como si el hombre tomase en sí mismo la creación; y de este modo todas las fuerzas, propiedades y su relación entre sí y con la entera naturaleza se hicieron en el hombre corporales y tangibles, cosas de infinitas fases y variadas maneras. Antes era el hombre, por Dios, el señor de toda la naturaleza; ahora todo lo que hay en el hombre se le ha hecho naturaleza y siendo como un señor esclavizado y sujetado por su mismo servidor. Ahora tiene que pelear con el que había sido su esclavo. Yo no lo puedo expresar mejor, pero me parece poder decir que antes era el hombre el centro y fundamento de todas las cosas creadas, cuando estaba en Dios y con Dios, y por el pecado recibió en sí esta naturaleza que se ha hecho dueña del hombre, y lo tiraniza.

He visto en cuadros todo el interior del hombre, sus órganos como en carne y cuerpo, a modo de forma caída y corrupta. He visto la relación que existe entre los seres de la naturaleza desde las lejanas estrellas hasta el más pequeño de los animales. Toda esta naturaleza obra y tiene influencia sobre el hombre; de todas estas cosas depende y tiene con ellas que entender y proceder, y con todas ellas tiene alguna dependencia y ocasión de sufrimiento y de lucha. No lo puedo decir más claro, precisamente porque yo también soy un miembro de la humanidad caída.

El hombre ha sido creado para llenar los coros de los ángeles caídos. A no haber habido el pecado, se habría multiplicado la descendencia de Adán hasta llenar el número de los ángeles caídos, y entonces se habría completado la creación. Si hubiesen Adán y Eva vivido siquiera durante una generación sin pecado, hubiesen sido confirmados en gracia: ya no habrían caído. Se me ha asegurado que el fin del mundo no vendrá sino cuando el número de los ángeles caídos se haya completado con elegidos y se haya recogido en los graneros del Señor todo el trigo separado de la cizaña.

He tenido una vez una visión completa e interminable de todas las culpas y

pecados y de su remedio y reparación. Veía todos estos misterios claros y los entendía, pero ahora no atino a expresarlos con palabras. He visto la culpa desde la caída de los ángeles y el pecado de Adán hasta los pecados de los tiempos presentes en todas sus infinitas ramificaciones, y he visto también todos los preparativos del remedio y de la redención a través de todos los tiempos hasta la muerte de Jesús. Jesús mismo me mostraba la inconcebible corrupción y la interna impureza de todas las cosas y todo lo que desde un principio hizo para purificar y restablecer lo caído y perdido.

Con la caída de los ángeles vinieron muchos malos espíritus sobre la tierra y en el aire. He visto como muchas cosas están como embebidas y posesionadas de su influencia maléfica. El primer hombre era una imagen de Dios; era como un cielo. Todo era uno en Él y con Él. Su forma misma era una semejanza de la forma divina. Estaba destinado a poseer las cosas creadas y a gozarlas; pero debía hacerlo en Dios y por Dios, y en agradecimiento de su bondad. Era también libre y, por esto, sujeto a prueba: por esto se le prohibió comer de la fruta del árbol. En un principio todo era uniforme y llano. Cuando la colinita, la luminosa altura donde estaba Adán, se levantó, y se formó y se hundió el vallecito blanco de polvillo fructífero, donde estaba Eva, ya se había acercado el tentador.

Después de la culpa todo quedó cambiado y alterado. Todas las formas de lo creado se relajaron y se dispersaron en mil maneras. Lo que era uno se hizo múltiple, y los hombres ya no tomaron sólo de Dios, sino sólo de sí mismos. Ahora eran en verdad dos, y fueron luego tres, y, finalmente, muchedumbre. Imagen de Dios habían sido antes: ahora eran imágenes de sí mismos. Ahora estaban en relación y contacto con los ángeles caídos. Recibieron de sí mismos y de la tierra, con los cuales los ángeles caídos tenían influencia. Por esta causa se produjo una inacabable mezcla y dispersión de la humanidad entre sí y con la naturaleza caída, siguiéndose una interminable secuela de pecados, de culpas, de miserias de toda clase.

Mi Esposo divino me mostró todo esto muy claramente, tan inteligible y llanamente como se ve la vida y las cosas de cada día, y yo pensaba entonces: "Esto lo puede entender un niño. No obstante, ahora no me es posible explicarlo". Jesús me mostró el plan y los medios de la Redención desde el principio y me hizo ver todo lo que Él había hecho en ese sentido. He entendido también que no es acertado decir: "Dios no necesitó hacerse hombre y morir en la cruz por nosotros; Él hubiera podido, en su omnipotencia, hacerlo de otra manera". He comprendido que Él obró así por su infinita perfección, por su infinita bondad y por su infinita justicia; que no hay en Dios un *debe*, sino que Él obra lo que obra y es lo que es.

VII
La promesa de la Redención

Después de la caída del hombre mostró Dios a los ángeles la forma en que deseaba reparar la humanidad caída. He visto en el trono de Dios, en la adorable Trinidad, un movimiento de las Personas divinas. He visto los coros de los ángeles, y como Dios les reveló de qué modo quería Él reparar la humanidad caída en el pecado. Al oírlo he visto una alegría indescriptible en todos los coros angélicos. Vi aquella colinita de cristal y de piedras preciosas, donde estuvo Adán, ser llevada hasta el trono de Dios por los ángeles. Este montículo estaba relleno, creció, se hizo un trono, una torre y se extendió de modo que lo cubría todo.

Vi los nueve coros de los ángeles en torno de esta torre y sobre estos ángeles, en los cielos, la imagen de la Inmaculada Virgen. Era María, no en el tiempo: era María, en Dios y en la eternidad. Era algo que venía de Dios. La Virgen entró en la torre, que se abrió y se fundió el todo en uno. En ese momento vi salir algo de la Santísima Trinidad y entrar en la torre. Entre los ángeles he visto como un ostensorio en el cual todos trabajaban. Parecía también una torre con algunas figuras misteriosas; entre ellas vi dos figuras que se daban la mano mutuamente. Este Ostensorio crecía y se volvía más esplendoroso y magnífico. He visto salir de Dios algo entre los coros de los ángeles y penetrar en el Ostensorio, algo sagrado, que se hacía más perceptible a medida que se acercaba al Ostensorio. Me pareció que era el germen de la bendición divina para una descendencia pura que Dios había dado a Adán y que le quitó al punto que estaba por escuchar la voz de Eva y consentir en gustar de la fruta prohibida. Este germen de bendición fue dado después a Abraham y quitado a Jacob cuando luchaba con el ángel. Más tarde pasó, por medio de Moisés, al interior del Arca de la Alianza y, finalmente, se le dio a Joaquín, padre de María, para que pudiera ella ser concebida tan pura e inmaculada como fue sacada Eva del costado de Adán sumergido en el sueño por Dios.

El Ostensorio entró también en la torre primera. Vi preparar por los ángeles un cáliz de la misma forma que el cáliz de la última Cena, el cual también fue a entrar en la torre. En la parte exterior derecha de la torre se veía, como sobre una nubecilla, una espiga de trigo y una vid entrelazados como dos manos que se enlazan. De esta unión nacía como un árbol genealógico, sobre cuyas ramitas había pequeñas figuras de hombres y mujeres que se daban las manos. El último brote terminaba en una cuna con el Niño.

He visto, pues, en cuadros el misterio de la Redención como promesa hasta

cumplirse los tiempos, como también los efectos de una acción contraria diabólica. Finalmente vi sobre la colinita o peña luminosa un grande y espléndido Templo, que era la Una, Santa y Católica Iglesia, que lleva en sí, viviente, la salud de todo el universo. En todos estos cuadros había una maravillosa correlación entre una cosa y otra. Vi que aún lo malo y perverso, que era echado a un lado por los ángeles, servía al fin para el mayor desarrollo de la salvación y redención. Así vi levantarse el templo antiguo desde abajo, parecido a la Iglesia santa; pero no tenía torre. Era bastante grande; pero fue echado a un lado por los ángeles y quedó inclinado de un costado. Vi aparecer una concha marina (culto idolátrico) que pretendió entrar en el templo; pero fue echada a un lado por los ángeles guardianes. Luego vi aparecer una torre ancha y roma (pirámide egipcia), a través de cuyas puertas cruzaban numerosas caras como las de Abraham y los hijos de Israel. Esto indicaba la esclavitud de los judíos en Egipto. También esta pirámide fue echada a un lado, como otra torre egipcia de varios pisos, que significaba la observación vana de las estrellas, la astrología y la adivinación. Finalmente vi un templo egipcio, el cual también fue echado de lado, quedando inclinado sobre su base.

Por último vi en un cuadro sobre la tierra, cómo Dios anunciaba a Adán la redención, donde aparecía una Virgen que le había de traer la perdida salud y salvación. Adán, empero, no supo cuando se había de realizar esto, y así lo vi, más tarde, muy triste al ver que Eva le daba los primeros hijos y posteriormente una hija.

Vi a Noé y su sacrificio, durante el cual recibió la bendición de Dios. Luego tuve visiones de Abraham, de su bendición y de la promesa de Isaac. Vi como esta bendición de la primogenitura pasaba de un primogénito a otro, siempre como sacramental. Vi que Moisés recibió el misterio (el germen de la pura descendencia quitado a Adán) en la noche de la salida de Egipto y que sólo Aarón tenía conocimiento de la existencia de tal misterio y sacramento. Vi este misterio guardado en el Arca de la Alianza, y que sólo el Sumo Sacerdote y algunos santos, por revelación de Dios, tenían conocimiento de la existencia de este misterio. Así vi el curso de este misterio: pasaba del árbol genealógico de Jesús hasta Joaquín y Ana, que fueron los consortes más puros y santos de todas las edades, de quienes debía nacer María, inmaculada Viren. Desde ese momento, era María misma el arca que contenía el misterio en su realización.

VIII
Adán y Eva son arrojados del Paraíso terrenal

He visto a Adán y a Eva errando de un lado a otro, llenos de tristeza y desconsuelo. Sus rostros estaban oscuros, y caminaban separados, como quienes buscaran algo perdido. Se avergonzaba el uno del otro. A cada paso que daban descendían más abajo; parecía que se escurría el suelo bajo sus pies. Donde ponían el pie se agostaban las plantas y perdían su resplandor, se tornaban grises; y los animales huían de ellos espantados. Buscaron y tomaron unas grandes hojas y se hicieron fajas alrededor de las caderas, y seguían caminando distanciados uno de otro. Cuando hubieron andado largo tiempo en esta forma, se había alejado ya el lugar de donde habían salido, y parecía una distante elevación o montaña. Adán y Eva buscaron un refugio, por separado, entre las matas de un oscuro valle.

Entonces los llamó una voz que venía de lo alto. Ellos, empero, no comparecieron. Se asustaron más, huyeron más lejos y se escondieron en la espesura. Esto me causaba mucha pena. La voz se hizo más severa. Ellos se hubieran escondido aún más; pero se vieron obligados a mostrarse. Un rostro severo y esplendoroso apareció. Ellos se presentaron con la cabeza inclinada y no se atrevían a mirar el rostro de Dios. Se miraban uno a otro y se culpaban mutuamente de su desobediencia. Entonces Dios les señaló un lugar aún más abajo, donde había arbustos y árboles, y recién aquí se hicieron más humildes y reconocieron de lleno toda su miseria y su pecado. Cuando estuvieron solos los vi rezando. Se separaron y se echaron de rodillas en el suelo, levantaron las manos al cielo, clamaron y lloraron. Al ver esto pensé cuánto ayuda y cuán saludable es apartarse en la soledad para entregarse a la oración. Tenían ahora una vestidura que les cubría el cuerpo desde los hombros hasta las rodillas. En torno del cuerpo tenían una faja de cortezas.

Mientras ellos huían, parecíame que el Paraíso terrenal, detrás de ellos, se alejaba y subía a lo alto, como una nube. En esto vino del cielo como un anillo de fuego, tal como un halo en torno del sol o de la luna, y se posé en lo alto donde había estado el Paraíso. Habían estado solo un día en el Paraíso. Aún ahora veo el Paraíso terrenal, a lo lejos, como un banco debajo del sol cuando éste se levanta. El sol, al parecer, se levanta a la derecha, al extremo de este banco. Está situado al oriente del Monte de los Profetas, allí donde el sol se levanta y se me aparece siempre como un huevo flotando entre unas aguas admirablemente claras y limpias, que lo separan de la tierra. El Monte de los Profetas parece una montaña colocada delante del Paraíso. En el Monte de los Profetas se ven lugares verdes, y entre ellos pro-

fundos barrancos llenos de agua. He visto entes subir al Monte de los Profetas, pero no llegaron muy alto.
Después vi a Adán y a Eva llegar a la tierra de penitencia. Era un cuadro conmovedor ver a nuestros primeros padres penitentes, echados en el desnudo suelo. Adán pudo sacar un ramo de olivo del Paraíso, que plantó ahí mismo. Más tarde se sacó leña de este árbol para la cruz del Salvador. Nuestros padres estaban sumamente tristes. Desde el sitio donde yo los veía ellos apenas podían divisar el Paraíso. Ellos se habían ido alejando siempre, avanzando hacia abajo, y parecía también que algo se invertía; y así llegaron de noche, en la oscuridad, hasta el lugar donde debían hacer penitencia.

IX
La familia de Adán

Era el lugar donde estuvo después el Huerto de los Olivos donde he visto a Adán y a Eva llegar y detenerse. La configuración del terreno era entonces distinta; pero se me ha mostrado que era el mismo sitio. Los he visto vivir y hacer penitencia en el lugar donde Jesús sudó sangre. Ellos trabajaron esta tierra. Los he visto rodeados de hijos y en grande tristeza clamar a Dios que les diese hijas. Tenían la promesa de que la mujer aplastaría la cabeza de la serpiente.

Eva le daba hijos a Adán, en determinados tiempos; pero siempre había unos años de penitencia entre estos períodos. Así nació Set, el niño de la promesa, después de siete años de penitencia; nació precisamente en la gruta de lo que fue Belén más tarde. Un ángel le dijo a Eva que se le daba a Set por el inocente Abel. Set estuvo bastante tiempo oculto en esa gruta y en otra gruta cercana, llamada gruta de la lactancia de Abraham, porque sus hermanos le perseguían de muerte, como los hermanos envidiaban y persiguieron a José.

Una vez he visto en torno de Adán once personas: eran Eva, Caín, Abel, dos hermanas y otros niños pequeños. Todos estaban vestidos con pieles, que les caían como escapularios ceñidos a la cintura. Estas pieles eran más anchas delante del pecho y servían como bolsillos. Alrededor de las piernas estaban más abiertas y cerradas con ataduras a los lados. Los hombres llevaban pieles y vestidos más cortos, y un bolsón para guardar sus enseres. Sobre los hombros, hasta la mitad del antebrazo, eran estas pieles blancas y finas, y en las mujeres sujetas también bajo el brazo. El aspecto de estas personas así vestidas era muy hermoso y noble. He visto sus chozas que estaban algún tanto metidas en el suelo, cubiertas con ramas y plantas como techo. Noté que tenían una perfecta organización doméstica. He visto praderas cubiertas con árboles frutales de pequeño talle, pero de robusto tronco. También vi allí trigo y diversos cereales que Dios había dado a Adán para sembrar. No recuerdo haber visto en el Paraíso terrenal trigo ni vides. Allí no había ninguna fruta que necesitara ser preparada para comerla. La preparación de la comida es una pena del pecado y un símbolo del dolor. Dios dio a Adán todo lo que debía sembrar. Recuerdo a este propósito haber visto en tiempos de Noé a algunos hombres, como ángeles, que daban a este patriarca algo cuando entraba en el arca; me pareció que era un gajo de vid metido en una manzana.

Por este tiempo ya crecía una especie de trigo silvestre, y Adán tenía que

separar el buen trigo de este cereal agreste. Esto mejoraba el silvestre, pero con el andar del tiempo este cereal fue desmejorando hasta volverse malo. Este cereal agreste crecía en los primeros tiempos bastante bien y mejorado, especialmente hacia la región del Oriente, como en la India y en la China, cuando había aún muy pocos hombres en el mundo. En regiones donde abunda la vid y hay aguas con peces, no prospera este cereal. He visto que tomaban leche de algunos animales y hacían quesos que secaban a los rayos del sol. Entre los animales he visto ovejas. Todos los animales que Adán había nombrado en el Paraíso le siguieron después a la tierra; pero huían de él, y Adán tenía que atraerlos y domesticarlos dándoles alimentos. He visto revolotear muchos pájaros, pequeños animalitos y cabritos saltadores.
Reinaba allí un orden doméstico patriarcal. He visto a los hijos de Adán comiendo en una choza parte; los alimentos estaban colocados sobre una gran piedra que servía de mesa. Los he visto rezar y dar gracias por el alimento. Dios había enseñado a Adán a ofrecer sacrificios, y Adán era sacerdote en su familia. Caín y Abel lo eran también en sus familias. Los preparativos se hacían en chozas separadas. Tenían la cabeza cubierta con una caperuza en forma de nave, tejida de juncos y hojas, con una parte saliente delante para aferrarla con facilidad. El aspecto y el color de sus rostros era algo hermosamente amarillento, brillante, como seda, y tenían cabellera rubia color de oro. Adán llevaba la cabellera larga. Al principio lo vi con barba corta, y más tarde con barba larga. A Eva la he visto al principio con los cabellos sueltos y largos; más tarde los tenía recogidos en trenzas, sobre la cabeza, como una cofia. El fuego que usaban lo veía como brasas, que conservaban ocultas en hoyos en la tierra. Lo recibieron del cielo por primera vez. Dios les enseñó el uso del fuego. Era una materia amarilla, como tierra o greda, que usaban como carbón para quemar. No los he visto cocinar; en cambio los veía al principio exponer al sol y tostar. También los he visto exponer al rayo del sol granos de trigo triturados, colocados en pequeñas cavidades hechas en el suelo, tapadas con cobertores hechos de ramas entretejidas. Los cereales que Dios les dio fueron trigo, centeno y cebada. Dios los instruyó en su cultivo, como también los guiaba en otros trabajos y necesidades primeras.
No he visto por entonces grandes ríos, como el Jordán; pero brotaban fuentes que ellos dividían en canales o apresaban en lagunas. Antes de la muerte de Abel no habían comido carne.
Sobre el monte Calvario tuve una vez la visión de cómo un profeta, el compañero de Elías, se metió en unas cuevas que entonces había debajo de ese monte, amuralladas, que servían de sepulcros. Allí tomó un sarcófago de

piedra que contenía huesos de la calavera de Adán. Aparecióle entonces un ángel, que le dijo: "Esta es la calavera de Adán". Y le prohibió sacar esos huesos de allí. Había aún sobre esa calavera cabellos delgados y rubios en partes. He sabido que por la narración de este profeta se dio a ese lugar el nombre de la Calavera. Justamente sobre el lugar de esa calavera vino a dar la cruz de Jesucristo con sus sagrados pies. He sabido en visión que ese lugar es el punto medio del mundo. Se me mostró esto con números, calculando hacia el Oriente, el Sur y el Occidente. Pero he olvidado estas cifras.

X
Caín y Abel

He visto que Caín tomó la resolución de matar a Abel en el lugar que fue el Huerto de los Olivos y que después anduvo por aquí errante y fugitivo. Plantaba un árbol y lo volvía a sacar. Entonces vi el aspecto severo de hombre resplandeciente, que preguntó: "Caín, ¿dónde está tu hermano Abel?"… Caín no lo vio desde un principio; luego se volvió hacia él y contestó: "Yo no lo sé; no se me ha dado para guardarlo". Cuando habló Dios y dijo que la sangre de Abel clamaba desde la tierra, se llenó Caín de temor. Con todo, he visto que por largo rato disputaba con Dios. Dios le dijo que sería maldito sobre la tierra, que no le daría ningún fruto y que él iría errante de un lado a otro. Entonces dijo Caín que sería matado en cualquier lugar. Había entonces muchos hombres sobre la tierra. Caín ya era hombre de edad con muchos hijos, como también Abel. Había allí otros hermanos y hermanas de Caín y Abel. Dios le dijo que no lo matarían; que el que lo hiciera sería castigado siete veces más. Le hizo entonces una señal para ser reconocido y que nadie osara matarlo. Sus descendientes fueron hombres de color. Cam tuvo también hijos de color más oscuro que los de Sem. Los más nobles hombres siempre fueron de color blanco.

Los que estaban señalados con esta marca tuvieron hijos semejantes y con el aumento de la maldad de los descendientes esa mancha pasó a todo el cuerpo y estos hombres fueron luego cada vez más negros. Con todo, al principio no había ningún hombre completamente negro; esto se fue acentuando con el andar de los tiempos. Dios le indicó a Caín un lugar donde refugiarse. Como Caín dijese: "Así moriré de hambre, porque la tierra está maldita para mí", le dijo Dios: "¡No!"; y que comiera carne de los animales y que de él nacería un pueblo y que algo bueno saldría de él. Antes de esto no comieron carne los hombres. Caín salió más tarde de este lugar y edificó una ciudad estable, que llamó Henoc, nombre de su hijo.

Abel fue muerto en el valle de Josafat, hacia el monte Calvario. Ocurrieron más tarde muchas muertes y desgracias en este lugar. Caín mató a Abel con una especie de clava o masa, con la cual deshacía terrenos y piedras, mientras plantaba y cultivaba la tierra. Creo que era de piedra muy dura, con manija de madera, pues tenía una dobladura como gancho.

XI
Aspecto de los hombres en general – Los gigantes
Algunos patriarcas

La configuración de la tierra antes del diluvio era muy diferente de lo que es ahora. Por ejemplo, la Tierra Santa no estaba tan llena de cuevas, hendiduras y valles como al presente. Las llanuras eran mucho más extensas y las montañas con laderas muy suaves y fáciles de subir. El Huerto de los Olivos era sólo una pequeña altura. La gruta de Belén estaba ya, como cueva natural, pero los alrededores eran muy diferentes de lo que son ahora.

Los hombres eran de mayor altura que ahora, pero nada deformes. Los veríamos ahora con admiración, sin miedo o desagrado. Eran más perfectos en su contextura corporal. Entre algunas estatuas de mármol que veo en abundancia yacer en abundancia en lugares subterráneos, encuentro esos ejemplares.

Caín llevó a sus hijos y a los hijos de sus hijos hacia la región que se le había destinado y desde allí volvieron a dividirse y a separarse en otras regiones. Sobre Caín no he visto luego nada reprensible; su castigo consistía en que debía fatigarse mucho y nada le salía bien. Lo he visto poco estimado de sus mismos hijos y de los hijos de sus hijos; a veces despreciado, nunca bien tratado. No obstante esto, le obedecían como a jefe y conductor, pero como a uno maldecido por Dios. He sabido que Caín no está condenado; sólo fue severamente castigado[5].

Uno de los descendientes de Caín fue Tubalcaín; de éste proceden varias industrias y también de él proceden los gigantes. He visto muchas veces que en la caída de los ángeles, cierto número de ellos tuvo un momento de arrepentimiento[6], o de duda, y que no cayeron tan profundamente como los demás. Estos ángeles recibieron morada en una montaña solitaria, alta e inaccesible, que en el diluvio universal quedó deshecha y se convirtió en un mar de aguas, creo el Mar Muerto. Estos ángeles tenían facultad de obrar sobre los hombres, en cuanto éstos se apartaban de Dios. Después del diluvio desaparecieron de ese lugar y fueron dispersados por el ámbito de los aires. Recién en el juicio final serán arrojados al infierno. He visto a los descendientes de Caín volverse cada vez más impíos y sensuales. Se dirigieron siempre más a esos lugares, y los ángeles caídos se posesionaron de muchas de esas malas mujeres y las dirigían, enseñándoles toda suerte de industrias y seducciones. Los hijos de estas mezclas eran de grande estatura; estaban llenos de toda clase de mañas y artificios y se hicieron instrumentos de los es-

píritus y ángeles caídos. De este modo se formó en esa montaña y a su alrededor una raza de gente que por la fuerza y la seducción trató de pervertir a los descendientes del justo Set. Fue entonces cuando Dios anunció a Noé el diluvio, y el patriarca tuvo mucho que sufrir por causa de este pueblo impío y perverso.

He visto muchas cosas de este pueblo de gigantes. Con suma facilidad llevaban enormes piedras a las altas montañas; se volvían más atrevidos, y hacían obras enteramente maravillosas. Los he visto subir derecho por los troncos de los árboles y por las paredes de los edificios, tal como hacen hoy los poseídos por el demonio. Lo podían todo, aún las cosas que parecían más extraordinarias; pero lo más eran fantasmagorías y artificios que hacían por arte diabólica. Por esto he concebido gran aversión a todos los juegos de magia, de prestigio y de adivinación. Hacían toda clase de figuras y trabajos de metal y de piedra. De la ciencia de Dios no tenían y rastro alguno y se hacían toda clase de ídolos para adorarlos. He visto que de pronto hacían de una piedra cualquiera una imagen perfecta, y la adoraban, o algún animal espantoso u otro objeto de abyección. Lo sabían todo; lo veían todo; preparaban venenos; ejercían la magia, y se entregaban a toda clase de pecados. Las mujeres inventaron la música. Las he visto ir de un lado a otro para seducir a las mejores razas y llevarlas a los desórdenes que ellas practicaban. No edificaban casas como las nuestras, sino que hacían torres redondas, muy gruesas, de piedras relucientes, en cuyas bases se apoyaban pequeñas viviendas, que llevaban a extensas cuevas, donde se entregaban a sus horrendos desórdenes y pecados. Sobre los techos de estos edificios se podía caminar en derredor. Subían a las torres y miraban a través de ciertos telescopios a muy grande distancia; pero no por la perfección de estos instrumentos, sino por arte satánica. Veían donde había otros pueblos y ciudades; iban allá, y los vencían, e introducían sus costumbres de libertinaje: en todas partes introducían esta falsa libertad. Los he visto ofrecer sacrificios de niños, a los cuales enterraban vivos. Dios hundió esta montaña con sus moradores profundamente en el diluvio universal.

Henoch, antepasado de Noé, predicaba contra este pueblo perverso. También ha escrito mucho; era un hombre sumamente bueno y muy agradecido a Dios. En muchos lugares de los campos alzaba altares de piedra, y donde el suelo producían frutos, ofrecía sacrificios a Dios, y agradecía los beneficios recibidos. Así conservó la religión en la familia de Noé. Fue trasladado al Paraíso terrenal y descansó junto a la portada de salida, y con el él otro más (Elías). De ese lugar del Paraíso ha de volver a la tierra antes del juicio final.

Los hijos de Cam y sus descendientes también tuvieron, después del diluvio, relaciones con espíritus malignos; y por eso hubo entre ellos tantos poseídos, tantos entregados a la magia, y poderosos según el mundo, e igualmente hombres grandes, audaces y desenfrenados. Semíramis provenía de la unión de estos influenciados por los espíritus malignos. Ella lo podía todo; sólo ignoraba el arte de salvarse eternamente. De estos gigantes salieron también hombres potentes, tenidos más tarde por dioses en los pueblos paganos. Las primeras mujeres que se dejaron poseer por estos demonios sabían lo que hacían; las demás no lo sabían, pero lo tenían ya metido en la carne y la sangre como otra culpa de origen.

XII
Noé y sus descendientes

He visto a Noé como un anciano de infantil aspecto, cubierto de vestidura blanca y larga, trabajando en una huerta de árboles frutales. Podaba los árboles con un cuchillo retorcido, de piedra. Acercase como una nube junto a él y apareció en ella la imagen de un hombre. Noé hincó las rodillas delante de la aparición, y entendí que Dios le dijo que quería destruir a la humanidad, y que Noé debía construir un arca. Noé se puso muy triste por ello y lo he visto pidiendo perdón y misericordia. Noé no empezó de inmediato su trabajo y por dos veces más se le apareció el Señor mandándole empezar la construcción. De no hacerla sería envuelto él mismo en la destrucción general. Lo vi luego salir del país e irse con su familia hacia la comarca donde más tarde vivió Zoroastro (la estrella brillante). Vivía por entonces en una región más alta, boscosa y más solitaria, con mucha gente que había emigrado con él, en tiendas de campaña. Tenía allí un altar delante del cual ofrecía sacrificios. Noé y su familia no edificaban casas de material, porque creían ya en el anuncio de Dios del diluvio. Los pueblos descreídos de los alrededores, en cambio, tenían caseríos de material, defensas de piedras, gruesas murallas y toda clase de edificaciones para defenderse de las amenazas divinas. Reinaba entonces un espantoso desorden sobre la tierra. Los hombres se habían entregado a todos los desórdenes, aun a los más innaturales. Cada uno robaba lo que podía. Invadían las heredades, casas y campos para destruirlos y talarlos, y robaban mujeres y vírgenes para satisfacer sus viciosas costumbres.

También los descendientes de Noé, a medida que aumentaban y se alejaban de él, se pervertían y causaban muchos disgustos depredando sus heredades y entregándose a los vicios. Los hombres de entonces no eran viciosos por ignorancia, o porque fueran salvajes, o poco civilizados; estaban provistos de todo lo necesario, vivían cómodamente y había bienestar general: eran malos por corrupción y por impiedad. Ejercían la más abyecta idolatría: cada uno se fabricaba un ídolo de lo que le parecía y le prestaba adoración. Intentaban, con artes diabólicas, pervertir también a los hijos de Noé.

Mosoc, un hijo de Jafet y nieto de Noé, fue seducido y cayó víctima de la seducción. Mientras trabajaba en el campo, bebió del jugo de una planta y quedó embriagado. No era vino lo que tomaban, sino el jugo de una planta que llevaban consigo en pequeños recipientes, para beber en el trabajo. He visto que también mascaban las hojas y el fruto de esa planta. Mosoc fue así padre de un niño, al cual se le llamó Hom. Cuando nació el niño, pidió Mo-

soc a su hermano Tubal que se hiciera cargo del niño para ocultar su vergüenza, y Tubal accedió. El niño Hom fue colocado por su madre delante de la tienda de campaña de Tubal, poniéndole al lado un brote de la planta mucosa llamada Hom, con lo cual, según la costumbre, creía asegurarse los derechos a la herencia. Pero el tiempo del diluvio estaba próximo y terminaban así las insidias de estas mujeres. Tubal tomó para sí al niño y lo hizo criar en su casa sin delatar su origen. Así se explica que el niño llegó a entrar también en el arca de Noé. Tubal le dio el nombre de la planta Hom, porque era lo único que encontró junto al niño. El infante no fue nutrido con leche, sino con el jugo de esa planta. Esa planta crece hasta la altura de un hombre; cuando, en cambio, se arrastra, da renuevos con puntas blandas como el espárrago; la parte inferior es más dura. Sirve como alimento y sustitución de la leche. Crece de un tubérculo y sobre tierra se le forma una corona de pocas hojas oscuras. Su tronco se vuelve bastante grueso y su médula se convierte en harina, que sirve cocida o frita, o para extender sobre manjares. Donde crece esta planta se ven extensiones muy grandes. He visto que esta planta entró en el arca de Noé.

XIII
Noticias del arca y proximidad del diluvio

Transcurrió un tiempo notable en la construcción del arca, hasta que estuvo terminada. Noé empleó largos años en fabricarla. Por tres veces fue amonestado por Dios. Tomaba obreros y ayudantes; luego dejaba la obra, pensando que Dios había de perdonar, y demoraba su tares hasta que finalmente la llevó a feliz término. He visto que en la fabricación del arca, como en la cruz de Cristo, se usaron diversas clases de maderas: palmeras, olivos, cedros y cipreses. Talaban y preparaban la madera en el mismo lugar. Noé llevaba troncos sobre sus hombros al lugar del trabajo, y me recordaba a Jesús llevando su cruz a cuestas. El lugar de la fabricación era una colinita rodeada de llanos. He visto como ponían los fundamentos del arca.
El arca era por atrás redonda, el fondo hueco como una artesa, y embreada. Tenía dos pisos; los montantes estaban dispuestos uno sobre otro. Estaban huecos y no eran troncos de árboles redondos; eran a lo largo, en la intersección, redondos y tenían en el interior una médula blanca que se unía en el medio. Los troncos tenían estrías y las grandes hojas nacían en torno del tronco sin ramas. He visto como hacían saltar afuera la médula con un instrumento. Las maderas de los árboles las cortaban en tablas delgadas. Cuando terminó Noé de llevar y ordenar todo lo necesario, comenzaron a edificar el arca. La base estaba ya puesta y embreada; las primeras hileras de postes, colocados; fueron tapados con pez todos los huecos que se hacían durante el trabajo. Sobre este primer piso se colocó el segundo, y sobre él una hilera de postes para el tercer compartimiento y el techo. Las ranuras y los intersticios entre los postes y las maderas eran cubiertos con maderas delgadas de color oscuro y amarillo con fibras entretejidas, y las aberturas, aún las más pequeñas, tapadas con algodón y con un musgo blanquizco que abundaba en ciertos árboles. Todo el exterior y el interior fue cubierto con una capa de pez y betún. La techumbre era redonda. En el medio, de un lado y a media altura, estaba la puerta, y a ambos lados, dos ventanas. En mitad de la techumbre había una abertura cuadrada. Cuando estuvo terminada y pintada con esa materia lustrosa, brillaba como un espejo a los rayos del sol. Mucho tiempo trabajó aún Noé solo en el interior del arca, haciendo los compartimientos para los animales. Los animales estaban separados unos de otros según sus clases, y había dos caminos en el medio del arca. En la parte posterior y redonda del arca había un altar de madera, cuya mesa formaba un semicírculo. Había también un lugar aparte, en torno del altar, con lienzos y tapetes. Delante del altar se veía un brasero con fuego y carbones, que era como el

hogar. A derecha e izquierda había separaciones para las moradas y habitaciones. Tenían toda clase de enseres y cajas adentro, y muchas semillas y plantas, que colocaban en tierra, junto a las paredes del arca, que aparecía así toda verde por la multitud de plantas. He visto que también llevaban adentro vides con racimos amarillos de un codo de largo.
No es para expresar cuanto sufrió Noé en la fabricación del arca por la malicia y la obstinación de los trabajadores que le ayudaban, a quienes él pagaba con animales y con pieles. Ellos se burlaban de él, le despreciaban de todas maneras y le llamaban loco. Trabajaban por la paga abundante, pero no dejaban de blasfemar y de burlarse. Nadie sabía para quién fabricaba Noé el arca, y así sufría toda clase de invectivas. He visto como al terminar, finalmente, dio gracias a Dios. Se le apareció el Señor y le dijo que se volviese a las cuatro partes del mundo y con una flauta de caña llamase a los animales que habían de entrar. A medida que se acercaba el tiempo del diluvio el cielo se ponía más oscuro y se extendía un temor inexplicable sobre la tierra; el sol no salía; un tronar continuo estremecía los ánimos. He visto a Noé caminar un trecho hacia las cuatro partes del mundo y sonar su flauta. A su llamado acudían los animales en orden, de a par, machos y hembras, y pasaban por una pasadera de madera colocada delante de la puerta del arca, y que luego fue retirada hacia adentro. Venían los animales más grandes delante, y entraban; primero, elefantes blancos y camellos. Llegaban llenos de ese temor que suelen tener cuando se aproxima una tempestad. Varios días duró la llegaba y entrada de los animales. Los pájaros volaban continuamente penetrando por la abertura de la techumbre. Las aves acuáticas iban a parar al fondo de la nave. Los animales terrestres en el espacio del medio. Los pájaros estaban debajo del techo, posados sobre estacas o en jaulas. Los animales para ser sacrificados entraban de a siete pares juntos. Cuando se miraba el arca terminada, desde lejos, posada solitaria sobre la colina, aparecía brillante con un resplandor azulado cual si viniera del cielo.

XIV
Noé entra en el arca con los suyos

Había llegado el tiempo del diluvio. Noé ya se lo había anunciado a los suyos. Tomó a sus hijos Sem, Cam y Jafet, con sus mujeres y sus hijos y descendientes: había allí nietos de cincuenta y sesenta años, y de éstos, hijos pequeños y grandes, que entraron en el arca. Todos los que habían trabajado en construir el arca, y quedado libres de idolatría, entraron en el arca. Había como cien personas adentro, lo cual era necesario para dar a tantos animales el pienso que necesitaban y hacer la limpieza de los compartimientos. No puedo decir otra cosa sino que siempre he visto que entraron en el arca los hijos de Sem, Cam y Jafet. Veo allí dentro muchas criaturas, niños y niñas; todos los descendientes de Noé que permanecieron buenos. En la Sagrada Escritura no se habla tampoco de los hijos de Adán, fuera de Caín, Abel y Set, y, sin embargo, veo yo allí muchas criaturas entre ellos y siempre de a pares, es decir niños y niñas. Lo mismo se lee en la primera Epístola de San Pedro de solo ocho personas que estaban en el arca; es decir, los cuatro patriarcas con sus mujeres, de los cuales descendieron todos los demás después del diluvio. Al niño Hom también lo he visto en el arca, yaciendo en una artesa de cortezas, sujeto firmemente con una ligadura de pieles. He visto después nadando muchas de estas artesas de cortezas, como cunas de niños, acabado el diluvio. He visto también en los huecos y en las habitaciones de piedras y ladrillos estas cavidades llenas de cunas de niños. Los lechos de los judíos estaban generalmente en las cavidades de las paredes.

Cuando el arca se levantó sobre las aguas y los hombres subían sobre los techos, árboles y montañas, y se veían ya muchos cadáveres y árboles flotando sobre las aguas, Noé y los suyos estaban ya seguros dentro del arca. Aún antes de entrar Noé con su mujer y sus hijos y las mujeres de sus hijos, en el arca, pidió a Dios misericordia para los hombres. Retiraron el puente al interior y cerraron finalmente la puerta tras de ellos. Todo lo abandonó; también parientes cercanos, con hijos pequeños, ya que éstos se le habían retirado cuando fabricaba el arca. De pronto se desencadenó un temporal sin precedentes; los rayos caían sobre la tierra como columnas de fuego y los torrentes de las aguas caían como arroyos que se precipitaban de lo alto. La colina sobre la cual estaba el arca, pronto se convirtió en una isla. La calamidad fue entonces tan grande que yo creo que muchos se habrán convertido siquiera por temor.

He visto a un demonio negro, de espantable aspecto, cruzar la oscura tem-

pestad induciendo a los hombres a la desesperación. Sapos y serpientes buscaban refugio en algún rincón del arca. No he visto entonces ni mosquitos ni insectos; estos aparecieron después, para castigo y calamidad de los hombres.
He visto a Noé ofreciendo sacrificios sobre el altar, cubierto de lienzos blancos y colorados. Tenía Noé en una caja redonda varios huesos de Adán, que posaba sobre el altar cuando rezaba y hacía sacrificios. He visto sobre su altar el cáliz que usó después Nuestro Señor en la última Cena; este cáliz le había sido traído a Noé, mientras fabricaba el arca, por tres seres de larga y blanca vestidura, como los tres hombres que aparecieron a Abraham para anunciarle el nacimiento de su hijo. Habían venido de una ciudad que después del diluvio se hundió, y hablaron con Noé expresándole que, ya que era hombre de fama, debía llevar dentro del arca ese cáliz, que encerraba un misterio grande, para que no se perdiera en el desastre del diluvio. En el cáliz había un grano de trigo grande como una semilla de mirasol y una ramita de vid. Noé metió ambas cosas en una manzana amarilla y los puso dentro del cáliz, que no tenía tapa. Debía crecer esa rama y brotar hacia fuera. Más tarde he visto este cáliz en poder de un descendiente de Sem, que vivió después de la dispersión de Babel en el país de Semíramis y que fue padre de los Samanes, los cuales fueron sacados por obra de Melquisedec del poder de Semíramis y trasladados a la tierra de Canán, y llevaron consigo este cáliz misterioso.

XV
Después del diluvio

He visto flotar el arca sobre las aguas y muchos cadáveres en torno de ella. El arca se detuvo sobre una alta montaña, al oriente de Siria, abajo; montaña aislada y muy rocosa. Estuvo mucho tiempo allí.

Veo que ya aparece tierra, aunque cubierta de lodo y verde moho. Al principio, después del diluvio, comían conchas y pescados, abundantes por doquiera; más tarde los he visto comer pan, y aves cuando se multiplicaron. Plantaron y cultivaron los campos. La tierra era tan fértil después del diluvio que el trigo que sembraron tenia granos tan grandes como los de maíz; también sembraron la raíz de la planta Hom, que era musilaginosa. La tienda de Noé la he visto, como más tarde la de Abraham, en una llanura, y en torno de ella las de sus hijos y descendientes.

He visto la maldición de Cam. Sem y Jafet recibieron de rodillas la bendición de Noé, de la misma manera que más tarde Abraham daba la bendición a Isaac. La maldición que Noé pronunció contra Cam, la he visto ir hacia él como una nube negra y oscurecerle la faz. Ya no era de tez blanca como antes. Su pecado fue como la profanación de una cosa sagrada, como la de un hombre que intentase entrar en el Arca de la Alianza. He visto surgir a Cam una descendencia muy perversa, que se fue pervirtiendo cada vez más, y oscureciéndose su cuerpo. Veo a los pueblos más atrasados y degradados ser los descendientes de Cam.

No me es posible expresar como he visto crecer y multiplicarse los pueblos y oscurecerse de todas las maneras y embrutecerse. Con todo, de en medio de estos pueblos envilecidos, se esparcía alguna luz de verdad y algún deseo de ser clarificados.

XVI
Tubal y los descendientes de Noé

Cuando Tubal, hijo de Jafet, con sus hijos y los hijos de su hermano Mosoc, se hizo indicar por Noé las tierras que habían de habitar, eran ya quince familias. Los hijos de Noé se iban alejando del patriarca a tierras más o menos lejanas; pero en torno de él. Las familias de Tubal y de Mosoc se alejaron de Noé para ocupar comarcas más alejadas de ese centro común. Cuando finalmente los hijos de Noé se multiplicaron y empezaron a desunirse, quiso Tubal alejarse aún más, para no tener que comunicarse con los hijos de Cam, que habían concebido ya la idea de la construcción de la torre de Babel. Tubal y sus hijos no concurrieron a la edificación de la torre cuando más tarde se les llamó para ello, como también los hijos de Sem se negaron a cooperar. Tubal se llegó con los suyos a la tienda de Noé para que les señalase las tierraws que habían de ocupar. Noé vivía entonces en una montaña entre el Líbano y el Cáucaso. Noé lloró, porque amaba a esta descendencia que se había conservado más piadosa que las otras. Les indicó una región hacia el Noreste y les recordó los mandamientos de Dios, y el ofrecimiento de sacrificios, y se hizo prometer que conservarían la pureza de su raza, no mezclándose con los hijos de Cam. Les dio vestidos y cinturones que había conservado en el arca, para que los usasen los jefes de familia en el culto de Dios y en los casamientos, para ser preservados del mal y de la impura descendencia. El culto que Noé ofrecía a Dios me recuerda a las ceremonias de la Misa. Consistía en oraciones y respuestas. Noé se movía de un lado a otro del altar y se inclinaba a veces profundamente. Noé les dio una cartera de cuero con un recipiente de corteza, dentro del cual había una caja de oro en forma de huevo, que contenía, a su vez, tres pequeños vasos. Recibieron también tubérculos de la planta musilaginosa llamada Hom. Les dio rollos de corteza y de pieles con escritos, donde he visto letras y señales, como asimismo bastoncitos de madera que llevaban grabados signos y letras.

Los hombres de ese tiempo eran de hermoso aspecto, de un color amarillo-rojizo brillante. Vestían pieles, lanas y cinturones; sólo los brazos llevaban cubiertos. He visto cómo se acomodaban esas pieles. Apenas habían sacado la piel del animal, se la acomodaban al cuerpo para que se ajustase perfectamente a sus miembros. Al principio me parecían esos hombres muy extraños, al verlos tan peludos, pues llevaban estas pieles tan ajustadas que parecían a primera vista algo natural de ellos mismos. Estos hombres que emigraron no llevaban muchas cosas consigo fuera de las semillas y pocos ense-

res. Emigraron hacia una región del Noreste. No he visto entre ellos camellos, pero sí caballos, asnos y animales con astas muy abiertas parecidos a los ciervos. A estos emigrados los he visto luego en una región montañosa, viviendo en grandes tiendas adosadas a las laderas de la montaña como el follaje a los árboles. Los he visto cavar, plantar árboles en grandes hileras. La otra parte de la montaña era más fría, y después toda esta región se hizo más fría, de modo que uno de los nietos de Tubal, un tal Dsemschid, emigró con todo este pueblo al Sudoeste. Todos los que habían conocido a Noé y se habían despedido de él, habían muerto ya, menos unos pocos. Los que emigraron con Dsemschid, nacidos en ese lugar, tomaron a loa ancianos que habían quedado, y con mucho cariño se los llevaron consigo colocados en canastos, para evitarles el cansancio.

XVII
Hom y sus aberraciones

Cuando Tubal con sus descendientes se despidió de Noé, vi también al hijo de Mosoc, conservado en el arca, que emigró con ellos. Hom estaba ya bastante crecido. Más tarde lo he visto muy diferente de los demás: grande, parecía un gigante, muy serio y muy singular en su modo de ser. Vestía un largo manto y parecía ser considerado como sacerdote. Se apartaba generalmente de los demás y muchas noches las pasaba solitario en las rocas y en las cavernas de las montañas. Sobre la cumbre de las montañas observaba los astros y ejercía la magia, y por arte diabólico tenía visiones, que él luego ordenaba, escribía y enseñaba, enturbiando así las puras enseñanzas que habían recibido de Noé. La mala inclinación que había heredado de su madre se había mezclado en él con la pura enseñanza heredada de Henoc y de Noé, que habían sido hasta entonces las creencias de los hijos de Tubal.

Hom introdujo falsas interpretaciones y torcidas explicaciones por medio de sus visiones diabólicas y de sus alucinaciones, a la verdad pura tradicional. Hom escudriñaba y estudiaba el curso de los astros y por arte del diablo veía visiones en figura de verdades, que luego tomaba por tales, por su semejanza. De este modo llevaba a la idolatría y fue el origen de las aberraciones del paganismo. Tubal era un hombre bueno. Las andanzas de Hom y sus enseñanzas le disgustaban mucho y se dolía especialmente que uno de sus hijos, el padre de Dsemschid, fuera partidario de Hom. Yo oía lamentarse a Tubal diciendo: "Mis hijos no son unidos. Ojalá hubiese permanecido junto a Noé".

Hom consiguió dirigir desde la montaña, donde vivían, hacia abajo una corriente de agua en dos brazos, que luego formaron un riachuelo y más adelante un río caudaloso, sobre el cual los he visto más tarde salir de allí, bajo la guía de su jefe Dsemschid, para otra comarca. Hom recibió de sus partidarios una especie de culto, cual si hubiese sido un dios. Entre otros errores enseñó que Dios está en el fuego. Solía mezclar sus errores, sirviéndose del agua y de aquella raíz, que motivó su nombre y de la cual se alimentó, para sus maniobras de magia y curanderismo. Plantaba este vegetal y luego lo repartía como alimento sagrado y como remedio para enfermedades, con tanta solemnidad, que de esto nació una práctica supersticiosa. La savia de esta planta la traía consigo en un recipiente oscuro como un almirez. Las agarraderas estaban hechas de metal. Estos utensilios de metal provenían de otra tribu que vivía en una montaña lejana, que trabajaba con fuego derri-

tiendo metales. Yo veía que de esas montañas salían llamaradas de fuego, y ese recipiente estaba formado allí con los metales derretidos.
Hom no se había casado y no llegó a larga vejez. Contaba muchas historias sobre su propia muerte, en las cuales creía él como más tarde Derketo y sus partidarios.
Lo he visto morir de un modo espantoso. De él nada quedó en el mundo, ya que el diablo se lo llevó consigo. Por esto creyeron sus partidarios que, a semejanza del justo Henoc, había sido arrebatado a un lugar sagrado. El padre de Dsemschid fue instruido por éste y le dejó su espíritu para que continuara su obra y ocupara su lugar como jefe de esta falsa religión.

XVIII
Dsemschid, jefe y conductor de pueblos

Dsemschid llegó a ser, por su sabiduría, el conductor de su tribu, que aumentó muy pronto y llegó a ser un pueblo respetable, que llevó cada vez más hacia el Sur. Dsemschid había sido bien instruido y formado en las enseñanzas de Hom. Era indescriptiblemente vivaracho, pronto en sus movimientos, más activo y mejor que Hom, que aparecía siempre pensativo y concentrado. Dsemschid tradujo a la práctica la religión de Hom; añadió algo más a esas enseñanzas y observaba mucho los astros. El pueblo que le seguía tenía ya el culto sagrado del fuego y se distinguía de los demás por señales propias de su raza. La gente de entonces solía mantenerse, más que ahora, separada por razas y tribus, y no se mezclaba tan fácilmente como hoy. Dsemschid se ocupaba mucho de mantener la pureza de su raza y el mejoramiento de sus tribus; separaba, trasladaba y colocaba a unos y otros como mejor le parecía. Los hombres vivían con gran libertad, aunque estaban naturalmente sujetos a sus guías.
Las razas salvajes que he visto y que veo todavía en muchos lugares, nada tienen que ver con estas razas de hombres de belleza natural y noble, aunque sencilla, y veo que los salvajes de esos lugares e islas nada tienen de la audacia, intrepidez y fuerza de los hombres primitivos. Dsemschid edificó, sobre los terrenos que asignó a sus tribus, poblaciones de tiendas de campaña, diseñó campos para cultivos, abrió caminos, bordeándolos con piedras, y repartió gente de un lado y de otro dotándola de animales, árboles frutales, diversas plantas y cereales. Cabalgaba sobre una extensión de tierra y golpeada con un instrumento que siempre llevaba en las manos; en seguida venían sus gentes, y cavaban, cortaban árboles, cercaban y hacían pozos. Era en extremo severo y justo con sus subordinados. Lo he visto como un anciano alto de estatura, delgado, de color amarillo rojizo, cabalgando sobre un animal muy ágil y veloz, de color amarillo y negro, semejante a un asno, pero de piernas más finas. Lo he visto sobre este animal alrededor de un trozo de campo, como hace entre nosotros la gente pobre, que rodea una maleza que ha de cultivar para sí. En ciertos puntos se detenía y golpeaba con un instrumento su punta, o plantaba una estaca en el suelo: allí se detenían sus hombres y colonizaban. Este instrumento, que más tarde se llamó ‘la dorada reja del arado de Dsemschid” tenía la forma de una cruz latina, de un codo de largo, con una cuchilla que sacada de su vaina formaba con el asta un ángulo recto. Con este instrumento hacía un hoyo en la tierra. La figura de este instrumento la traía dibujada en su vestido, en el lugar de los bolsillos. Me

recordó a la señal que llevaban siempre José y Asenté, en el Egipto, y con el cual José medía y distribuía las tierras; sólo que éste adoptaba mejor la forma de cruz y tenía arriba un anillo en donde podía ser encerrado. Dsemschid llevaba un manto que caía en pliegues de delante hacia atrás. Desde la cintura hasta las rodillas colgaban dos retazos de cuero, dos por delante y dos por detrás, que a los lados estaban sujetos debajo de las rodillas. Tenía los pies envueltos con cueros y correas. En el pecho llevaba un escudo de oro. Tenía varios de estos escudos, que cambiaba según las festividades y diversas ocasiones de ritos. Llevaba una corona de oro con puntas, que remataba por delante en un cuerno sobresaliente donde flameaba una especie de banderín.
Dsemschid hablaba mucho de Henoc: sabía que no había muerto, sino que había sido arrebatado de este mundo. Enseñaba que Henoc había trasmitido a Noé toda buena enseñanza de verdad: lo llamaba padre y heredero de todo lo bueno. Pero añadía que de Noé había llegado a él (Dsemschid) toda esa herencia de verdad y de bien. Tenía también, según he visto, un recipiente de oro en forma ovoidal que llevaba colgado del cuello, en el cual, afirmaba, estaba encerrado algo misterioso y bueno, que Noé había tenido guardado en el arca, y que había recibido en herencia. He visto que donde él, en sus correrías, se detenía para fundar una población, levantaba una columna y sobre ella colocaba, en sitio de oro, ese recipiente de oro. La columna tenía figuras entalladas: era hermosa construcción y encima levantaba un templete como si fuese un santuario. El recipiente tenía por tapa una especie de corona con abertura y cuando Dsemschid hacía fuego, sacaba algo del recipiente y lo echaba sobre el fuego. En efecto, he visto que el recipiente había estado en el arca y que Noé había guardado en él el fuego. Por esto se convirtió en una especie de santuario y de objeto sagrado para Dsemschid y su gente. Cuando era expuesto al público, ardía siempre el fuego delante del cual prestaban adoración y sacrificaban animales. Dsemschid les enseñaba que el gran Dios habita en la luz y en el fuego, y que ese Dios tiene muchos otros espíritus y semidioses que le sirven. Todos los pueblos se sometían a su dominio; él establecía hombres y mujeres en uno y otro lugar, dándoles animales de labranza, haciéndoles cultivar y sembrar la tierra. Esta gente no podía disponer de sí, sino que Dsemschid los manejaba como rebaños, y daba las mujeres a los hombres según su voluntad. Practicaba la poligamia, tenía varias mujeres y en especial una muy hermosa, de mejor procedencia, de la cual tuvo un hijo que fue su sucesor y su heredero. Edificaba grandes torres redondas, a las cuales se subía por escalones y desde donde exploraba y miraba las estrellas. Las mujeres, que vivían separadas y muy sujetas, llevaban vestidos cortos, y sobre el pecho y parte superior del cuerpo, un tren-

zado de cuero; detrás colgaba algún adorno y en torno del cuello y sobre los hombros, hasta las rodillas, descendía un paño ancho en la parte inferior, de forma redondeada. Esta vestimenta estaba adornada, en el pecho y en los hombros, con señales o letras. He visto que en todas las comarcas donde Dsemschid fundaba poblaciones, hacía construir caminos que iban en línea recta hacia el lugar donde se fabricaba la torre de Babel.

Donde este conductor de pueblos se establecía, aún no había habitantes. No tenía, por consiguiente, que echar ni desalojar a nadie; todo procedía pacíficamente; sólo se veía allí poblar y edificar. La raza de gente de Dsemschid era de color amarillo-rojizo, como ocre brillante; era realmente una hermosa raza de hombres. Todas las diversas razas eran contramarcadas, para reconocerlas y preservar las más nobles de las mezclas. Los he visto trasponer con su gente una alta montaña nevada. No sé cómo alcanzó a pasar al otro lado; pero lo hizo con todo éxito, aunque con pérdida de mucha de su gente. Tenía caballos o asnos y él mismo cabalgaba con un animal pequeño, veteado, muy veloz. Un cambio brusco de la naturaleza los había hecho alejar de su primera morada; se había vuelto la región muy fría. Ahora veo que es de nuevo más benigna. En su camino encontraba tribus en el mayor abandono; gentes que habían huido de la tiranía de sus jefes; otras que esperaban a algún conductor. Estas razas dispersas se unieron gustosas a su gente y a su mando, pues su carácter era bondadoso, y distribuía trigo y bendiciones por donde pasaba. He visto tribus que habían tenido que huir, porque habían sido saqueadas y robadas sus tierras, como le sucedió al paciente Job. Algunos no conocían el fuego y cocían su pan a los rayos del sol o sobre piedras recalentadas al sol. Cuando Dsemschid les hizo conocer el fuego, apareció ante ellos como un dios. Encontró en su camino una tribu que sacrificaba a los hijos defectuosos o que les parecía insuficientemente hermosos; los enterraban hasta la mitad del cuerpo y hacían fuego en torno de ellos. Dsemschid desterró esta bárbara costumbre; libró a estas criaturas y encargó a ciertas matronas que cuidasen y educasen a esos niños. Cuando eran grandes, los repartía entre las tribus, como peones y siervos. Siempre ponía máximo cuidado en preservar la pureza de su raza.

Dsemschid habitaba con su gente en un principio al Sudoeste, de modo que tenía el Monte de los Profetas a su izquierda, hacia el Sur. Más tarde se trasladó hacia el Sur, teniendo entonces el Monte a su izquierda, en el Oriente. Creo que después pasó al otro lado del Cáucaso.

Entonces, cuando en esos lugares todo bullía de gente y todo era movimiento, en nuestras tierras (Alemania) todo era sólo bosques, pantanos y tierras desiertas. Hacia el Oriente, aquí y allá, había algunas tribus dispersas.

El famoso Zoroastro (estrella brillante), que floreció mucho más tarde, fue un descendiente del hijo de Dsemschid y renovó la enseñanza de aquel conductor de pueblos. Dsemschid escribía sobre tablas de piedra y de cortezas toda clase de leyes, de preceptos y enseñanzas. Su alfabeto era de tal modo que a veces una sola letra o signo significaba una frase entera. Este lenguaje era todavía de la primera lengua y veo que tiene relación o semejanza, a veces, con nuestro idioma.
Dsemschid vivió hasta los tiempos de Derketo y de su hija, que fue la madre de la famosa Semíramis. Dsemschid no alcanzó hasta los tiempos de Babel, pero sus correrías se dirigieron en esa dirección.

XIX
Ocasión en que vio la vidente la historia de Hom y Dsemschid

He visto toda esta historia de Hom y Dsemschid en cierta ocasión en que Jesús enseñaba delante de los filósofos paganos de Lanisa, ciudad de Chipre[7]. Estos filósofos hablaban de Dsemschid delante de Jesús como de un sabio rey del Oriente que había vivido allá en las Indias, que poseía una daga, recibida de Dios, con la cual repartía y señalaba tierras y poblaba comarcas y esparcía bendiciones por donde pasaba. Le preguntaron a Jesús si sabía algo de él y de las maravillas que contaban de su paso sobre la tierra.

Jesús les respondió que Dsemschid había sido sólo un hombre prudente y sabio, según los sentidos y la naturaleza, que había sido un conductor de pueblos que había llevado su tribu y poblado a ciertas regiones con su gente, cuando empezaban a dispersarse, como sucedió después de Babel en mayor escala. Les dijo que había dictado ciertas leyes, y que otros conductores de pueblos habían existido, semejantes a él, cuando las razas no se habían corrompido tanto, como después sucedió. Jesús les mostró, empero, cuantas fábulas se contaban de él y se inventaron; mientras en realidad Dsemschid no había sido sino un remedo y una falsa imagen del verdadero conductor de pueblos que había sido Melquisedec, sacerdote y rey. Jesús les dijo en esta ocasión que mirasen a Melquisedec y al pueblo de Abraham, puesto que al dispersarse los pueblos había Dios enviado las mejores familias a Melquisedec para que las guiara y las mantuviera unidas, y les preparase morada y tierras para habitar y se mantuvieran puras. De este modo, les dijo, estos pueblos se hicieron dignos o indignos de la gracia del llamamiento y de la promesa, según sus méritos. Jesús añadió: "Quien haya sido Melqu isedec lo podéis pensar e imaginar; lo cierto es que fue una primitiva imagen de la ya cercana hora de la gracia del llamamiento; el sacrificio de pan y vino que él ofreció se ha de cumplir ahora y perfeccionar, y este sacrificio verdadero ha de durar hasta la consumación de los siglos".

XX
La torre de Babel

La construcción de la torre de Babel fue la obra de la soberbia y del orgullo. Los iniciadores quisieron hacer una obra, según su idea de resistir a la providencia y voluntad de Dios. Cuando los descendientes de Noé se multiplicaron en gran manera, los más entendidos y presuntuosos de ellos se reunieron y determinaron hacer una obra tan grande y tan extraordinariamente fuerte que fuera la admiración de todos los tiempos, y así todos los venideros hablasen de ellos como de los más atrevidos y más poderosos hombres del mundo. De ninguna manera pensaron en dar la gloria de todo a Dios: sólo pensaron en glorificarse a sí mismos. De no haber habido este olvido de Dios, el Señor les hubiera permitido terminar su obra. Esto se me dio a entender claramente. Los descendientes de Sem no tomaron parte en esta construcción. Ellos vivían en lugares llanos donde crecían palmas y otros árboles gentiles que les daban frutos; no obstante, tuvieron ellos también que contribuir a la edificación de la torre puesto que no estaban tan distantes del lugar de la construcción. Solamente los descendientes de Cam y de Jafet se ocuparon de esta edificación, y llamaban a los Semitas un pueblo de menguados y de tontos, porque se negaban a unirse con ellos. Los Semitas no eran tampoco tan numerosos como los de Cam y Jafet. Entre los Semitas formaban una raza más preservada los descendientes de Heber y luego de Abraham.

Sobre Heber, que no tomó parte en la construcción de Babel, puso sus ojos Dios para separarlo a él y a su descendencia de la común corrupción del mundo y hacerse de esta raza un pueblo más santo. Por este motivo Dios dio a este pueblo un idioma santo que no tuvo otro pueblo, para que se mantuviera separado de los demás. Este idioma es la pura lengua caldea. La lengua – madre que hablaron Adán, Noé y Sem fue otra, y de ella no queda sino algo en cada una de las lenguas diversas existentes. Las primeras puras hijas de esta lengua primitiva son los idiomas de los Bactrios, el Zend y la sagrada lengua de los Indos. De estas lenguas hay aún palabras, como en el bajo alemán de mi pueblo nativo. En este mismo idioma está escrito el libro que yo veo aun existente en el actual Ktesifonte; en el Tigres. Heber vivió en los tiempos de Semíramis. Su abuelo Arfaxad fue el hijo de elección del patriarca Sem, lleno de inteligencia y buen juicio. Desgraciadamente se derivaron muchos errores más tarde de sus enseñanzas y culto idolátrico y aún muchas artes de magia. Los magos traen su origen de estos errores.

La torre de Babel se edificó sobre una altura extensa que tenía un circuito

como de dos horas de camino. Alrededor había un extenso valle con muchos campos de árboles, jardines y plantaciones. Desde los fundamentos de la torre hasta la altura del primer piso, se veían veinticinco anchos caminos de material que llegando desde lejos subían hasta esa altura. Correspondían a las veinticinco tribus que edificaban la torre. Cada una de estas tribus debía tener su camino hacia la torre desde su lejana ciudad, para que en momento de peligro pudiera refugiarse por su calle en las alturas de la torre. La torre debía servir también para el culto idolátrico de sus dioses.
Estos caminos amurallados estaban muy apartados unos de otros en su comienzo, desde la ciudad de origen; se iban acercando en dirección de la torre y al llegar a ella el espacio entre un camino y otro no era más ancho que una calle o camino real. Antes de su terminación, estaban estos caminos trabados entre sí con arcos transversales, y desde aquí había, entre cada dos caminos, una puerta ancha como de diez pies que daba a la base de la torre. Cuando estos caminos se acercaban a la torre estaban reforzados por una serie de arcadas con aberturas al través, y más cerca aún de la base de la torre, por una doble serie de arcos, uno sobre otro, y por encima de ellos se podía caminar en torno de la torre. Estos caminos servían para reforzar los fundamentos de la misma torre como las raíces de una planta y también para subir el peso de los materiales de construcción que se traían a todos los lados de la torre. Entre estos caminos, que eran como raíces de la torre, había muchas habitaciones subterráneas amuralladas. He visto que vivía una multitud grande de gente en tiendas de campaña, además de las que habitaban en los huecos, subterráneos y habitaciones que había en la base misma de la torre. Era un ir y venir, un movimiento extraordinario y febril, cual las hormigas en sus hormigueros. Camellos, elefantes y asnos en cantidad inmensa subían y bajaban por los caminos, tan anchos que podían encontrase sin molestarse unos a otros. A lo largo del camino había sitios para cargar y descargar, así como depósitos para forraje y descanso de los animales. He visto que muchos de estos animales subían y bajaban por los caminos sin hombres que los guiasen. Los caminos que habían en la base de la torre llevaban a un laberinto de entradas, salas, pasadizos, escaleras y cámaras. De esos subterráneos de la torre se podía, por medio de escalones abiertos en las paredes, subir por todos lados a lo alto de la torre. Desde la terraza del primer piso se abría un camino exterior que corría en forma de caracol en torno del edificio. El interior de la construcción estaba lleno de sólidos sótanos, de cámaras y pasadizos en todas direcciones. La edificación se llevaba a término con uniformidad de todos lados, hacia el centro, donde en un principio había una gran tienda de campaña. Edificaban con ladrillos. He visto, sin

embargo, que arrastraban también grandes piedras labradas de otros lugares. La parte exterior de estos caminos que subían a la torre tenían un color blanquizco y resplandecían a los rayos del sol: desde lejos presentaban un espléndido espectáculo. La torre estaba edificada con arte exquisito y se me ha dicho que la hubiesen podido terminar y que subsistiría aún ahora, como un hermoso recuerdo de la fuerza de la unión de los hombres, si la hubiesen emprendido teniendo en cuenta a Dios y su gloria. Pero ellos no pensaban en Dios; era la obra de la pura soberbia humana.

En el interior de las bóvedas dejaban grabadas con piedras de diversos colores, en grandes letras, los hombres de los que habían contribuido mayormente a la edificación, y en las columnas figuraban las alabanzas de sus hechos y proezas. Estas gentes no tenían reyes, sino patriarcas, que gobernaban según ciertos acuerdos que tomaban entre sí. Las piedras que usaban estaban cortadas de modo que al colocarlas se unían perfectamente entre sí. Todo el mundo trabajaba en la obra. He visto que habían abierto canales y cisternas para el agua y que las mujeres pisaban el barro y la mezcla con los pies. Los hombres llevaban los brazos y el pecho descubiertos cuando estaban en el trabajo. Los más nobles atenían sobre la cabeza una especie de gorra con un botón. Las mujeres llevaban la cabeza cubierta.

La torre había subido ya tanto, que de un lado se sentía un frío intenso por la sombra que proyectaba, y del otro, un calor notable por el reflejo del sol sobre los caminos y murallas del edificio.

Habían trabajado ya por espacio de treinta años y apenas habían llegado al segundo piso de la enorme torre. A estas alturas trabajaban en el interior del edificio, haciendo las columnas en forma de torre y grabando sus nombres con piedras de colores y las proezas de sus tribus respectivas, cuando de pronto se introdujo la confusión. No eran obras muy artísticas estas grabaciones en piedra; pero mucho se fijó con piedras de diversos colores y en los nichos se colocaron también figuras y estatuas.

Entre los maestros y dirigentes de la obra he visto aparecer a Melquisedec, que les pidió cuenta del modo que procedían y les anunció el castigo de Dios, si no cambiaban de conducta. Ya desde entonces comenzó la confusión de ideas. Muchos que hasta entonces habían trabajado en paz y concordia comenzaron a gloriarse de sus obras, de su saber y de su aporte a la empresa, y a pretender exenciones y privilegios, formando partidos unos contra otros. Contra éstos se levantaron protestas, enemistad y, por fin, abierta guerra. Al principio pareció que eran sólo dos las tribus descontentas y rebeldes, y se determinó refrenarlas; pero pronto se vio que todos estaban desunidos. Riñeron entre ellos, hubo muertos y heridos. No se entendieron, se

separaron y se dispersaron por toda la redondez de la tierra. He visto que los descendientes de Sem fueron más al Mediodía, donde vivió Abraham. He visto, en esta ocasión, que un hombre bueno no se apartó por entonces de Babel, sino que permaneció por causa de su mujer entre los malos del lugar. Este hombre fue el origen de los Samanes, que más tarde fueron oprimidos por Semíramis, hasta que los libró y los sacó del lugar el mismo Melquisedec, llevándolos a la tierra prometida.
Cuando yo veía, desde niña, la torre de Babel, no podía imaginarme lo que podría ser y desechaba esa visión, porque no había visto más que las casitas de mi pueblo, donde la puerta sirve también de escape al humo de la cocina, y la ciudad de Koesfeld. A veces pensé, en mi simplicidad de niña, que eso debía ser el cielo. Pero puedo decir que siempre he visto esta torre de la misma forma como ahora; más tarde he visto el aspecto de la torre como estaba aún en tiempos de Job.

XXI
Nemrod

Uno de los principales jefes de la edificación de la torre fue Nemrod, que más tarde fue tenido por dios, bajo el nombre de Belo. Fue el antepasado de Derketo y de Semíramis, que recibieron veneración como diosas. Este mismo Nemrod edificó la ciudad de Babilonia con las piedras de la torre de Babel y Semíramis terminó en sus tiempos esta obra. Nemrod puso también los fundamentos de la ciudad de Nínive introduciendo la costumbre de poner bases de material a las habitaciones y tiendas de campaña. Fue un renombrado cazador y un tirano en su gobierno. Había por aquel tiempo grandes y temibles animales que causaban daños y devastaciones; por esto las expediciones contra estos animales eran casi como las expediciones guerreras contra los enemigos. Los que lograban matar animales más dañinos y fuertes eran tenidos por semidioses. Nemrod forzaba a otros hombres a someterse a su tiranía. Ejercía culto de idolatría, estaba lleno de crueldad, practicaba la magia y tuvo mucha descendencia. Llegó a la avanzada edad de doscientos setenta años. Tenía una tez amarillenta, desde joven llevó una vida salvaje, era un instrumento del demonio y muy dado a las observaciones de la astrología. De las mismas figuras y representaciones que él veía en los astros y en las estrellas con las cuales predecía cosas sobre pueblos y razas, hacía luego imágenes de ídolos, que pasaban más tarde a ser adorados como dioses. De este modo recibieron los egipcios la Esfinge y los diversos ídolos de varios brazos y cabezas, que son invenciones de Nemrod. Por setenta años estuvo Nemrod empeñado y preocupado con estas visiones diabólicas, formando luego con ellas el culto de los ídolos y los sacrificios, e instituyendo la casta de los sacerdotes para este culto idolátrico. Por medio de su ciencia diabólica y por la violencia que ejercía, había logrado sujetar a las demás tribus y llevarlas al proyecto de la construcción de la torre de Babel. Cuando se declaró la confusión de las lenguas, muchas tribus se separaron de su dominio y las más depravadas de ellas se dirigieron, al mando de Mesraim, a las tierras de Egipto. Nemrod edificó entonces a Babilonia, sujetó a su tiranía a las demás tribus de los alrededores y fundó el reino babilónico. Entre sus numerosos hijos se enumera a Nino y a Derketo, que después fue tenida por una diosa.

XXII
Derketo

Desde Derketo a Semíramis he visto que pasaron tres generaciones, sucediéndose una hija de la otra. He visto a Derketo como una mujer grande y fuerte, vestida de pieles, con muchos adornos colgantes de cueros y una especie de cola de animal. Tenía sobre la cabeza una gorra de plumas de pájaros e iba acompañada en sus correrías por otras muchas mujeres y hombres. Habían venido desde Babilonia. Derketo estaba siempre en visiones diabólicas; profetizaba esto o aquello, fundaba pueblos, ofrecía sacrificios y hacía continuas correrías por las comarcas cercanas y aún las más alejadas. Llevaba a veces una raza de gente consigo, con sus ganados y haberes; profetizaba buena permanencia en un lugar. Levantaban grandes piedras como recuerdos, ofrecían sacrificios y se entregaban a las orgías con las gentes que llevaban consigo. Estas piedras eran a veces extraordinariamente grandes. Todos se le sometían. Ella se encontraba en todo lugar; era venerada como una diosa y en edad avanzada tuvo una hija que siguió todo su proceder. He visto todas estas cosas en una llanura, de donde tomó origen todo este desorden. Más tarde he visto, ya anciana, de aspecto feroz, en una ciudad cerca del mar, ocupada en obras de magia y como en éxtasis diabólico decía a las gentes, allí reunidas, que ella debía morir por todos ellos y sacrificarse. Añadió que ya no podía quedarse más tiempo con ellos, pero que quería transformarse en un pescado para estar siempre en la cercanía con ellos. Señaló la veneración y el culto que le debían tributar y, en presencia de todo el pueblo, se precipitó en las aguas del mar. He visto que de inmediato se levantó un gran pescado de entre las olas y que el pueblo lo saludó con toda clase de manifestaciones de veneración, de sacrificios y de desórdenes. De todas las cosas que habían pertenecido a Derketo se originó una serie de supersticiones y de culto idolátrico. He visto también que las profecías, misterios y alucinaciones que ejercía Derketo, tenían relación en gran parte con el agua y su significación.

He visto surgir a otra hija de Kerketo desde una pequeña montaña. Pronto debía ganar influencia y poderío. Esto sucedía todavía en tiempos de Nemrod; eran de la misma raza. A esta hija de Derketo la he visto obrar en todo como su madre, y aún más desenfrenadamente. Hacía a menudo largas correrías para cazar fieras con grande acompañamiento de gente y a veces a cientos de millas en comarcas lejanas. Entretanto ofrecía sacrificios, ejercía la magia y adivinaba lo futuro. Fundaba poblaciones en diversos lugares y establecía el culto idolátrico por doquiera. A ésta la he visto arrojarse a las

aguas luchando contra un hipopótamo de gran tamaño.

A su hija, Semíramis, la he visto en una alta montaña, rodeada de riquezas y tesoros del mundo, como si el diablo se las mostrase para dárselas, y luego he visto como completaba la corrupción de su raza en la ciudad de Babilonia. En los primeros tiempos estos estados de posesión diabólica eran, en muchos, en general tranquilos, sin ruido; más tarde se hicieron mucho más manifiestos y violentos. Estas personas se convirtieron de este modo en jefes y conductores y fueron tenidas por dioses. Introdujeron toda clase de prácticas de culto, según sus falsas visiones. Exteriormente hacían toda clase de grandes empresas con arte, usando de violencia; como estaban llenos de ciencia diabólica, inventaron cosas maravillosas. De este estado nació, en un principio, una casta de señores y sacerdotes; más tarde sólo sacerdotes. En los primeros tiempos he visto más mujeres que hombres con estas malignas influencias que actuaban de común acuerdo en la ciencia y en el obrar. Muchas cosas que se cuentan de estas personas son deformaciones de sus estados extáticos, magnéticos y diabólicos, y según hablaban, adivinaban y enseñaban como verdades las alucinaciones que sufrían por arte del demonio.

También los judíos ejercitaban en Egipto muchas de estas artes ocultas. Moisés las desarraigó y fue el verdadero vidente de Dios. Entre los rabinos quedó parte de esta enseñanza secreta, que fue privilegio de sus sabios. Esto degeneró con el tiempo, entre el pueblo ignorante, en prácticas bajas que acabaron en brujerías y en diversas supersticiones. Todo esto proviene de la única fuente diabólica, del árbol del mal y del reino de las tinieblas. Estas representaciones las veo como oscuras nubes sobre la tierra; muchas veces, debajo de la misma tierra. En el magnetismo hay bastante elemento de este poder oculto.

XXIII
Carácter de las visiones diabólicas

Para estos primeros servidores de los ídolos era el agua cosa muy sagrada. En todos sus cultos y ceremonias intervenía el agua; el principio de sus visiones diabólicas se obraba observando dentro del agua. Tenían depósitos particulares de agua sagrada. Más tarde, ese estado de alucinación se volvía permanente, y tenían visiones aún sin el agua. En cierta ocasión pude observar cómo veían sus malas visiones. Era cosa sumamente curiosa. He visto debajo de las aguas, como si estuviese allí el mundo exterior con todas las cosas, tal como están a la vista; sólo noté que estaba todo como velado y en una esfera de malicia. Así veía un árbol bajo el árbol que estaba arriba; una montaña correspondiente a la de arriba; el mar bajo el mar. De este modo estas mujeres, con la influencia del demonio, veían todas las cosas de la tierra: las guerras, los pueblos, los peligros. Pero no se contentaban con ver las cosas, como sería ahora, sino que de inmediato obraban según las visiones que habían tenido. Veían un pueblo y pensaban: 'Podemos dominar a estas gentes y sujetarlas a nosotros; es posible asaltar aquella ciudad; más allá es conveniente fundar una fortaleza o una población". Veían hombres o mujeres de superior categoría y mejor raza y estudiaban el modo de seducirlos y corromperlos. En una palabra, todas las obras malas que ejercían las tenían previstas por estas visiones diabólicas.

Así Derketo vio de antemano que debía echarse al agua, que se cambiaría en pez y que sería adorada; y lo hizo como lo había visto con anticipación. Aún sus mismas orgías y desórdenes los veía de antemano; luego los ejecutaba según le eran mostrados. La hija de Derketo vivió en un tiempo en que se construían grandes diques y largos caminos. Hacía correrías lejanas hasta el Egipto y toda su vida fue una constante cacería y asaltos. Una banda de los suyos fue la que robó y asaltó, en Arabia, al paciente Job.

Las artes diabólicas de magia y de visiones tomaron gran incremento en Egipto. Los que las ejercían estaban tan metidos en ello que se veían a las brujas en curiosos asientos, delante de toda clase de espejos, en las cámaras de los templos, y centenares de hombres grababan en las piedras de las paredes subterráneas estas imágenes y visiones que les interpretaban los sacerdotes idólatras. Me extraña a veces ver estas malas artes y obras de las tinieblas ejecutarse con cierta uniformidad en diversos lugares, por muy diversas personas, aunque todas influidas por el mismo motivo. Sólo se diferencian en las diversas costumbres y malas tendencias de los pueblos. Algunos pueblos no estaban tan sumidos en la corrupción, sino que algo más cercanos a

la verdad. Tales eran las familias de Abraham, las tribus de las cuales descendían los Reyes Magos, como asimismo los que observaban los astros en la Caldea y los secuaces de Zoroastro en la Persia.
Cuando Jesús vino a la tierra, y ésta se vio bañada con su sangre preciosa, disminuyó muchísimo la fuerza diabólica y sus manifestaciones se volvieron más débiles. Moisés fue desde su niñez un vidente; pero lo fue según Dios, y se guiaba por las cosas que veía, porque venían de parte de Dios.
Derketo, su hija y su nieta Semíramis llegaron a edad muy avanzada según aquellos tiempos. Fueron de recia contextura, grandes, fuertes y de una estatura que hoy casi nos infundiría espanto. Fueron extraordinariamente osadas, temerarias, atrevidas sobremanera, y procedían siempre con gran seguridad, ya que por obra del mal espíritu veían de antemano los acontecimientos. Se sentían seguras; obraban como si fuesen seres superiores, y por tales los tenían sus semejantes. Eran una semejanza perfecta de aquellos seres más diabólicos que desaparecieron de su alta montaña en el diluvio universal. Es muy conmovedor ver como los antiguos hombres justos y los patriarcas se mantuvieron en la verdad, en medio de toda esta corrupción de costumbres; Dios los ayudaba con verdaderas revelaciones, aunque tuvieron mucho que sufrir y que luchar. Así llegó, por caminos difíciles y escondidos, la salud a los hombres, en el transcurso de los siglos, a pesar de que a aquellos servidores del demonio todo les salía según sus deseos y depravadas inclinaciones.
Yo estaba muy triste cuando veía la enorme extensión del culto de los falsos dioses y diosas, y la gran veneración que había ganado en el mundo, y veía, por otra parte, la pequeña porción de los devotos de María, entonces figurada en aquella nube del profeta Elías. Estas visiones las tuve en ocasión que Jesús disputaba con los soberbios filósofos de Chipre, que trataban de exaltar sus falsas doctrinas. Contrastaba con la soberbia de ellos la humildad de Jesús, el cumplimiento de todas las esperanzas del mundo, que estaba ante ellos enseñándoles pacientemente, próximo ya a la muerte de cruz por los hombres. No era esto más que la historia de la verdad y de la luz que quiere penetrar en las tinieblas. Lo más triste es que las tinieblas no quieren recibir esa luz, lo cual pasa hasta en nuestros días.
Pero la misericordia de Dios es infinita. Yo he visto que en el diluvio universal muchos hombres se convirtieron en los momentos de espanto y de terror, al verse perdidos, y que pasaron en el Purgatorio. Muchos de ellos fueron sacados por Jesús en su descenso a las zonas inferiores. He visto también que muchos árboles fueron desarraigados durante el diluvio y perecieron; pero también hubo los que quedaron con sus raíces hincadas en el

suelo, que volvieron a florecer.

XXIV
Historia de Semíramis

La madre de Semíramis había nacido en la región de Nínive. En lo exterior parecía esta niña tímida y recatada, pero a escondidas era disoluta y desenfrenada. El padre era un hombre de la Siria, envuelto en la mayor corrupción del culto de los ídolos; fue muerto después del nacimiento de Semíramis. Todo esto tenía relación con las visiones diabólicas y adivinaciones que se ejercían entonces. Semíramis nació lejos de la Caldea, en Acalon de la Palestina, y fue criada por los sacerdotes en la soledad, bajo el cuidado de unos pastores del lugar. Semíramis solía estar, cuando niña, en las montañas solitarias. A veces veía a los sacerdotes de los ídolos con ella o con su madre, que se detenía en sus correrías o cacerías contra las fieras.
He visto al diablo, en forma de niño, jugando con ella, de la manera que he visto más tarde al niño Juan, en el desierto, jugando con los ángeles y ayudado por ellos. He visto también que pájaros, de alas variopintas, volaban en torno de la niña y le traían juguetes curiosos. No recuerdo ya ni puedo expresar cuántas cosas se hacían con ella: era la más repugnante idolatría y corrupción. Ella era de hermosa presencia, llena de ciencia diabólica y todo le salía al sabor de sus deseos. Semíramis fue entregad aprimero, siempre por razón de manejos ocultos, como esposa a un personaje guardador de ganados del rey de Babilonia; más tarde llegó a ser esposa del rey mismo. Este rey había sojuzgado a un pueblo lejano del Norte y una parte lo había llevado como esclavo a su comarca. Este pueblo fue cruelmente tratado por la reina Semíramis, cuando quedó sola en el reino, y obligado a trabajar en las grandes obras de edificación. Semíramis fue tenida por una diosa por su pueblo.
He visto a la madre de Semíramis dirigiendo grandes cacerías contra temibles fieras y llevando un pequeño ejército de hombres sobre camellos, asnos rayados y caballos. La he visto, en una ocasión, llevando sus correrías a Arabia, en dirección al Mar Rojo, donde vivía Job. Estas mujeres cazadoras eran sumamente ágiles y cabalgaban como los hombres. Estaban vestidas hasta las rodillas y tenían correas sujetas en torno de las piernas. Llevaban sandalias que tenían un resalto con figuras grabadas en diversos colores. Los sacos cortos que usaban estaban adornados con plumas finas y variopintas de diversas formas. Los pechos y los brazos los cruzaban correas adornadas de plumas, y sobre los hombros llevaban una especie de collar de plumas entretejidas con piedras preciosas o perlas. Cubrían la cabeza con gorra de seda roja o de algodón, y delante de la cara llevaban un velo dividido en dos

mitades con el cual se defendían del viento o del polvo. Detrás flotaba al viento un pequeño manto. Las armas eran venablos, arcos y hachas; a los costados llevaban el escudo. Por este tiempo las fieras se habían multiplicado en gran manera. Los cazadores las rodeaban desde grandes extensiones y las obligaban a reunirse en un sitio propicio, donde les era más fácil exterminarlas. Cavaban fosos y hacían trampas para cazarlas, y allí las ultimaban con lanzas y palos. He visto a la madre de Semíramis cazando al animal que Job describe con el nombre de Behemoth. Cazaban tigres, leones y otros animales semejantes. En estos primeros tiempos no he visto monos. También cazaban en las aguas, donde ejercían, por medio de ella, varias supersticiones y artes diabólicas. La madre de Semíramis no era, exteriormente por lo menos, tan depravada como su hija. Con todo, tenía un aspecto demoníaco y era de fuerza y osadía terribles. Fue algo espantoso verla como luchaba contra un terrible hipopótamo del Nilo hasta arrojarse en el agua en su persecución. Cabalgaba sobre un dromedario y persiguiendo su presa, cayó en las aguas. Fue después venerada como diosa de la caza y tenida por bienhechora de los pueblos[8].

XXV
Fundación de ciudades en Egipto

Volviendo desde una excursión al África, Semíramis pasó por Egipto, reino fundado por Mesraim, nieto de Cam, el cual a su arribo a esas tierras había encontrado ya algunas tribus dispersas y corruptas. Egipto fue fundado y establecido como reino con varias tribus de gentes, y por eso tenía, ya a uno, ya a otro, de entre ellas, como jefe. Cuando llegó Semíramis a Egipto había cuatro ciudades. La más antigua era Tebas, donde vivía una raza más esbelta, ágil y activa que en la ciudad de Menfis, cuyos habitantes eran de raza inferior. Estaba situada en la orilla izquierda del Nilo, adonde se llegaba por un largo puente. En la parte derecha estaba el castillo, donde en los tiempos de Moisés vivió la hija del Faraón. Los habitantes, oscuros, de cabellos lanosos, fueron desde los primeros tiempos esclavos, y nunca reinaron sobre el país. Los que primero llegaron y edificaron a Tebas, vinieron, me parece, de otras partes del África; otros vinieron a través del Mar Rojo por el lugar donde más tarde pasaron los israelitas. La tercera ciudad se llamaba Chume, en un principio; luego Heliópolis. Está situada muy lejos de Tebas. Cuando María, José y el niño Jesús huyeron a Egipto, había aún grandes edificios en torno de esta ciudad. Más debajo de Menfis está la ciudad de Sais; creo que es más antigua que Menfis. Cada una de estas cuatro ciudades tenía su propio rey.

Semíramis fue muy honrada en Egipto y aumentó, con proyectos y artes diabólicas, la idolatría que allí se ejercía. La he visto en Menfis, donde ofrecían sacrificios humanos, hacer planos y ocuparse en observar los astros y en obras de magia. No he visto, por este tiempo, al buen Apis; pero sí un ídolo con cabeza como el sol y terminando en cola. Ella dio allí el plano para la primera pirámide, que se edificó sobre la orilla oriental del Nilo, no lejos de Menfis. En esta obra se vio todo el pueblo obligado a trabajar. Cuando esta pirámide estuvo terminada he visto volver a Semíramis con un centenar de sus guerreros. Se celebró una fiesta de inauguración y Semíramis fue venerada casi como una diosa. Esta pirámide estaba edificada sobre un lugar donde había agua y pantanos. Por eso se había hecho un fundamento sólido, de grandes pilares, que parecía un inmenso puente, sobre el cual se levantó luego la pirámide. Debajo de la pirámide se podía caminar, alrededor, como en un gran templo de columnas. Allí debajo habían hecho muchas cámaras, espacios, prisiones y salas; en la parte interior de la pirámide había muchas cámaras pequeñas, y en la exterior se veían muchas ventanas y aberturas de las cuales colgaban paños y lienzos que flotaban al aire. En

torno de la pirámide había grandes jardines y lugares de baño. En el interior de esta pirámide se ejercía la más abyecta idolatría; mejor dicho, era el sitio de la observación de los astros, de la magia y de las peores corrupciones. Se sacrificaban niños y ancianos. Astrólogos, hechiceros y magos de toda categoría tenían allí su asiento, su morada y sus diabólicas visiones e ilusiones. En el lugar de los baños había una instalación para purificar las aguas del Nilo.

Más tarde he visto a mujeres egipcias en grandes orgías, en estos baños, relacionadas con las mayores atrocidades del culto de los dioses. Esta pirámide no subsistió mucho tiempo: fue destruida. El pueblo era muy supersticioso y los sacerdotes de los ídolos estaban sumidos en tanta ignorancia, tinieblas y en tales artes adivinatorias, que en Heliópolis preguntaban hasta los sueños de las gentes y los reunían, escribían y conservaban relacionándolos con las observaciones de las estrellas y astros. Cada vez había más personas magnetizadas con visiones diabólicas, las cuales mezclaban algo de verdad con falsedades. De este modo se ordenó el culto de los ídolos y aún la cronología de los egipcios. He visto, por ejemplo, que los dioses Isis y Osiris no eran otra cosa que José (virrey del Egipto) y Asenté (su esposa), que los astrólogos de Egipto habían predicho a raíz de visiones diabólicas, y que ellos habían colocado entre sus dioses. Cuando llegaron, fueron venerados como dioses. He visto que Asenté se lamentaba y lloraba por ello, y hasta escribió en contra del culto que se le tributaba.

XXVI
Las cronologías del antiguo Egipto

Los sabios modernos que escriben sobre Egipto están en grande error, porque tienen por historia, experiencia y ciencia egipcias muchas cosas que descansan sólo en falsas visiones y en sueños astrológicos. Esto está claro, puesto que los egipcios permanecieron siendo un pueblo tan ignorante y de vida tan bestial, como lo fueron en efecto. Los sabios tienen a estas influencias diabólicas por cosas imposibles; las desechan, y como no pueden explicar ciertos misterios del Egipto no admitiendo los influjos demoníacos, se ven forzados a atribuir a los egipcios una gran antigüedad, puesto que tenían ciertos conocimientos y cálculos misteriosos inexplicables.

Yo misma he visto que, ya en los tiempos de Semíramis, en Menfis, estos sacerdotes tenían desde entonces grandes pretensiones respecto de la antigüedad, y hacían toda clase de embrollos en los cálculos de sus reyes. Pretendían siempre aparecer como el pueblo más antiguo y confeccionaban cálculos y dinastías de reyes equivocados. Así llegaron a colocarse completamente fuera de toda cronología. Como repetidas veces cambiaban y corregían sus cálculos interesados, al final ya no supieron cuál era la verdadera cronología de su país. Como, además, solían perpetuar sus fechas equivocadas con grandes edificios y largas inscripciones, la confusión se hizo total e irremediable. He visto que contaban el tiempo de los antepasados y de los descendientes, de tal modo que si el día de la muerte del padre fuera el del nacimiento del hijo. Los reyes siempre discutían con los sacerdotes sobre estos cálculos e interponían entre sus antepasados a personas que ni siquiera habían existido. He visto que los cuatro reyes o faraones que reinaron al mismo tiempo en Tebas, Heliópolis, Menfis y Sais, los calculaban como si hubiesen reinado uno después de otro. He visto también cómo, en ocasiones, contaban un año por 970 días, meses por años, y viceversa. Me fue mostrado como un sacerdote, que hacía cuentas, le salían siempre 1100 años donde en realidad no había más que 500.

Todas estas cuentas falsas me fueron mostradas en ocasión en que Jesús, en Aruma, hacía la instrucción del Sábado y hablaba a los fariseos de la vocación de Abraham y de su estada en Egipto: les hizo ver la falsedad de los cálculos exagerados de los sacerdotes egipcios. Jesús les dijo a los fariseos que el mundo tenía entonces 4028 años de existencia. Cuando oí decir esto a Jesús estaba Él mismo en el trigésimo primero de su edad.

En esta misma oportunidad he visto que mucha gente iba en peregrinación al supuesto sepulcro de Set, a quien tenían por dios y cuyo sepulcro creían

que estaba en Arabia. Estos viajes eran muy peligrosos y largos. Me parece que aún hoy viven algunas de estas gentes, que atraviesan ahora por territorio turco, y se les permite pasar precisamente porque se dirigen a ese sepulcro sagrado.

XXVII
Melquisedec

He visto muchas veces a Melquisedec; pero nunca como un hombre, sino como un ser de otra naturaleza, como mensajero y enviado de Dios. Jamás he visto un determinado lugar de su habitación; ningún país que fuera su patria; ninguna relación de Melquisedec con parientes, ascendientes o descendientes[9]. Jamás lo he visto que comiera, bebiera o estuviera descansando o durmiendo; ni siquiera me entraba la duda de que pudiera ser un hombre, como los demás. Tenía vestiduras tales que nadie las usaba sobre la tierra, ni sacerdotes ni otras personas. En cambio, he visto que tenía parecido con los ángeles que yo veía en la celestial Jerusalén, y con el estilo que más tarde, por orden de Dios, Moisés hizo confeccionar los vestidos sacerdotales.

He visto a Melquisedec, en diversos lugares, apareciendo para aconsejar, interceder, ordenar muchas cosas que miraban al bien de los pueblos y las tribus, como también en ocasiones de triunfo en algunas batallas. Donde él se presentaba, su autoridad era incontrastable: todos la acataban aún por el prestigio personal que rodeaba su aparición. Nunca he visto que alguien le resistiese, a pesar de que no usaba medio violento; y todos los hombres, aun los idólatras y paganos, recibían sus decisiones y cumplían sus órdenes. He visto que no tenían ningún semejante, ningún compañero: siempre aparecía solo. A veces tenía dos mensajeros que corrían delante, anunciando su llegada. Vestían de blanco, ropas cortas. Anunciaban su llegada a algunos lugares; luego él los licenciaba. Todo lo que necesitaba lo tenía siempre consigo. Si recibía algo de los hombres, éstos no sufrían necesidad: lo daban de buena voluntad, libremente y con gozo. Se consideraban dichosos los que gozaban de su presencia y le tenían un temor reverencial. Los perversos, al hablar de él, solían burlarse en su ausencia; pero delante de él se humillaban y le tenían. Ocurría a mi modo de ver, a Melquisedec, entre los paganos, idólatras y sensuales, lo que ocurre hoy con un hombre de reconocida santidad de vida: que aparece entre la multitud y derrama a su paso salud, bendiciones y palabras de consuelo.

De este modo lo he visto también entre los cortesanos de la reina Semíramis, en Babilonia. Tenía la reina un esplendor extraordinario; hacía construir con turbas de esclavos los más soberbios edificios y trataba a estos pueblos con mayor crueldad que los faraones a los hijos de Jacob en Egipto. Se ejercía allí la más abominable idolatría. Se ofrecían sacrificios humanos, enterrando a seres humanos hasta el cuello. Todo el lujo, el esplendor, la

riqueza y el arte estaban allí en todo su apogeo, de modo que parecía exceder toda medida y moderación. Semíramis acometía grandes empresas guerreras, con numerosos soldados, casi siempre contra pueblos del Oriente. La vi poco en el Occidente. En el Norte no había entonces más que pueblos atrasados, sumidos en la oscuridad y la bajeza. Existía entonces, en los confines de Semíramis, un pueblo muy numeroso, de raza semita, que después de la torre de Babel se había establecido allí multiplicándose mucho. Vivían como los pastores, bajo tiendas; tenían mucho ganado y celebraban culto durante la noche en una tienda abierta bajo la bóveda del cielo estrellado. Tenían la bendición de Dios. Todo prosperaba entre ellos y sus animales eran siempre los mejores y más preciados. A esta raza bendecida pensó la satánica Semíramis destruirla y ya había comenzado su obra en parte. Sabía la perversa mujer, por la bendición que había en esa raza, que Dios tenía algún designio especial con ese pueblo; y por esto, como ella era hechura del demonio, quiso destruirlo. Cuando la persecución se hizo intolerable, vi aparecer a Melquisedec. Se presentó ante Semíramis y le exigió que dejase partir de allí a ese pueblo. Le echó en cara su crueldad. Ella no pudo oponer resistencia a la exigencia de Melquisedec, que sacó a ese pueblo elegido y, en diversos grupos, lo trasladó a la tierra prometida. Durante su permanencia en Babilonia, he visto que Melquisedec habitaba en una tienda, y desde allí repartía pan a los necesitados del pueblo, para que pudieran viajar. Llegados a la tierra de Canán, les señaló lugares para edificar, y adquirieron tierras en propiedad. El mismo Melquisedec los distribuyó en lugares donde no se mezclasen con razas impuras e idólatras. El nombre de esta raza suena como Samanes o Semanes. A algunos de ellos les señaló lugares hacia lo que fue más tarde el Mar Muerto. La ciudad que edificaron pereció en la destrucción de Sodoma y Gomorra.
Semíramis había recibido a Melquisedec con una mezcla de reverencia, de secreto temor y de admiración por su sabiduría. Melquisedec apareció ante ella como Rey de la Estrella Matutina, es decir, rey del lejano Oriente. Ella se imaginaba quizás poder conquistarlo como esposo y aumentar su poderío. Melquisedec le habló con mucha severidad y le afeó su crueldad y su tiranía, y le predijo la cercana ruina de la pirámide que había hecho edificar cerca de Menfis. Semíramis pareció muy atemorizada y permanecía delante de Melquisedec muy apocada. He visto que sobrevino un castigo: se volvió como un animal y estuvo largo tiempo encerrada. Se le daba con desprecio paja y heno, como a un animal en un pesebre. Sólo un criado la aguantaba, dándole de comer y beber. Cuando recobró el juicio, volvió a sus crueldades antiguas. He visto que terminó miserablemente; se le arrancaron las entrañas

del cuerpo. Vivió ciento diecisiete años.

XXVIII
Melquisedec y los Samanes

Melquisedec era considerado como un ser superior: un profeta, un sabio, un hombre de jerarquía a quien todas las cosas le salían bien. Hubo en aquellos tiempos y aún más tarde varios de estos seres de superior jerarquía. No eran extraños a aquellos pueblos, como no lo fueron los ángeles que conservaban familiarmente a Abraham. Pero he visto que también había apariciones de seres malignos que trataban de turbar las obras de los buenos; así como entre los buenos profetas, los había malos y engañadores. La salida de los Samanes de la tierra de Babilonia tuvo parecido con la salida, más tarde, de los israelitas de Egipto. No eran estos Samanes tan numerosos como los israelitas. De los Samanes llevados a la tierra prometida, he visto tres hombres en las cercanías del monte Tabor, en el lugar llamado Montaña del Pan, viviendo en cuevas, mucho tiempo antes de Abraham. Estaban vestidos con pieles; eran de rostro más oscuro que Abraham, y sobre la cabeza llevaban sujeta una hoja muy ancha para protegerse de los rayos del sol. Llevaban una vida santa de solitarios, al modo de Henoc; tenían un conjunto de creencias simples, aunque secretas, y recibían revelaciones y visiones muy simples. Había en su religión la persuasión de que Dios se ligaría un día con los hombres y como si ellos debían preparar el camino para su realización. Ofrecían sacrificios: de todos sus alimentos separaban la tercera parte, la exponían al sol y la dejaban allí. Esto es lo que me pareció a mí. Podría ser también que lo pusieran allí para los pobres, pues he visto a veces a estos acudir y llevarse los alimentos. Los he visto vivir muy sencillamente, apartados de los demás hombres que aún no eran numerosos y habitaban en tiendas, formando agrupaciones de pueblos. He visto a estos hombres peregrinar a diversos lugares del país, cavando, a veces, pozos, desmontando montes y colocando piedras como fundamentos de futuras poblaciones. Los he visto arrojar a los malos espíritus de ciertos lugares del aire, desterrarlos a sitios pantanosos, estériles y llenos de neblinas. En esta ocasión he comprobado, una vez más, que los malos espíritus suelen habitar frecuentemente en sitios pantanosos y oscuros. He visto a menudo a estos hombres en lucha abierta con los malos espíritus. Yo me maravillaba al principio cuando veía que los lugares donde colocaban piedras para levantar poblaciones, eran cubiertos por hierbas y plantas salvajes; y con todo he visto que las ciudades de Safet, Betsaida, Nazaret, etc., se edificaron precisamente donde habían puesto por fundamento esas piedras. Así trabajaron en el sitio donde más tarde se levantó la casita en la cual recibió María el anun-

cio del ángel. Del mismo modo los he visto trabajando en Fatefer, Séforis, en el lugar de la casita de Ana, cerca de Nazaret; en Megido, Naím, Ainón y Hebrón, y en la cueva cerca de Belén. También fundaron Micmetat y otros lugares de cuyos nombres ya no me acuerdo.

Sobre el monte Tabor los veía reunirse mensualmente con Melquisedec, quien les traía cada vez un pan cuadrado, de un grosor de tres pies cuadrados, ya dividido en muchas partes pequeñas. Este pan era moreno y estaba cocido en la ceniza. He visto a Melquisedec llegar hacia ellos siempre solo. El pan que traía en las manos parecía flotar en ellas sin peso; pero cuando se acercaba lo ponía sobre el hombro, como si le pesara. Creo que procedía así para aparecer como hombre. Ellos se comportaban con temor reverencial y se postraban con el rostro en tierra en su presencia. Melquisedec les enseñaba a cultivar la viña en las cercanías del Tabor y ellos sembraban por muchas partes del país toda clase de buenas semillas que él les daba. Estas plantas aún crecen allí en estado selvático. Los veía cortar cada día un trozo de pan con el oscuro instrumento o pala con que trabajan la tierra. Observaban los días festivos, conocían las estrellas, y el octavo día lo celebraban con sacrificio y oración, como también ciertos días del año. Los he visto abrir caminos hacia donde habían puesto las piedras de futuras fundaciones y donde habían sembrado o abierto pozos. Los sitios de donde arrojaban a los espíritus malignos, luego los purificaban, los limpiaban y los desocupaban con toda naturalidad. Hicieron caminos hacia Caná, Megido, Naín, y prepararon la mayoría de los lugares en donde nacieron los profetas. Pusieron los fundamentos de Abelmehola y Dotaim e hicieron el hermoso pozo y los baños de Betulia. A Melquisedec lo veían caminando de un lado a otro del país, y nadie sabía cuál era su residencia. Los hombres me parecían muy viejos, pero aún activos y llenos de vida. En el paraje donde estuvo después el Mar Muerto y en Judea, ya había ciudades. También había algunas en el Norte del país. En cambio, en el centro no había ninguna población.

Aquellos tres varones se cavaron ellos mismos su sepultura, el uno cerca de Hebrón, el segundo cerca del Tabor y el tercero no lejos de Safet. Estos varones fueron para Abraham lo que fue más tarde Juan para la venida de Jesús. Ellos preparaban y purificaban el país; hacían caminos, sembraban buenas semillas y frutos y encauzaban canales de agua para el que había de ser padre de las muchedumbres del pueblo de Dios. Juan, en cambio, preparaba los corazones a la penitencia y al renacimiento, por medio de Jesucristo. Ellos hacían para Israel lo que Juan hizo para la Iglesia. He visto en diversos lugares hombres semejantes a éstos, los cuales habían sido puestos en sus sitios por el mismo Melquisedec.

Muchas veces he visto a Melquisedec, mucho antes de Semíramis y de Abraham, recorriendo Tierra Santa, entonces salvaje e inculta, ordenando, disponiendo y señalando lugares. Lo veía siempre solo y pensaba para mí: "¿Qué querrá este hombre aquí ahora, siendo que no hay nadie en esta tierra?" Lo he visto cavar un pozo en una montaña, en donde brotó el río Jordán. Tenía en sus manos un taladro delgado y largo, que entraba como un rayo en las entrañas de la tierra. Lo he visto abrir en diversos lugares fuentes de agua. En los primeros tiempos del mundo no había, como ahora, ríos que fluyen y corren engrosados por la tierra; veía yo, en cambio, que muchas aguas descendían desde una alta montaña en el Oriente.
Melquisedec tomó en posesión muchos lugares de la Tierra Santa señalándolos desde entonces. Midió el espacio donde más tarde estuvo la fuente de Betesda. Puso una piedra donde debía levantarse el templo, antes que existiera Jerusalén. Lo he visto plantar como semillas, y crecieron esas doce nobles piedras, a orillas del Jordán, donde se detuvieron los sacerdotes con el Arca de la Alianza en su paso por el río. De este modo he visto siempre a Melquisedec, solo, menos cuando intervenía entre los hombres para reconciliar, apartar y guiar familias y jefes de pueblos de un punto a otro del mundo. He visto que Melquisedec edificó un castillo cerca de Salén. Era más bien una serie de tiendas, con galería en torno y escaleras, semejante al castillo que vi en el país del rey Mensor, en Arabia. Sólo los fundamentos eran de piedras firmes. Me parece haber visto que subsistían aún en tiempos de Juan Bautista los cuatro ángulos donde estaban metidos los principales pilotes. Quedaba sólo un fuerte fundamento de piedras que parecía un parapeto, donde Juan puso su casita de pajas y juncos. Ese castillo o tienda era un lugar donde caminantes y viajeros se detenían como en público albergue, cerca de agradables y abundantes aguas. Quizás tenía Melquisedec el castillo allí para albergar y enseñar a las gentes que pasaban, ya que yo veía a Melquisedec siempre ocupado en aconsejar y en dirigir a las razas y los pueblos. El lugar tenía desde entonces una relación con el futuro bautismo. Este era el punto de partida de Melquisedec; de allí salía para las obras de edificación de Jerusalén, hacia Abraham o a cualquier otro punto del país. El reunía aquí y repartía familias y tribus, que luego se establecían en diversos lugares. Esto sucedía mucho antes del sacrificio de pan y vino, el cual me parece sucedió en un valle en la parte meridional de Jerusalén. Había edificado a Salén antes de comenzar la misma Jerusalén.
Donde él obraba o edificaba parecía colocar el fundamento de una futura gracia, como si señalase el lugar de un acontecimiento o comenzase algo que debía realizarse con el andar de los tiempos. Melquisedec pertenece a

ese coro de ángeles que están puestos sobre países, comarcas y pueblos. Al mismo coro pertenecieron aquellos ángeles que llevaban mensajes a Abraham y a los patriarcas. Estos ángeles están como enfrentando a los arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael.

XXIX
El paciente Job

El padre de Job, gran conductor de pueblos, fue hermano de Faleg, hijo de Heber. Poco antes de su tiempo ocurrió la dispersión de la torre de Babel. Tuvo trece hijos, el más joven de los cuales fue Job y vivía en la parte Norte del Mar Negro, en una montaña donde de una parte es cálido y de la otra frío y nevado. Job es un antepasado de Abraham, cuya madre es bisnieta de Job, casada en la familia de Heber. Job puede haber alcanzado el tiempo del nacimiento de Abraham. Había vivido en distintos lugares y sus desgracias las padeció en tres partes. Desde la primera calamidad había tenido nueve años de tranquilidad; en la segunda, siete años, y en la tercera, doce años. Las desgracias le pasaron en diversos lugares de su habitación. En ninguna de sus calamidades había quedado reducido a la última miseria, de modo que no tuviera ya nada; quedaba reducido a la pobreza en comparación con su abundancia anterior. Siempre, empero, había podido pagar sus deudas con lo que le quedaba.

Job no pudo permanecer en la casa de sus padres; tenía otras inclinaciones. Adoraba al único verdadero Dios, especialmente en la naturaleza, en las estrellas y en las cambiantes de la luz. Hablaba siempre de las admirables obras de Dios y tenía un culto de la Divinidad, puro y simple. Al separarse de su padre se dirigió con los suyos al Norte del Cáucaso. Aquí encontró una comarca muy miserable y cenagosa. Creo que hoy vive allí una gente de narices chatas, abultados pómulos y ojos pequeños. Aquí comenzó a trabajar y todo le prosperaba. Reunía a toda clase de gentes pobres y desamparadas, que vivían en cuevas y matorrales y no tenían para alimentarse otra cosa que aves y animales de caza, que comían crudos, hasta que Job les enseñó a preparar debidamente los alimentos. Les enseñó a cultivar la tierra. Job y su gente llevaban pocos vestidos y vivían en tiendas de campaña. Job tenía ya mucho ganado, asnos manchados y otros animales. Le nacieron aquí, en una vez, tres hijos, y en otra ocasión, tres hijas. No tenía aún ciudad estable, sino que se trasladaba de una parte a otra de sus posesiones que alcanzaban una extensión de siete horas de camino. No cultivaban en esta tierra pantanosa ninguna clase de trigo, sino una gruesa caña que crecía aún en el agua, que contenía una médula que comían como gacha o asaban al fuego. La carne la tostaban al principio al sol en cavidades en la tierra, hasta que Job les enseñó a cocinar. Solían plantar muchas clases de calabazas para su alimento. Job era indescriptiblemente bueno, manso y caritativo y ayudaba a las gentes pobres. Era muy puro en sus costumbres. Tenía trato familiar con Dios,

que se le aparecía con cierta frecuencia en forma de ángel o de hombre sabio, como solían decir las gentes. Estas apariciones angélicas las veía yo en forma de jóvenes resplandecientes, sin barba, con largas y blancas vestiduras de muchos pliegues, que caían hasta los pies de modo que cubrían toda la persona. Estaban ceñidos, y los veía tomar alimentos y bebidas.

Job era consolado por Dios, por medio de estas apariciones, en sus calamidades; y estas mismas juzgaban a sus amigos, a los hijos de sus hermanos y a los parientes. Job no adoraba ningún ídolo, como lo hacía la gente de los contornos. Sólo se había confeccionado una imagen del Todopoderoso, según su idea. Era la figura de un Niño, con resplandores en torno de la cabeza, las manos una sobre otra; en una de ellas tenía un globo donde se veían dibujadas aguas y una nave. Yo creo que era una representación del diluvio, del cual hablaba a menudo Job con dos de sus más fieles amigos, ponderando la sabiduría y la bondad de Dios. La figura era resplandeciente como el mental. Él solía llevarla consigo a todas partes. Job ofrecía cereales, quemándolos en sacrificio, delante de la imagen. He visto que el humo subía como por un tubo hacia lo alto. En este lugar le alcanzó a Job su primera calamidad. Tenía siempre lucha y dificultades con sus vecinos, que era gente mala. Se trasladó entonces hacia la montaña del Cáucaso, donde recomenzó su trabajo, que prosperó de nuevo. En este lugar empezó, tanto él como su gente, a usar más vestidos: vivían con más perfección la vida familiar. De este segundo sitio se encaminó Job una vez, con grande acompañamiento, hacia Egipto, donde reyes pastores extranjeros dominaban una parte del país. Más tarde estos reyes pastores fueron arrojados del país por otro rey o faraón de Egipto. Job tuvo la misión de acompañar a una esposa, para uno de estos reyes al Egipto, ya que era pariente de ese rey. Llevaba muchos regalos consigo y he visto como treinta camellos cargados y muchos criados de compañía. Cuando lo vi en Egipto, Job era un hombre de gran estatura, vigoroso, de agradable rostro amarillo oscuro y de cabellos rubios.

Abraham, en cambio, era de color más claro. Los hombres en Egipto eran de color moreno oscuro. Job no estaba de buena gana en Egipto, y he visto que suspiraba por volver al Oriente, a su patria, situada al Sur, más lejos que la tierra de los Reyes Magos. Yo le oía decir delante de sus servidores que prefería vivir entre animales salvajes antes que vivir en Egipto con estos hombres. Estaba sumamente afligido por la espantosa idolatría que reinaba en el país. Ofrecían sacrificios de criaturas vivas a un espantoso ídolo con cabeza de buey y con las fauces abiertas, poniéndole el niño en los brazos calentados al rojo. El rey pastor, para cuyo hijo Job había traído la esposa a Egipto, quería retenerlo allí, y le señaló a Matarea para su vivienda. Este lugar era

muy distinto en su aspecto de lo que fue en tiempos en que la Sagrada Familia se estableció allí. Con todo, he visto que Job vivió en el mismo lugar donde habitaron María, José y el Niño, y que el pozo de María ya le había sido mostrado por Dios en ese lugar. Cuando más tarde María lo descubrió, este pozo estaba sólo cubierto por arriba, pero el interior estaba bien amurallado y conservado. Job usó la piedra del pozo para la ceremonia de su culto a Dios. Job libró su habitación de muchas fieras y animales venenosos, con la oración y los sacrificios. Tuvo visiones de la futura redención de los hombres y aviso de las pruebas que le esperaban. Hablaba con calor contra las abominaciones del culto idolátrico de los egipcios y sus sacrificios, y creo que fueron abolidos en su tiempo.

Al volver por segunda vez a Egipto le sobrevino la segunda calamidad. Cuando después de doce años le sorprendió la tercera desgracia, vivía Job al Sur de Jericó, hacia el Oriente. Creo que le fue dada esta región después de la segunda desgracia, porque en todas partes se le quería mucho y se le honraba por su grande justicia, temor de Dios y sabiduría. Comenzó de nuevo a trabajar y a prosperar en una comarca llana. Cerca, en una montaña fructífera, corrían toda clase de animales apreciados, como camellos en estado salvaje, que se cazaban como entre nosotros suele hacerse con los animales de los bosques. En esta altura se acomodó, se hizo rico y poderoso y edificó una población; esta ciudad tenía sus fundamentos de piedras y lo demás eran tiendas de campaña. Aquí, cuando se hallaba en el apogeo de su gloria y grandeza, le sobrevino la tercera prueba que le dejó reducido a la miseria y postrado en su extrema enfermedad. Cuando hubo pasado esta prueba, sanó de su enfermedad, tuvo de nuevo muchos hijos e hijas y creo que murió muy anciano en una época en que se introdujo otro pueblo extraño en sus tierras.

Aunque en el libro de Job están narrados los hechos de otra manera, con todo hay allí muchos discursos verdaderamente de él y creo que yo los podría distinguir unos de otros. En la historia de los siervos, que anuncian, uno tras otro, corriendo y seguidos, hay que notar que las palabras "cuando aún hablaba" significan: cuando aún la gente hablaba y recordaba las anteriores desgracias de Job, ya sobrevenía la segunda y tercera. Que Satán se presentó delante de Dios, con los hijos de Dios, para acusar a Dios, es una manera de decir. Había entonces mucho comercio entre los malos espíritus y los hombres perversos, y aparecían en forma de ángeles. De esta forma fueron agitados los ánimos de los malos vecinos, que murmuraban de Job diciendo que servía a Dios porque estaba en la prosperidad; que así cualquiera, sintiéndose feliz, podía servir y amar a Dios. Entonces quiso Dios mostrar que el dolor y el padecimiento son muchas veces sólo una prueba para el hom-

bre.
Los amigos de que hablan los libros santos significan los dichos y pareceres de los que le eran favorables y la manera de juzgar los hechos de su prueba. Job aguardaba con ansia al Redentor y es parte del tronco de David, ya que se relacionaba con Abraham, por la madre de este patriarca, que era de su descendencia, como fueron los ascendientes de Ana respecto de María Santísima.
La historia de Job y sus conversaciones con Dios fueron escritas por dos de sus fieles servidores, que eran como sus mayordomos, a los cuales les narró él mismo sus vicisitudes y la historia de sus calamidades. Estos dos servidores se llamaban Hay y Uis u Ois. Escribían sobre cortezas de árboles. Esta historia se conservó como cosa santa entre sus descendientes y llegó de generación en generación hasta Abraham. En la escuela de Rebeca se narraba esta historia a los Cananitas, para enseñarles la resignación en las pruebas que Dios manda en esta vida. Así llegó esta historia, por medio de Jacob y José, a los hijos de Israel en Egipto, y Moisés le dio otra redacción para que sirviera de consuelo a los israelitas, durante su esclavitud en Egipto y en su peregrinación a través del desierto. Antes la historia tenía mayor extensión; había muchas cosas en ella que no hubiesen entendido los israelitas, ni les hubiese servido de nada. Más tarde Salomón le dio nueva redacción: dejó fuera muchas cosas y puso mucho de lo suyo a esta historia. De este modo el primitivo escrito se fue convirtiendo en un libro de edificación, lleno de la sabiduría de Job, de Moisés y de Salomón, pero difícilmente se puede extraer del escrito de hoy la verdadera historia de Job. También en los nombres de personas y lugares hubo cambios: se hizo a Job habitante de Idumea para acercarlo más a los pobladores de la tierra de Canán.

XXX
El patriarca Abraham

Abraham y sus descendientes eran de una raza de hombres de gran estatura. Llevaban vida pastoril y no eran, en realidad, de Ur, en Caldea, sino que habían emigrado hasta ese lugar. En aquellos tiempos la gente tenía un modo particular de apropiarse de las tierras, mezcla de justicia y de poder. Llegaban a una comarca desocupada donde había buenos pastos, marcaban los límites de sus posesiones, levantaban piedras en forma de altar y de este modo el terreno designado venía a ser su propiedad. En su juventud le pasó a Abraham algo semejante a lo que le pasó al niño Moisés: su nodriza le salvó la vida. Le había sido predicho al jefe de la tribu que tendría un descendiente que sería un niño maravilloso, el cual, con el andar del tiempo, vendría a ser peligroso para él. El jefe tomó medidas de precaución. La madre de Abraham se mantuvo oculta, y el niño nació en la misma gruta donde había visto que Eva tuvo que ocultar a Set de la ira de los perseguidores. Abraham fue criado aquí secretamente por su nodriza Maraha. Esta mujer vivía como sierva pobre en el desierto y tenía su habitación no lejos de la cueva que después, por ella, se llamó gruta de la leche, y donde, a su pedido, fue enterrada por Abraham. Abraham era de alta estatura. Sus parientes lo admitieron con los demás, porque les pareció que ya debía haber nacido antes de la profecía recibida. Estuvo, sin embargo, en peligro por su extraordinaria prudencia, que lo distinguía demasiado de los demás. La nodriza lo salvó nuevamente y lo ocultó largo tiempo en la cueva. He visto que en esta ocasión se mataron a muchos niños de su edad. Abraham estuvo siempre muy agradecido a esta nodriza y la llevaba consigo en sus viajes sobre un camello. Vivió Abraham con ella en Sukot. Murió a los cien años, y Abraham le preparó la sepultura en un bloque de piedra blanca que, como una colinita, estrechaba la misma cueva. Esta gruta se convirtió en un lugar de peregrinación y de devoción, especialmente para las madres.
En toda esta historia hay un misterio y preanuncio de la persecución que sufrirían María con el niño Jesús, ya que la Virgen escondió al Niño Jesús precisamente en esta cueva, cuando se acercaban los soldados de Herodes que buscaban al Niño para matarlo. El padre de Abraham sabía muchas artes secretas y poseía muchos dones. La gente de su estirpe tenía el don de conocer y descubrir donde había oro en la tierra, y él hacía de oro algunos ídolos semejantes a aquellos que Raquel había sustraído a Laban. Ur es la población que está al Norte de Caldea. He visto en esta comarca, en muchos lugares de la llanura y en la montaña, salir un fuego blanquizco, como si ardiese

la tierra. No sé si este fuego era natural o lo hacían los hombres.
Abraham era gran conocedor de las estrellas: veía las propiedades de las cosas y la influencia de los astros sobre los nacimientos. Veía muchas cosas por las estrellas; pero lo refería todo a Dios, seguía a Dios en todo y le servía a Él solo. Enseñaba también a otros esta ciencia en la Caldea; pero vinculaba toda esta ciencia a Dios. Vi que recibió de Dios en una visión la orden de salir de su país. Dios le mostró otro país; y Abraham, sin decir nada a nadie, dispuso a toda su gente a la mañana siguiente y partió. Después vi que tenía su tienda levantada en una región de la tierra prometida, que me pareció era donde estuvo más tarde Nazaret. Abraham levantó aquí un altar extenso de piedras, con techo. Mienstras estaba hincado delante del altar, llegó un resplandor sobre él y apareció un ángel, mensajero de Dios, que le entregó un don muy resplandeciente. El ángel habló con Abraham y éste recibió el sacramento o misterio de la bendición, el misterio santo del cielo. Abrió su vestido y lo guardó en su pecho. Me fue dicho que ello era el Sacramento del Antiguo Testamento. Abraham no conocía aún su contenido; le era desconocido, como a nosotros nos está oculto el Sacramento de la Eucaristía. Le fue dado, empero, como misterio y prenda de una descendencia prometida y santificada. El ángel que se le apareció era semejante al que se le apareció a la Virgen María anunciándole la concepción inmaculada del Mesías. Este ángel era manso, quieto en sus modales y no tan veloz ni acelerado como veo a otros ángeles cuando dan sus comunicados.
Pienso que Abraham llevaba siempre consigo este misterio sagrado. El ángel habló con Abraham de Melquisedec, que celebraría delante de él un sacrificio, que debía ser completado después de la venida del Mesías y durar eternamente. Abraham tomó luego cinco grandes huesos de una caja y los puso sobre su altar en forma de cruz. Encendió luz delante y ofreció un sacrificio. El fuego brillaba como una estrella; en el medio era blanco y en las puntas, rojo.
Más tarde vi a Abraham en Egipto con Sara. Había emigrado por necesidad de sustento; pero también para rescatar un tesoro que, por medio de una parienta de Sara, había sido llevado allí. Esto le había sido revelado y mandado por Dios. El tesoro era un registro de la descendencia de los hijos de Noé, especialmente desde Set hasta ese tiempo. El registro estaba hecho de trozos de oro, en forma de triángulos enhebrados. Una hija de una hermana de la madre de Sara lo había sustraído y llevado a Egipto. Esta había venido a Egipto con los pueblos pastoriles de la raza lateral, algo decaída de la civilización, del patriarca Job. Allí había servido como sirvienta. Había sustraído el tesoro de igual modo que Raquel sustrajo los ídolos de Labán. Este

árbol genealógico estaba hecho a manera de platillo de balanza junto con hilos o cordones, formados de trozos triangulares enlazados con otras líneas laterales. Sobre estos trozos de oro estaban grabados, con figuras y letras, los nombres de los patriarcas, desde Noé, especialmente desde Sem, hasta esa fecha. Cuando se soltaban estos cordones, todo el artificio quedaba encerrado en el platillo. Se me ha dicho cuántos siclos valía este tesoro; pero lo he olvidado. Este árbol genealógico había ido a parar a manos de los sacerdotes de Egipto y del Faraón, los cuales por medio de él habían tratado de contar y fijar sus genealogías; pero todo lo hacían falsamente. Cuando más tarde el Faraón fue afligido con graves plagas y desgracias, se aconsejó con sus sacerdotes idólatras y entregó a Abraham cuanto éste le había pedido.

Cuando Abraham volvió a la tierra prometida, he visto a Lot, con él, en la tienda y a Abraham señalando con la mano toda la extensión. Abraham tenía mucha semejanza en su proceder con los Reyes Magos: vestidura blanca y larga, de lana, con mangas; por delante, colgábale un cinturón también blanco, con borlas, y por detrás, una capucha. Sobre la cabeza llevaba una especia de gorra y en el pecho ostentaba un escudo de metal o piedra preciosa en forma de corazón. Llevaba barba larga. Me es imposible expresar cuán bondadoso y generoso era. Cuando tenía algo que a otros les agradaba poseer, especialmente animales, lo daba de inmediato. Era adversario de las enemistades, la envidia y la codicia.

Lot estaba vestido como Abraham; pero no era de tan elegante estatura ni de tan noble porte. Era bueno, aunque algo codicioso. He visto como sus criados discutían y reñían, y cómo se apartó de Abraham; pero he visto oscuridad y niebla en torno de él. Sobre Abraham yo veía resplandor. Vi que se alejó de allí, peregrinando, y levantó un altar de piedras, debajo de un pabellón. Los hombres eran bastante industriosos para hacer figuras de las piedras y trabajaban en ello tanto el patrón como el siervo. Este altar estaba en Hebrón, que fue más tarde lugar de la vivienda de Zacarías, padre del Bautista. La comarca elegida por Lot era muy buena, como todos los campos en torno del Jordán. He visto luego que fueron saqueadas las ciudades donde vivía Lot y él mismo llevado de allí con todo lo que poseía. He visto que un fugitivo logró narrar el hecho a Abraham. Este rezó y salió con todos sus siervos en persecución de los asaltantes, los sorprendió y libró a su hermano Lot. Este le dio las gracias y mostraba pesar de haberse apartado de Abraham. Los jefes y guerreros enemigos, especialmente los gigantes que asaltaban y subyugaban con prepotencia, y que fueron esta vez vencidos, no vestían como Abraham y su gente. Llevaban vestidos más angostos y más cor-

tos; su vestimenta tenía más pliegues, con muchos botones y adornos de estrellas y alhajas.

XXXI
El sacrificio de pan y vino de Melquisedec

A Melquisedec lo he visto varias veces con Abraham. Llegaba de la manera que otros ángeles solían visitar a Abraham. Una vez le ordenó un sacrificio triple de palomas y otras aves y le predijo lo que había de suceder a Sodoma y a Lot. Le anunció que volvería para ofrecer un sacrificio de pan y de vino. Le indicó también lo que debía pedir a Dios. Abraham se mostraba lleno de respeto delante de Melquisedec y ansioso de ver el sacrificio que se le había anunciado. Levantó un altar muy hermoso y lo rodeó de una techumbre de hojas.

Cuando Melquisedec volvía para celebrar el sacrificio de pan y de vino, hízose anunciar a Abraham por un mensajero, como rey de Salén. Abraham le salió al encuentro, se hincó delante y recibió su bendición. Esto sucedió en el valle meridional de una llanura que se extiende hacia Gaza. Melquisedec venía del lado donde fue más tarde Jerusalén. Venía en un animal muy veloz, de cuello corto y ancho, que estaba muy cargado. De un lado traía un recipiente con vino, algo achatado en la parte que tocaba a la bestia; del otro, un recipiente con panes ovalados, planos, apilados unos sobre otros, y el cáliz que he visto más tarde en la institución del Sacramento del altar, junto con los vasos pequeños en forma de barrilitos. Estos vasitos no eran de oro ni de plata sino de una materia transparente como piedras preciosas, de color oscuro. Me parecían más bien nacidos y crecidos, que hechos a mano.

Melquisedec me parecía ahora como el Señor durante su vida pública. Era esbelto y alto de estatura, de rostro severo y bondadoso. Llevaba un vestido largo, tan blanco y cándido que me recordó la vestidura resplandeciente con que apareció Jesús en el Tabor. El vestido blanco de Abraham parecía gris en comparación con el de Melquisedec. Llevaba un cinturón con letras, como he visto más tarde a los sacerdotes judíos, y como ellos, también, una especie de mitra en la cabeza cuando ofrecía el sacrificio. Sus cabellos eran de amarillo resplandeciente, lúcidos como seda; su rostro, luminoso.

El rey de Sodoma estaba presente cuando se acercó Melquisedec a la tienda de Abraham. En derredor había mucha gente con cabalgaduras, sacos, cajones y diversas cargas. Todos permanecían silenciosos, en actitud respetuosa y solemne, llenos de veneración hacia Melquisedec, cuya presencia infundía temor. Este se acercó al altar, sobre el cual había una especie de tabernáculo, creo que para el sacrificio. Abraham, como acostumbraba hacerlo, había puesto sobre el altar huesos de Adán, que antes había tenido Noé consigo en el arca. Pedían con ellos a Dios quisiera cumplir la promesa del Mesías, que

antes había hecho a Adán. Melquisedec puso sobre el altar un mantel colorado que había traído consigo y luego otro de blancura transparente. Las ceremonias me recordaron el rito de la Santa Misa. Lo he visto alzar en sus manos el pan y el vino, ofrecer, bendecir y repartir el pan. Le dio a Abraham el cáliz, que se usó más tarde en la última Cena, para beber de él; los otros bebieron en los vasitos, que fueron distribuidos por Abraham y por los principales del pueblo. Lo mismo se hizo con los panes. Cada uno recibía un bocado bastante grande, como se acostumbraba en los primeros tiempos de la Iglesia, durante la comunión. He visto que esos bocados resplandecían; estaban solo bendecidos, no consagrados. Los ángeles no pueden consagrar. Todos estaban conmovidos y elevados hacia Dios. Melquisedec dio a Abraham pan y vino para gustar: este pan era más delicado y luminoso que los otros. Recibió en esta ocasión gran fortaleza y una tan robusta fe que no dudó más tarde en ofrecer a su propio hijo, el hijo de la esperanza, por mandato de Dios. Profetizó y dijo estas palabras: "Esto no es lo que Moisés dio a los Levitas en el Sinaí". No puedo asegurar si Abraham mismo ofreció luego el sacrificio de pan y vino; pero puedo asegurar que el cáliz del cual él bebió es el mismo que usó Jesucristo más tarde cuando instituyó el Santísimo Sacramento del altar. Al tiempo que Melquisedec bendijo a Abraham, durante el sacrificio de pan y vino, lo consagró sacerdote. Pronunció sobre él estas palabras: "Y dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha. Tú eres sacerdote eterno, según el orden de Melquisedec. El Señor lo ha jurado y no se arrepentirá de ello".
Le impuso las manos, y Abraham le dio los diezmos. He entendido el significado del diezmo de Abraham después de su consagración; pero se ha borrado de mi memoria. He visto también que David, al escribir esas palabras, tuvo una visión de la consagración de Abraham por Melquisedec y que pronunció las últimas palabras proféticamente. Las palabras "siéntate a mi diestra", tienen una especial significación.
Cuando veo en forma de figura la eterna generación del Verbo en el seno del Padre, se me muestra al Hijo saliendo de la derecha del Padre en forma luminosa, rodeada de un triángulo, como se representa el ojo de Dios; en la parte superior se ve al Espíritu Santo. Todo esto es inexplicable para mí. Asimismo he visto a Eva salir del costado derecho de Adán. Los patriarcas tenían la bendición en la parte derecha, y colocaban a sus hijos, cuando les daban la bendición, a su derecha. Jesús recibió la lanzada en el costado derecho. La Iglesia nace del costado derecho de Jesús. Para entrar en la Iglesia, lo hacemos por el lado derecho del costado de Jesús y así estamos unidos por medio de Él con su Eterno Padre.

Creo que con el sacrificio de Melquisedec y la bendición de Abraham, terminó su misión sobre la tierra. Después de esto no he vuelto a verlo. Melquisedec dejó a Abraham el cáliz con los seis vasitos que usó en el sacrificio.

XXXII
Abraham recibe el misterio del Antiguo Testamento

Abraham estaba sentado, rezando delante de su tienda, bajo un frondoso árbol que miraba hacia el camino principal. Lo he visto a menudo sentado así para ofrecer hospitalidad a los viajeros. Estaba entonces mirando hacia el cielo. Tenía delante una visión de Dios, como en un rayo de luz solar y se le anunció la proximidad de los tres hombres sabios que habrían de visitarlo. Al punto ofreció un cordero sobre el altar, y lo vi de rodillas, como en éxtasis, pidiendo por la redención de los hombres. Este altar estaba a la derecha del gran árbol, en una tienda abierta por arriba. Más lejos, a la derecha, había otra tienda, donde Abraham guardaba los enseres del sacrificio y donde se entretenía con sus pastores cuando acudían a verlo. Del otro lado, algo más alejada de la calle principal, estaba la tienda de Sara y de sus mujeres, porque las mujeres solían vivir aparte. El sacrificio de Abraham estaba por terminar cuando aparecieron en el camino real los tres ángeles. Caminaban uno detrás de otro, con los vestidos recogidos, como viajeros. Abraham les salió al encuentro; les habló, inclinándose delante de ellos, hacia Dios, y los llevó junto a la tienda del altar, donde dejaron caer sus vestidos, e indicaron a Abraham que se hincase. He visto lo que sucedió con Abraham, que estaba entonces como en éxtasis, y lo que hicieron los ángeles, en muy corto tiempo, como todo lo que sucede en ese estado. El primer ángel anunció a Abraham, que estaba de rodillas, que Dios quería hacer salir de su descendencia una virgen sin mancha de pecado, la cual, como virgen inmaculada, debía ser la madre del Redentor. Le dijo que él iba a recibir lo que Adán había perdido por el pecado. Diciendo esto, el ángel le dio un bocado luminoso y le hizo beber, de un recipiente pequeño, un líquido brillante. Después el ángel bendijo con su mano a Abraham de la cabeza hacia abajo; luego del hombro derecho hacia el pecho, y finalmente del izquierdo hacia el mismo sitio, donde se unieron las tres líneas de la bendición. Con ambas manos el ángel dio a Abraham algo luminoso, como una nubecilla: se la puso sobre el pecho. He visto que la nubecilla pasó a su interior, y tuve la certidumbre de que recibía el santo misterio.

El segundo ángel le dijo que él debía entregar este misterio, en la misma forma como lo había recibido, antes de su muerte, al primer hijo que tendría de Sara, y le anunció que Jacob, su nieto, sería padre de doce hijos, que serían los padres de las doce tribus. Añadió que este misterio de bendición le sería quitado a Jacob; y cuando Jacob se hubiese convertido en un pueblo numeroso debía pasar al Arca de la Alianza, como una bendición para todo

el pueblo, que debía conservarse mediante la oración. Le mostró, también, cómo a causa de los pecados de los hombres, pasaría este misterio desde el arca a los profetas y, por último, a un hombre, que sería el padre de la Virgen inmaculada. Supe en esta ocasión que a .los paganos se les daría la promesa por medio de seis profetisas, y por el anuncio que harían las estrellas del nacimiento de la salud del mundo de una virgen incorrupta. Abraham tuvo en esta ocasión una visión: vio a esta virgen en lo alto del cielo y a su derecha cernirse un ángel que le tocaba la boca con un ramito. Del manto de la Virgen salía luego la Iglesia.
El tercer ángel anunció a Abraham el nacimiento de Isaac. He visto a Abraham tan contento con el anuncio de la Virgen prometida y con la visión que había tenido, que casi no pensó mucho en Isaac, y creo que más tarde fue la promesa de la futura Virgen lo que le consoló y le hizo fácil el cumplimiento del mandato de Dios de sacrificar a Isaac.
Después de estas cosas vi que Abraham sirvió a los ángeles y vi la risa de Sara. Luego vi cómo guiaba a los ángeles por el camino y cómo rogaba por Sodoma. Cuando Abraham volvió de su éxtasis, condujo a los ángeles bajo el gran árbol y puso una tarima, sobre la cual se sentaron los ángeles, mientras él les lavaba los pies. Luego fue adonde se encontraba Sara para que preparase una comida, la cual trajo ella, cubierta con el velo, hasta la mitad del camino. Después de la refección acompañó Abraham a los ángeles un trecho del camino, y como hablasen del nacimiento del hijo, fue entonces cuando rió Sara, que oyó decir esto porque se había acercado por detrás de la tienda. He visto muchas palomas, mansas como gallinas, en torno de la casa. La comida consistió precisamente de palomas, panes redondos y miel. Abraham había tenido, antes de su partida y salida de Caldea, por ministerio de un ángel, conocimiento del misterio de la bendición, pero veladamente, y más como una prenda del cumplimiento de la Promesa de que sería padre de un numeroso pueblo. Ahora le fue renovado, por medio de los ángeles, este misterio o sacramento, y fue instruido mayormente.

XXXIII
Historia de Jacob

Rebeca sabía que Esaú no tenía rayo ninguno del misterio de Dios. Esaú era torpe, grosero y holgazán. Jacob, por el contrario, era muy vivo, prudente, y se asemejaba a la madre. Isaac se inclinaba más hacia Esaú por ser el primogénito. Este salía a menudo de caza. Rebeca iba meditando cómo podía hacer recaer en Jacob el derecho de la primogenitura y la bendición paterna. La compra de este derecho se lo había sugerido Rebeca a Jacob. La comida consistió en una legumbre con carne y hojas verdes, como lechuga. Esaú venía rendido; Jacob le arrancó con sus artes la entrega de la primogenitura. Isaac era ya anciano, estaba ciego, y temiendo morirse quiso dar su bendición a Esaú. Rebeca sabía que Jacob debía tenerla y no quiso persuadir a Isaac: estaba muy conturbada e inquieta. Como Isaac no quería diferir el cumplimiento de su deseo, y llamase a Esaú, que estaba cerca, se tuvo que ocultar Jacob, para que no lo viera Esaú. Rebeca mandó a Jacob que fuera a buscar un cabrito de la majada, porque Isaac había pedido a Esaú que le trajese algo de su caza. Apenas hubo salido Esaú, ya estaba la comida de Rebeca pronta. Los buenos vestidos de Esaú, que Rebeca puso a Jacob, consistían en una chaqueta, como él solía llevar, pero más tiesa y bordada en el pecho. Esaú tenía los brazos y el pecho muy velludos, como una piel; por eso Rebeca le acomodó pieles sobre los brazos y el pecho, en la parte de la abertura. Sólo en los bordados y adornos era esta chaqueta diferente de las demás; en los lados estaba abierta y tenía una abertura bordada de pieles delicadas, de color oscuro, por donde se ponía al cuello. A los lados se anudaba con cintas de cuero. La faja de la cintura servía también de bolsillo. La chaqueta no tenía mangas. El pecho estaba libre. Lo que cubría la cabeza, como asimismo la especie de mandil, eran de color rojo oscuro. He visto como Isaac tanteaba a Jacob en los brazos y el pecho, donde era tan velludo Esaú, y cómo vacilaba y se mostraba pesaroso e indeciso. Pero llegado el momento, como era voluntad de Dios, terminó por creer que era Esaú y dio a Jacob la bendición, que él había recibido de Abraham, y éste del ángel.

He visto, sin embargo, que antes había preparado con Rebeca algo misterioso que pertenecía a esta bendición; era una bebida contenida en un vaso. Los hijos nada sabían de esto: sólo aquél que tenía la bendición recibía el misterio, el cual, con todo, permanecía misterioso para él, como para nosotros el santo Sacramento. Este recipiente era de un lado más chato que de otro; era transparente y luminoso como madreperla; estaba lleno de un líquido rojizo,

y tuve la impresión de que fuera sangre, como sangre del mismo Isaac. Rebeca intervino en la preparación. Cuando Isaac bendijo a Jacob, éste estaba sólo con su padre. Tuvo que descubrirse el pecho delante de su padre. El padre llevó su mano, bendiciendo, desde la frente, en línea recta, hacia abajo; luego, desde el hombro derecho hasta abajo, y lo mismo desde el hombro izquierdo. Puso la mano derecha sobre la cabeza de Jacob y la izquierda bajo el corazón. En esto tuvo que beber Jacob del líquido; luego siguió una ceremonia, como si Isaac le diera todo, potestad y fuerza, pues pareció que sacaba con ambas manos algo de su cuerpo y lo ponía en el de Jacob. Tuve la persuasión de que era toda su fuerza la bendición. En todos estos actos Isaac recitaba oraciones en alta voz. Isaac estaba incorporado en el lecho al dar la bendición, lleno de entusiasmo, y salía como un resplandor de él. Cuando trazaba las líneas de la bendición tenía las manos algo levantadas, como el sacerdote cuando dice *Dominus vobiscum*. Cuando Isaac rezaba Jacob tenía las manos cruzadas sobre el pecho.

Cuando Isaac le dio la bendición, la recibió Jacob cruzando las manos sobre el pecho como quien abraza algo sensible. Por último, Isaac puso sus manos sobre la cabeza y en la región del estómago. El vasito del cual bebió Jacob, le fue también entregado. Cuando terminó el acto de la bendición, he visto a Isaac completamente exhausto por el esfuerzo o por la real entrega de algo que él perdía al dárselo a Jacob. En cambio, he visto a Jacob lleno de fuerza, rozagante, pleno de vida y animación.

En este modo volvía Esaú de su caza. Cuando Isaac se enteró del cambio de persona, en cuanto a la bendición, no se irritó; conoció que era la voluntad de Dios. Esaú, en cambio, estaba rabioso; y se arrancaba los cabellos; pero me pareció que no era tanto por la pérdida de la bendición, como por envidia contra Jacob. Ambos hermanos eran ya hombres cuando recibió Jacob la bendición. Esaú tenía entonces dos mujeres, cosa que disgustaba grandemente a sus padres. Ambos tenían más de cuarenta años de edad. Cuando Rebeca vio la ira de Esaú, envió secretamente a Jacob a casa de su hermano Labán. Lo he visto partir. Vestía chaqueta hasta la cintura y túnica hasta las rodillas, sandalias en los pies y lienzos en la cabeza. Llevaba un bastón de viajero y un saco con panes colgado de los hombros; del otro lado, una botella con bebida. Era todo lo que llevaba consigo. Así lo he visto partir del lado de su madre, deshecha en lágrimas. Isaac lo bendijo también y le dijo que partiera y tomase mujer allí mismo. Los padres sufrieron mucho por causa de Esaú, especialmente Rebeca.

XXXIV
Viaje de Jacob a Mesopotamia

He visto a Jacob durante su viaje a Mesopotamia descansando y durmiendo en el lugar donde después estuvo Betel. El sol se había ocultado. Puso una piedra por almohada y se durmió, echado de espaldas. Su bastón descansaba sobre su brazo. He visto la escala que vio él en sueños y de la cual dice la Escritura que estaba sobre la tierra y que su punta llegaba al cielo. Yo he visto, en cambio, a esta escala comenzar en Jacob, tendido, y llegar hasta el cielo. La he visto como un vivo árbol genealógico de su propia descendencia. Del mismo modo que se suele representar un árbol genealógico, he visto que nacía, bajo el seno del mismo Jacob durmiente, un sarmiento verde que se dividía en tres ramificaciones, las cuales subían derechamente, como una pirámide de tres partes, para terminar en lo alto del cielo. Estas tres ramas iniciales estaban unidas abajo por ramas laterales. Estas ramas de las tres ramificaciones principales formaban como los peldaños de la escala. He visto estos peldaños llenos de figuras y apariciones, que eran los descendientes de Jacob, subiendo en la escala, que representaban la genealogía de Jesús, según la carne. Estas ramas laterales, a veces sobrepasaban unas a otras; otras veces se cruzaban; otras, quedaban rezagadas, y otras, viniendo de otro lado, sobrepasaban a ésta según que por el pecado se enturbiaba alguna línea o era purificado por la penitencia y la castidad este germen de la humanidad del Verbo. En la cumbre de la escala había una flor pura y hermosa, la Inmaculada María, de la cual debía nacer Jesucristo, tocando los confines del Cielo. He visto, sobre esta flor, el cielo abierto, y el esplendor de Dios, y cómo Dios mismo habló a Jacob desde esa altura. Luego vi cómo Jacob, al despertar por la mañana, dispuso primeramente un fundamento de piedras redondas; colocó una piedra plana, y sobre ésta puso la misma piedra sobre la cual había reclinado su cabeza. Hizo fuego y ofreció algo; luego derramó alguna cosa sobre esa piedra. Rezaba allí hincado de rodillas. Me parece que hizo fuego, de la manera en que lo hacían los Reyes Magos, por medio de frotación y fricción.

Después he visto a Jacob caminando con su bastón hacia la casa de Labán, y deteniéndose en varios lugares como Betel. En este viaje lo vi de nuevo en Ainón, donde había estado ya antes; allí renovó una cisterna, que fue donde más tarde bautizaba Juan. Lo he visto en el lugar de Mahanim, rezando y pidiendo al Señor le protegiese y le conservase los vestidos para no parecer tan mal a su llegada a casa de Labán, y éste le reconociese como pariente. He visto que entonces aparecieron a ambos lados, flotando en el aire, dos

grupos de gentes como significando que estaba protegido y que así se multiplicaría y sería poderoso. A la vuelta de Mesopotamia tuvo la confirmación de lo que había visto en visión. Después lo vi, caminando más hacia el Este, llegar a la parte meridional del río Yabok y pasar la noche allí, en el mismo lugar donde a la vuelta luchó con el ángel. Aquí también tuvo una visión.
A la vuelta de Mesopotamia se detuvo Jacob más al Oriente de lo que fue Jabesh-Gilead. He visto cómo su suegro Labán le fue persiguiendo, porque le habían sido robados sus ídolos, cómo lo alcanzó y lo hizo volver, y cómo por motivo de esos ídolos robados hubo mucha discusión entre los dos. Jacob ignoraba que Raquel los había sustraído ocultamente. Cuando Raquel vio que su padre, que había revisado todo el campamento en busca de sus ídolos, acercábase hacia ella, escondió los ídolos hurtados bajo una gran cantidad de paja para los camellos, y se sentó encima cubierta con el velo, como si estuviera enferma y retirada. Este montón de heno estaba amontonado no lejos de su tienda, en el declive del valle, al Sur del río Yabok. Estos ídolos eran de metal, en forma de muñecos en pañales, de un largo de cinco brazos y medio. Sobre ese montón de heno se sentaron otras mujeres con Raquel. Recuerdo haber visto sentado sobre un montón de heno, aún más grande, a Job en su desgracia. El montón era como de una carrada entera de heno. Los viajeros llevaron mucho heno consigo en el viaje y cargaron más en el camino. Raquel se había enfadado mucho antes a causa de esos ídolos de su pare y los había hurtado para librarlo de esa idolatría.
Jacob había enviado mensajeros a Esaú, por quien sentía temor. Estos volvieron anunciándole que Esaú se acercaba con cuatrocientos hombres. Dividió entonces Jacob a su gente en dos partes, y al ganado de la primera, en varias secciones, que envió delante a presencia de Esaú. Jacob llevó a su gente hacia Mahanim y allí tuvo de nuevo aquella visión que había visto a la salida para Mesopotamia: un ejército de ángeles. Por esto dijo: "Con un bastón salí y me vio enriquecido con dos ejércitos". Entendió entonces la visión. Cuando todo fue transportado al otro lado del río Yabok, hizo pasar a sus mujeres e hijos, y se quedó solo. Levantó su tienda allí donde, a su salida de Palestina, había visto la presencia de Dios. Quería pasar allí la noche para rezar. Hizo cerrar por todos lados su tienda y dijo a sus servidores que se alejasen. He visto aquí cómo clamaba al Señor, presentándole sus angustias, y especialmente su gran temor de Esaú. La tienda tenía una abertura arriba para poder mirar mejor a lo alto del cielo.

XXXV
La lucha con el ángel

He visto la lucha de Jacob con el ángel: fue todo en visión. Él se levantó para rezar. Entonces vino del cielo la aparición de una persona grande y luminosa, y comenzó a luchar con él, como si quisiera sacar fuera de la tienda a Jacob. De este modo lucharon de un lado a otro de la tienda. La aparición hacía como si quisiera echar a Jacob hacia todos los cabos del mundo, mientras Jacob volvía, luchando siempre, al medio de la tienda. Era un presagio de que Jacob sería con su descendencia forzado a ir por todas partes del mundo, pero que no saldría nunca de la tierra prometida. Al punto que Jacob volvía nuevamente al centro de su tienda, tocóle el ángel su cadera. Esto lo he visto en el momento en que Jacob, luchando en este sueño visionario, quiso tenderse en su lecho o que cayó sobre él rendido. Mientras el ángel tocaba su cadera y hacía allí lo que debió hacer, dijo él a Jacob, que aún seguía sujetando al ángel: "Déjame, pues ya es la aurora". Entonces despertó Jacob de su sopor y de su lucha, vio al ángel que estaba delante de él y dijo: "No te dejaré si no me bendices". Se sentía neces itado de fortaleza y de la bendición de Dios, pues temía aún el encuentro con Esaú. Entonces preguntó el ángel: "¿Cómo te llamas tú?" Esto pertenece ya a la bendición. También Abraham fue llamado Abraham cuando fue bendecido. Respondióle: "Me llamo Jacob". Díjole el á ngel: "Te llamarás Israel, pues has luchado con Dios y con los hombres y no has sido vencido". Jacob preguntó: "¿C ómo te llamas tú?". El ángel contestó: "¿Por qué me preguntas mi nombre?". Esto significa: "¿No me conoces acaso?". Jacob se hincó delante de él y r ecibió la bendición. El ángel bendijo a Jacob como Dios había bendecido a Abraham y como éste bendijo a Isaac y como Isaac a Jacob, en tres líneas. Esta bendición tenía relación especial con la paciencia y con la perseverancia en la adversidad. Desapareció el ángel. Jacob vio la aurora y llamó a este lugar Phanuel. Hizo desmantelar su tienda y se reunió con su familia, pasando el río Yabok. Salía el sol entonces y comenzó Jacob a cojear de un lado, pues había sido allí debilitado.

Cuando se separaron Esaú y Jacob, se retiró éste con todos los suyos a Mahanim y se posesionó de la comarca de Sukot hasta la colina de Ainón con sus ganados y sus siervos. Vivió diez años en Ainón. Después se extendió con sus posesiones desde Ainón, hacia el Oriente, hasta más allá del Jordán, hacia Salén, y tuvo sus tiendas hasta donde fue Siquem y compró allí mismo un campo.

He visto cómo Dina paseaba por allí con sus criadas curiosamente y conver-

saba con los Siquemitas. He visto que Siquem la trataba amigablemente y que volviendo sus criadas a casa, ella se quedó dentro de Siquem. Por este hecho sobrevino luego gran calamidad sobre ella misma y asalto y muerte sobre los Siquemitas. Siquem era entonces una pequeña población hecha de piedras cuadradas y tenía una sola puerta.

Abraham, Isaac y Jacob y los Patriarcas eran, en la parte derecha de sus cuerpos, de mayor potencia que en la parte izquierda. No se notaba el hecho exteriormente. Llevaban vestidos amplios, de modo que lo podían ocultar. Había en ellos, en esa parte, una plenitud, como una hinchazón. Era un sagrario, una bendición y un misterio encerrado. Tenía la forma de una habichuela con un germen, y era luminoso. El primogénito lo recibía de su padre y por esto tenía tanta preeminencia. Jacob lo recibió en lugar de Esaú y la madre sabía que estaba destinado para eso. Cuando el ángel, después de su lucha con Jacob, le tocó, perdió éste el germen misterioso de bendición. No le quedó herida alguna; fue como un agotarse aquella plenitud. Desde entonces no fue tan fuerte y ni tan seguro de la protección de Dios. Antes era como un hombre fortalecido con un sacramento. Después de haberlo perdido fue, en cambio, más humilde, más cuidadoso y solícito y sufrió mayor necesidad. Sintió Jacob que se le quitaba su bendición de fortaleza, y por eso no quiso dejar al ángel hasta que éste lo bendijera, para fortalecerlo. Después José recibió nuevamente, por medio de un ángel, esta bendición, cuando se encontraba en la cárcel del Faraón de Egipto.

XXXVI
Historia de José

Cuando José fue vendido en Egipto tenía dieciséis años de edad. Era de regular estatura, esbelto, flexible, animoso de alma y cuerpo. Era muy diferente de sus hermanos. Todos se sentían inclinados a amarle. Si su padre no le hubiese dispensado tanta preferencia, sus hermanos le hubiesen amado. Rubén era más noble que los demás; Benjamín era, en cambio, un joven grande, tosco, pero bondadoso y dócil de carácter.

José llevaba los cabellos partidos en tres partes, dos de cada lado y la tercera parte rizada y a lo largo del cuerpo. Cuando fue virrey de Egipto, lo llevó corto; más tarde, de nuevo largo. Con la túnica polimita dio Jacob a José también algunos huesos de Adán, sin que José supiese lo que eran. Jacob se los dio con objeto de protección, pues sabía que sus hermanos le envidiaban. José tenía estos huesos de Adán encerrados en una bolsita de cuero redondeada, que colgaba en su pecho. Cuando sus hermanos lo vendieron, le despojaron sólo de su túnica de color y de su acostumbrado vestido; pero José llevaba aún sobre su cuerpo una faja y una especie de escapulario sobre su pecho, debajo del cual estaba la bolsita de las reliquias. Esa túnica polimita era blanca con rayas coloradas y tenía sobre el pecho tres cordones negros con adornos amarillos en el centro. Esta túnica estaba ceñida más ampliamente arriba para poder llevar objetos dentro; abajo era más angosta y a los lados tenía aberturas para poder caminar con soltura. Le llegaba muy abajo; por detrás era algo más pendiente y por delante estaba abierta. En cambio, su vestido ordinario le llegaba sólo más debajo de las rodillas. José era ya conocido del Faraón y su mujer cuando éste cumplía tan bien sus oficios con el Faraón, cuando estaba José en su casa, que Faraón deseó mucho ver a este siervo. La mujer del Faraón estaba ansiosa de conseguir salud y ayuda de los dioses, y era muy apegada a los ídolos, y aun deseaba conocer nuevas divinidades. Así se maravillaba mucho de la sabiduría, viveza y nobleza del joven extranjero, de tal modo que en su interior lo tenía por un dios y decía al Faraón: "Este h ombre ha sido mandado por los dioses: no es un hombre como los demás". Lo pusieron en la parte más decente de los encarcelados y llegó a ser superintendente de los demás presos. La mujer del Faraón lloraba y se lamentaba mucho de que hubiese sido puesto en la cárcel como un malvado y creía que se había equivocado en su concepto anterior. Cuando fue sacado de la cárcel y llegó a la corte, le fue siempre muy adicta. La copa que más tarde mandó poner en la bolsa de Benjamín, fue el primer regalo de la mujer del Faraón. Conozco bien esta copa: tiene dos asas y no tiene pie. Es-

taba formada de una piedra preciosa o de una materia transparente, que me es desconocida, y tenía forma muy semejante a la parte superior del cáliz de la última Cena. Se halló entre los recipientes que los hijos de Israel llevaron de Egipto y más tarde fue guardada en el Arca de la Alianza.
José estuvo siete años en la cárcel, y estando allí mismo en la más grande aflicción, recibió el misterioso germen de Jacob, como los patriarcas lo habían recibido y tuvo allí una visión de su numerosa descendencia. Conozco bien a la mujer de Putifar, y sé cómo lo quiso seducir. Después de la elevación de José, hizo penitencia de su falta y vivió castamente. Era una mujer de elevada estatura, fuerte, de color amarillo oscuro, como seda brillante. Llevaba un vestido de colores y encima otro adornado de finas figuras, debajo del cual el vestido interior sobresalía con puntillas. José trataba mucho con ella porque Putifar le había entregado el gobierno de todas las cosas. Cuando José notó que ella le trataba con demasiada confianza no quiso más dormir en la casa de su patrón si él no estaba presente. Ella le visitaba con frecuencia cuando trabajaba o escribía. La he visto una vez presentarse muy desvestida mientras estaba José en un ángulo de la sala, escribiendo y anotando. Escribían entonces en rollos que apoyaban sobre tablas sobresalientes de las paredes, delante de las cuales podían estar de pie o sentados. Ella le habló y José contestó; pero ella estaba muy atrevida esa vez. Entonces se dio vuelta José y se marchó de allí. Ella se aferró de su manto y él lo dejó abandonado.

XXXVII
Asenet – Origen de las divinidades Isis y Osiris

He visto a José junto al sacerdote de los dioses, Putifar, en Heliópolis. Hallábase allí Asenet, hija de Dina y del Siquemita, como una profetisa y adornadora de los ídolos, que vivía en compañía de otras siete jóvenes. Putifar había comprado a esta niña en su quinto año de edad de manos de su ama, que huyendo de la casa de Jacob la había ocultado en un lugar del Mar Muerto para librarla de las asechanzas de los hijos de Jacob. Poseía el don de la profecía y servía a Putifar como profetisa. José la conocía, pero ignoraba que fuese su sobrina. Asenet era una joven que vivía retirada, muy seria, y buscaba la verdad, y aunque de mucha belleza, huía de la compañía de los hombres. Tenía profundas visiones, conocía la astrología egipcia y sentía secreta simpatía por la religión de los patriarcas. No he visto en ella nada de brujería o artes mágicas.

Vio en sus visiones todo el misterio de la vida, de la descendencia, del futuro de los hijos de Israel y su salida de Egipto, como también el camino por el desierto. Escribía sobre hojas de una planta acuática y también sobre cuero con extraños caracteres que parecían cabecitas de animales y de pájaros. Estos escritos fueron ya en vida de la misma Asenet mal interpretados por los egipcios, que hallaban en ellos materia para sus ritos idolátricos. Asenet se afligía mucho por este abuso diabólico que hacían de sus escritos y lloraba mucho por la ceguera de los egipcios. Ella tuvo más visiones que cualquier otro de su tiempo y estaba llena de maravillosa sabiduría. Obraba, sin embargo, en gran silencio, sin ostentación y a todos daba saludables consejos. Sabía tejer y bordar; estaba llena de ciencia, y conoció cómo se perdía la verdad por la perversidad de los hombres. Por esto tenía siempre una nube de tristeza y se mantenía retirada y silenciosa. He visto que Senté fue oración de que se la venerase como diosa con el nombre de Isis, por la torcida interpretación de sus escritos y rollos. José fue luego venerado bajo el nombre de Osiris. Creo que por esto la veía tan llorosa y afligida. Escribió libros contra esta mala interpretación, protestando de que se la hiciera madre de las diosas. Cuando Putifar ofreció sacrificios, Asenet subía a una torre donde se había formado un jardín y desde allí miraba las estrellas al resplandor de la luna. Estando así en éxtasis veía en las estrellas las cosas con mucha claridad: veía la verdad en estas figuras, porque era una criatura elegida de Dios. En cambio, otros sacerdotes de los ídolos veían las cosas más abominables, porque eran transportados a extrañas y diabólicas regiones. Así se transformaron y empeñaron las secretas visiones de Asenet y pasaron

a servir a los crueles ritos de los sacerdotes egipcios.

XXXVIII
Progresos hechos por José y Asenet en Egipto

Asenet reportó mucho progreso al pueblo egipcio. Hizo introducir útiles animales domésticos, por ejemplo, vacas. Enseñó la fabricación del queso, la tejeduría y otras artes desconocidas. Sabía curar muchas enfermedades. José, a su vez, llevó a Egipto el uso del arado que él mismo sabía guiar y emplear. He visto en Asenet algo que me causa estupor. Hacía una recolección de toda la carne de los numerosos sacrificios que se ofrecían, la cocía largo tiempo en grandes calderas, bajo el cielo abierto, hasta que se formaba una masa líquida, que luego usaban como alimento cuando marchaban los soldados a la guerra o había carestía en el país. De esto se alegraban los egipcios y se maravillaban en gran manera. Cuando José se acercó a Asenet, que estaba junto al sacerdote de los dioses, quiso Asenet abrazarlo. Esto no era en ella una osadía, sino una especie de profecía y así lo hizo en presencia del sacerdote. Asenet era tenida como persona santa y sagrada. Pero he visto que José la detuvo con sus manos extendidas, diciéndole severas palabras. La vi entonces retirarse a su tienda muy conturbada y muy afligida, y hacer penitencia. He visto luego a Asenet en su cámara; estaba detrás de un cortinado; sus cabellos colgaban largos y finos rizados en los extremos. Tenía en la cavidad del estómago una figura grabada en la carne: era como una balanza en forma de corazón. Adentro había un niño con los brazos abiertos; en una mano tenía una copa o concha y en la otra un vaso o cáliz. En la concha se veían tres espigas verdes, que salían de la vaina y la figura de una paloma parecía picar en las uvas del cáliz que estaba en la otra mano del niño. A Jacob no le era desconocida esta señal; con todo tuvo que alejar a Asenet para librarla de la ira de sus hermanos. Cuando más tarde fue Jacob a Egipto, junto a José, y éste le confió todo el secreto, reconoció a Asenet como a su nieta por esta señal. También José tenía en el pecho la señal de una vid con muchos racimos.

He visto aparecer un ángel, vestido de gran fiesta, con una flor de loto en la mano. Saludó a Asenet; ella lo miró y se cubrió con el velo. El ángel le ordenó que cesara de llorar y de afligirse, que se vistiera de fiesta y le diese comida. Ella se fue y volvió más compuesta, trayendo sobre una mesita liviana y baja panecillos al rescoldo y vino. No estaba cohibida delante del ángel, sino con sencillez y humildad, como he visto a Abraham y a otros patriarcas en semejantes apariciones. Cuando el ángel hablaba se despojó del velo. Pidió le diese miel y ella contestó que no tenía, porque no la comía como otras jóvenes. Entonces el ángel le dijo que encontraría miel entre los

ídolos que estaban en la cámara, en diversas figuras, con cabezas de animales y colas de serpientes enroscadas por las piernas. En efecto, encontró allí un panal de miel en forma de hostia, con muchas celdillas y lo puso delante del ángel, que le mandó comer del panal. El ángel bendijo el panal: lo he visto entonces resplandecer y como suspendido entre ambos. No puedo ahora explicar el significado de esta miel, porque cuando se ven las cosas así, lo sabe una todo; después le parece a uno miel lo que es miel, flor lo que es flor, y abejas y panal lo que son tales, sin recordar lo que ello significa. Recuerdo sólo lo siguiente: Asenet tenía hasta entonces pan y vino y ninguna miel en sí misma; por medio de esta miel se despojó de los ídolos y de su culto, y la religión de los israelitas, la salud del Antiguo Testamento, entró en ella. Significaba también que muchos encontrarían ayuda en ella y que, como abejas, estarían en torno de ella. Dijo entonces ella que no quería ya beber vino, que la miel le era suficiente. He visto en Madián, junto a Jetró, que se cuidaban muchas abejas, muchos panales. El ángel bendijo el panal con sus dedos, señalando todas las partes del mundo. Esto significaba que debía ser madre y conductora de muchos con su sabiduría, con su presencia allí y con las visiones y revelaciones. Cuando más tarde se la veneró como diosa y se le ponían tantos senos, era esto una representación falsa de su misma misión sobre la tierra, que era la de consolar a muchos necesitados. El ángel le dijo también que debía ser mujer de José, con el cual debía vivir. La bendijo al modo como hizo Isaac con Jacob y el ángel con Abraham. Las tres líneas de bendición las pasó el ángel dos veces sobre ella: la primera sobre el corazón y la segunda sobre su regazo.

Más tarde tuve una representación de cómo se llegó José a Putifar y pidió a Asenet como esposa. Recuerdo sólo que José traía entonces una flor de loto en las manos. Él sabía la mucha ciencia de Asenet, pero ni uno ni otra conocían su parentesco tan cercano. He visto también que el hijo del Faraón amaba a Asenet y que por esto se tuvo que mantener oculta algún tiempo. Vi que este hijo de Faraón se había entendido con Dan y Gad para matar a José y se mantuvieron ocultos para este fin; pero fueron impedidos por Judá para realizar su intento. Creo que Judá tuvo un aviso del cielo y advirtió a José que en su viaje pasara por otro camino. Recuerdo que también Benjamín tuvo mérito en ello y defendió a Asenet. Dan y Gad recibieron un castigo del cielo, pues se les murieron algunos hijos. Habían sido avisados también por Dios, antes que nadie conociese su mala intención. José y Asenet llevaban, como era costumbre en los sacerdotes de los dioses, una señal considerada santa, de su gran poder, cuando se mostraban ante el pueblo. La llevaban en la mano como un cetro. La parte superior de esta señal era un anillo y

la inferior, una cruz latina, una T. Servía como sello: cuando se medía trigo y se distribuía, eran señalados los montones con este sello. Los depósitos de trigo y las obras de canales y las bajas y subidas del Nilo, eran señaladas con este signo. Las escrituras eran selladas con él, después que eran rociadas con un líquido rojo de plantas. Cuando José desempeñaba un oficio de su cargo tenía esta señal, esta cruz, metida en el anillo, junto a él, sobre un tapete. Me pareció como una copia del misterio del Arca de la Alianza encerrado aun en José. Asenet tenía un instrumento como una vara, con el cual estando en visión caminaba, y cuando se agitaba esta vara en sus manos, golpeaba el suelo y encontraba agua subterránea y fuentes. Este instrumento estaba hecho bajo la influencia de las estrellas.

En las salidas de fiestas viajaban José y Asenet sobre un carro reluciente. Asenet llevaba un escudo de oro sobre el pecho, el cual, bajo los brazos, cubríale todo el cuerpo. Sobre este escudo había muchas figuras y señales. El vestido le llegaba hasta las rodillas. Los zapatos tenían una elevación en la punta, como los botines de patinaje. La gorra consistía en una especie de yelmo, hecho de pluma de varios colores, entretejido de perlas. José usaba chaqueta apretada, con mangas y un escudo de oro, también con figuras; en medio del cuerpo se veían tiras con nudos de oro; sobre el hombro un manto, y su gorra estaba también compuesta con plumas con adornos.

XXXIX
Idolatría en Egipto en tiempos de José

Cuando llegó José a Egipto, se edificaba la nueva Menfis, que está como a siete horas al Norte de la Menfis antigua. Entre las dos ciudades había, sobre diques, una ancha calle como una avenida. Entre árboles y árboles había figuras de ídolos y diosas de aspecto espantable y grotesco, con cuerpos de perros, sentadas sobre plataformas de piedras. No existían aun hermosos edificios, sino largos vallados y artísticos montes de piedra (pirámides) llenos de cámaras y subterráneos. Las moradas eran livianas con una superestructura de madera. Existían entonces muchos bosques y pantanos entre estas edificaciones. El Nilo había ya cambiado su curso cuando María tuvo que huir a Egipto.

Los egipcios adoraban toda clase de animales: sapos, serpientes, cocodrilos y muchos más. No se inmutaban si veían que un cocodrilo devoraba a un hombre. Cuando llegó José a Egipto, no estaba todavía en uso la adoración del toro. Este culto vino a raíz del sueño de Faraón de las siete vacas gordas y siete flacas del Nilo. Tenían muchas formas de ídolos: uno como niños en pañales, otros enrollados como serpientes y otros que se podían angostar o ensanchar a voluntad. Algunos ídolos tenían figuras en el pecho, como escudos, en los cuales estaban representados, a veces, planos, ciudades o el curso del Nilo de modo maravilloso. Estos escudos se hacían en conformidad con los sueños y visiones que tenían los sacerdotes en sus torres, según los cuales hacían los canales y fabricaban las ciudades. En esta forma edificaron a Menfis.

Los malos espíritus debían tener en aquel entonces una mayor influencia corporal sobre los hombres. Veo salir de la tierra y de las profundidades todas las influencias de las artes mágicas de los egipcios. Cuando un sacerdote comenzaba a ejercer sus artes de magia, yo veía salir de la tierra toda clase de asquerosos animales, y entrar en su boca en forma de un vapor negro. Por esto se encontraba luego como borracho, fuera de sí y viendo visiones. Era como si con cada vapor que le entraba se le abría un mundo desconocido ante su vista, y veía entonces lo cercano y lo lejano, la profundidad de la tierra, las comarcas apartadas y los hombres de ellas, cosas escondidas y ocultas; es decir todas aquellas que tenían relación con los malos espíritus. La magia posterior me pareció que estaba mayormente bajo la influencia de los espíritus del aire. Todo lo que estos magos veían por medio de estos espíritus, me pareció que eran como trucos, ilusiones e imágenes ficticias, que los demonios formaban ante su vista. Yo misma me puse a mirar estas imá-

genes: era como ver a través de una sombra o de algo transparente.
Cuando estos sacerdotes querían mirar en las estrellas lo futuro, hacían preceder algunos actos de ayuno y purificaciones: se cubrían con sacos y se derramaban ceniza, y mientras observaban las estrellas, se ofrecían sacrificios. Observaban desde sus torres y pirámides. Los paganos de aquellos tiempos tenían un conocimiento confuso y corrupto de los misterios de la religión del verdadero culto de Dios, que por medio de Set, Enoc, Noé y los Patriarcas habían pasado al pueblo hebreo. Por esto se explica que había tanta crueldad y perversión en el culto de los ídolos, porque el demonio enturbiaba y corrompía el verdadero culto y las verdades reveladas por Dios, como más tarde sucedió con la magia y artes de diabólica brujería. Por esta causa mandó Dios que el secreto del Arca de la Alianza fuera rodeado por fuego, para su conservación. Las mujeres del tiempo de los Faraones vestían aún como en tiempo de Semíramis.
Cuando Jacob fue adonde estaba José en Egipto pasó por el mismo camino que recorrió más tarde Moisés llevando a los israelitas a la tierra prometida. Él tenía la previsión de que volvería a ver a José: llevaba esto en el corazón, aunque en forma vaga. Cuando peregrinaba a Mesopotamia tuvo ya una visión del porvenir de sus hijos; no en el lugar de la visión de la escala, sino donde erigió la piedra. Vio que uno de ellos, en el lugar donde fue vendido José más tarde, se hundía, y luego se levantaba una estrella en el Sur. Por esta causa, cuando le trajeron la túnica teñida en sangre, recordó la visión anterior, que ya había olvidado, y dijo: "He de llorar a José hasta que lo vuelva a ver". Jacob hizo averiguar, por medio de Rubén, qué mujer tenía José, sin decirle, empero, que era una sobrina. Se hizo amigo de Putifar y éste, después de mucha amistad con Jacob, se circuncidó y abrazó el culto del verdadero Dios y la religión de los hebreos. Jacob vivía a la distancia de un día de camino de José. Cuando enfermó, José fue a verlo. Jacob le preguntó varias cosas acerca de Asenet, y cuando supo lo de la señal del pecho, dijo a José: "Esta es carne de tus carnes, esta es hueso de sus huesos", revelándole así quién era Asenet. José se sintió tan conmovido, que desmayó por la impresión. Cuando llegó a casa se lo dijo a su mujer y ambos lloraban de corazón por todo lo que entonces supieron.

XL
Muerte de Jacob y de José

Jacob se fue debilitando cada vez más y José volvió de nuevo con él. Jacob apoyó sus piernas sobre el suelo y José le puso la mano sobre la cadera jurándole que le enterraría en Canaán. Cuando hubo jurado, Jacob bendijo a José. Él sabía que José había recibido la bendición que le había sido sustraída por el ángel. Permaneció en su cuerpo, aún después de su muerte, hasta la noche de la salida de Egipto, en la cual Moisés retiró el misterio con los restos de José, que más tarde colocó en el Arca de la Alianza, como un sagrado secreto para el pueblo de Israel. Unos tres meses después de la visita de José, murió Jacob. Después de su muerte, los egipcios e israelitas celebraron un juicio, según su costumbre, en el cual fue muy alabado y apreciado por todos.
Asenet dio a José varios hijos: los primeros, Manasés y Efraín, y en total diez y ocho hijos, entre los cuales varios gemelos. Murió tres años antes que José y fue embalsamada por mujeres judías. Mientras vivió José, permaneció en su monumento. Los ancianos del pueblo sacaron algo de sus entrañas que conservaron en una figura de oro. Como también los egipcios trataban de sacar parte del cuerpo, se le confió a las comadres judías el cuerpo de Asenet y una de ellas lo mantuvo oculto entre los cañaverales del Nilo, encerrado en una caja bien calafateada. En la noche de la saluda de Egipto, una comadre, de nombre Sara, de la tribu de Aser, trajo a Moisés este tesoro escondido. José fue embalsamado después de su muerte por algunos judíos, en presencia de los egipcios, y se produjo luego la unión de los cuerpos de José y Asenet, según los dibujos y anotaciones que Asenet había hecho, conforme a sus visiones y que había dejado a los judíos. También los sacerdotes egipcios y observadores de los astros, que recibieron a José y Asenet entre los dioses, tenían un conocimiento de estos dibujos y una idea de la gran importancia de la bendición de José y de Asenet para el pueblo hebreo. Por esto trataban de pasar a sí mismos esta bendición, y comenzaron entonces a oprimir a los hebreos. Después de la muerte de José fueron muy duramente tratados los hebreos, que se habían multiplicado grandemente, por el Faraón de Egipto. Sabían los egipcios que ellos no saldrían de Egipto sin los huesos de José. Por esto robaron varias veces estos restos, y finalmente se apropiaron de ellos totalmente. El común del pueblo sabía de la existencia del cuerpo de José, pero ignoraba el misterio allí encerrado; esto lo sabían unos pocos. El pueblo entero experimentó gran consternación cuando se enteró por los ancianos, que el cuerpo de José y el misterio sobre el cual descansaban

las promesas, les había sido sustraído. Moisés, que había sido educado en la corte de Faraón en todas las ciencias de los egipcios, visitaba su pueblo, y así conoció la causa de su tristeza. Cuando más tarde mató al egipcio y tuvo que huir, fue providencia de Dios que se refugiase en casa de Jetró: éste, por su amistad con la sibila Ségola, le pudo ayudar a descubrir el oculto tesoro del misterio[10].

Moisés habíase casado con Séfora por inspiración de Dios, que quería juntar esta rama dispersa y unirla a Israel.

XLI
Sémola, Moisés y el cuerpo de José

Sémola era una hija natural de Faraón, de madre judía y aunque instruida y educada en la astrología egipcia, era muy afecta a los hebreos. Ella fue la que primero descubrió que Moisés no era hijo de Faraón, aunque se educaba en la corte. Aarón después de la muerte de su primera mujer, se unió a una hija de Sémola, para que la amistad y la unión con los israelitas se hiciese más fuerte y duradera. Los hijos de este matrimonio salieron con los israelitas de Egipto. Aarón tuvo más tarde que separarse de ella para que el sacerdocio fuese de pura sangre hebrea. Esta hija de Sémola casó nuevamente, y sus descendientes vivían, en tiempo de Jesucristo, en Abila, adonde había sido llevaba su momia por su madre. Sémola era muy esclarecida y tenía gran influencia en la corte de Faraón. Tenía en la frente como una excrescencia, como he visto en antiguos tiempos en otros hombres dotados de profecía. Se sentía inclinada por el espíritu de Dios a hacer muchos favores a los hebreos.

Precisamente en la noche en la cual pasó el ángel exterminador matando a los primogénitos, salió Sémola cubierta, con Moisés, Aarón y otros tres israelitas y dirigióse adonde había dos colinas sepulcrales, separadas por un canal y unidas por un puente. El canal se echaba, entre Menfis y Gosen, en el río Nilo. La entrada al monumento sepulcral estaba debajo del puente, más profundo que la superficie de las aguas, y había que bajar por escalones que arrancaban desde el puente mismo. Sémola bajó sola con Moisés y escribiendo el nombre de Dios sobre un pergamino, lo echó a las aguas, que se dividieron, dejando patente la entrada del monumento. Golpearon sobre la piedra que hacía de puerta y se abrió hacia adentro. Entonces llamaron a los demás hombres. Moisés les sujetó las manos con su estola y les hizo jurar que guardarían el secreto. Después del juramento les soltó las manos y entraron todos en el monumento, donde encendieron luz. Se veían allí muchas otras salas y figuras de muertos. El cuerpo de José y los restos de Asenet yacían en un monumento egipcio, en forma de toro, hecho de metal, que resplandecía como oro apagado. Levantaron la tapa y Moisés tomó el misterio del hueco esqueleto de José, lo ocultó en un paño y se lo pasó a Sémola, que lo llevó, ocultándolo entre las ropas de su vestido. Los demás huesos fueron amontonados sobre una piedra, y acomodados en paños para ser llevados por los hombres. Ahora que tenían los restos de José y el misterio consigo podían los hijos de Israel salir de Egipto. Sémola lloraba de consuelo. El pueblo estaba lleno de alegría.

Moisés encerró en la punta de su bastón una reliquia del cuerpo de José. Este bastón terminaba en un níspero con hojas en torno. No era el mismo que arrojó en presencia de Faraón y que se convirtió en una serpiente. Este era hueco por arriba y por abajo, de modo que las partes superior e inferior se podían sacar o acortar a voluntad. Con la parte inferior, que me pareció de metal, tocó Moisés la roca como si escribiese algo sobre ella. La roca se abrió al contacto de esa punta y saltó el agua. Donde Moisés tocaba con la punta de su bastón, en la arena, y escribía algo, saltaba agua. La parte superior, en forma de níspero, podía sacarse fuera o meterse, y al contacto de esta parte se dividió el Mar Rojo en dos partes.
Desde la muerte de José hasta la salida de Egipto pasaron ciento sesenta años, según nuestro modo de calcular. En Egipto usaban otro sistema para calcular las semanas y los años. Se me lo ha declarado varias veces, pero no puedo ahora reproducir esta explicación. Mientras moraron los israelitas en Egipto, tenían sólo tiendas en lugar de templo. Por altar levantaban uno de piedras, derramaban óleos sobre él y ofrecían generalmente trigo entre los vegetales y corderitos entre los animales. Mientras ofrecían el sacrificio, cantaban y rezaban.

XLII
Melquisedec, Eliseo y el sacerdocio

He visto siempre a Melquisedec como ángel sacerdotal y figura de Jesús, sacerdote de la tierra. En cuanto el sacerdocio está en Dios, Melquisedec era sacerdote según el orden eterno. He visto que fue enviado a la tierra para preparar, fundar, edificar y apartar las razas de los hombres y establecerlas sobre la tierra.

He visto las obras de Henoch y de Noé y su importancia para mantener a los hombres en el bien; pero he visto también, al lado de esto, la acción incesante del poder de las tinieblas y del infierno con las mil formas y manifestaciones de una idolatría terrena, carnal y diabólica, y de esta idolatría nacer y reproducirse una serie interminable de otros pecados y corrupciones de parecida forma y manera, como por fuerza y necesidad interna de las cosas. He visto los pecados y las derivaciones y figuras de estas reproducciones, las cuales, según su especie, eran de las mismas formas que sus causantes, como en un principio el hombre fue imagen de Dios. Así me fue mostrado todo esto desde Abraham hasta Moisés, y desde Moisés hasta los profetas, siempre en relación y en imágenes de cosas que llegaban hasta nuestros días.

Aquí se me mostró, por ejemplo, por qué los sacerdotes de ahora ya no sanan ni ayudan en las enfermedades, y se me enseñó por qué no lo consiguen o lo consiguen en muy diverso grado. Se me mostró este don del sacerdocio entre los profetas y la causa de su forma de obrar.

He visto, por ejemplo, en la historia de Eliseo cuando dio su bastón a Giezi para que lo pusiese sobre el niño muerto de la mujer de Sunam. En el bastón estaba la fuerza de Eliseo y encerrado en él la fuerza de una misión espiritual. El bastón era como un brazo a la distancia. Con ocasión de esta historia he visto la interna razón de la fuerza del báculo de los obispos, del cetro de los reyes y su poder, mientras que lo sostenga la virtud de la fe que lo ata con el enviado y lo separa de los demás que no son tales. En el caso de Giezi he visto que él no tenía fe suficiente y la madre del niño creía que solamente Eliseo lo podía resucitar. De este modo se interpuso entre la figura de Eliseo (que era de Dios) y el bastón del profeta, la duda; por causa del humano modo de ver y sentir, y el bastón de Eliseo no pudo obrar por interposición de este impedimento humano. Luego he visto a Eliseo echarse sobre el muerto, mano con mano, boca con boca y pecho con pecho, en fervorosa oración, hasta que volvió el alma al cuerpo del niño difunto. Se me mostró en esta ocasión la semejanza de esta obra y su relación con la muerte

de Jesús en la cruz. En el caso de Eliseo se abrieron por la fe y el poder de Dios las fuentes de la gracia y de la reparación del hombre, encerradas por la culpa y el pecado: cabeza, pecho, manos y pies. Eliseo se echó como una cruz viviente y figurativa sobre la cruz muerta y cerrada del niño muerto, y mediante su oración y su fe trajo la vida y la salud al niño, y reparó y pagó por los pecados que los padres habían cometido con cabeza, manos, pies y corazón, ocasionando la muerte del niño. He visto en todo esto una imagen de la muerte de Jesús en la cruz y sus heridas y llagas, y como en todo esto hay una admirable e inexplicable armonía. Desde la muerte de Jesús en la cruz he visto en el sacerdocio de la Iglesia este poder de reparar y de sanar en toda plenitud, especialmente en los cristianos verdaderamente creyentes. En el grado en que vivimos en Jesús y con Él estamos crucificados, se abren en nosotros las puertas de sus sagradas llagas con toda su eficacia. He visto muchas cosas acerca de la eficacia de poner las manos sobre la cabeza y acerca de la fuerza de la bendición y de la virtud de la mano a distancia, y me fue declarado y mostrado todo esto con motivo y con relación del bastón de Eliseo, que era el representante de su mano milagrosa.

XLIII
El Arca de la Alianza

La misma noche en que Moisés rescató el misterio del cuerpo de José, se construyó la caja en forma de sarcófago, de oro, en la cual se guardó el misterio a la salida de Egipto. Debía ser tan grande que pudiera caber un hombre dentro; debía ser como una iglesia para ellos y un cuerpo. Fue en la misma noche que debían teñir con sangre las puertas. Al ver la rapidez con que trabajaban en esta caja, pensé en la santa cruz, que también fue apresuradamente hecha la noche antes que muriera Cristo en ella. El arca era de chapas de oro y tenía la figura de un sarcófago de momias egipcias. Era más ancha arriba que abajo; arriba tenía la figura de un rostro con rayos de luz y a los costados los espacios de los brazos y de las costillas. En medio del arca se puso una cajita de oro que contenía el sacramento o misterio que Sémola había sacado del sepulcro de José. En la parte inferior se pusieron vasos sagrados y las copas de los patriarcas, que Abraham había recibido de Melquisedec, y heredado con la bendición de la primogenitura. Tal era el contenido y la forma de la primera Arca de la Alianza, que estaba cubierta con un paño colorado y encima otro blanco. Recién en el monte Sinaí se construyó el arca de madera, forrada de oro por fuera, en la cual se encerró el sarcófago de oro con el sacramento o misterio. Este sarcófago no alcanzaba más que a la media altura del arca y no era tampoco tan largo como ella; había aún lugar para dos pequeños recipientes, en los cuales había reliquias de la familia de Jacob y de José, y donde más tarde entró la vara de Aarón. Cuando esta Arca de la Alianza se colocó en el templo de Sión, sufrió cambios en su interior: se sacó el sarcófago y se puso en su lugar una figura pequeña del mismo, hecho con una materia blanca.

Desde niña había visto muchas veces el arca y todo lo que ella contenía por dentro y por fuera, como las cosas que se iban añadiendo. Solían poner adentro todas las cosas sagradas que conseguían. Con todo, no era pesada, pues se podía llevar con facilidad. El arca era más larga que ancha; el alto era igual que el ancho. Tenía abajo una moldura sobresaliente como pie. La parte superior tenía un adorno de oro muy artístico de medio codo de largo; aparecían allí pintadas flores, volutas, caras, soles y estrellas. Todo estaba muy bien trabajado, y no sobresalía mucho sobre el borde superior del arca. Debajo, al final de los costados, había dos anillos donde se ponían los palos de las andas. Las demás partes del arca estaban adornadas con toda clase de figuras de madera de color, maderas de Sitim y oro. En medio del arca había una puertecita pequeña, que no se notaba casi, para que el sumo Sacerdote

pudiese sacar y volver a poner el sacramento o misterio cuando estaba solo, para bendecir o profetizar. Esta puerta se abría en dos hacia el interior y era de tal modo que podía el sacerdote meter su mano. La parte por donde corrían los palos de las andas estaban algo elevadas, para que dejaran descubierta la puerta. Cuando se abrían ambas hojas hacia adentro, se abría al mismo tiempo el dorado recipiente, rodeado de cortinas, como un libro, mostrando el sacramento o misterio que allí estaba. Sobre la cubierta del arca se levantaba el trono de la gracia. Era una plancha cubierta de oro que contenía huesos sagrados, grande como la misma tapa, sobresaliendo sólo un poco de ella. De cada lado estaba sujeta con cuatro clavos de madera de Sitim, que entraban en el arca, y de tal manera, que se podía, a través de ellos, ver el interior. Los clavos tenían cabezas como frutas; los cuatro tornillos exteriores sujetaban los cuatro lados del arca; los cuatro interiores se perdían adentro. A cada lado del trono de la gracia estaba sujeto un querubín del tamaño de un niño. Ambos eran de oro. En medio de este trono de gracia había una abertura redonda, como una corona, y del centro subía una pértiga que terminaba en una flor de siete puntas. En esta pértiga descansaban la mano derecha de un querubín y la izquierda de otro, mientras tenían extendidas las otras dos manos. Las alas derecha del uno e izquierda del otro se unían elevadas y las dos alas restantes caían sobre el trono de gracia. Las manos extendidas de los querubines estaban en posición de advertir y avisar. Los querubines estaban sobre el trono de gracia apoyados con una rodilla; las otras, sobresalían del arca. Sus rostros y miradas estaban vueltos hacia fuera del santuario, como si temieran mirarlo. Llevaban un vestido solo, de medio cuerpo. En los largos caminos se solía sacarlos de sobre el arca y llevarlos aparte. He visto que arriba, donde terminaba la pértiga en siete puntas, quemaban los sacerdotes en el fuego una materia oscura, como un incienso sagrado, que sacaban de una caja. He visto también que a menudo salían rayos de luz del interior hacia el exterior de la pértiga y otras veces bajaban del cielo rayos de luz que estaban adentro. Otras veces, luces a los lados, indicaban el camino que debía recorrerse en las peregrinaciones. Esta pértiga entraba en el interior del arca y tenía unos sostenes, de donde estaban suspendidos el vaso de oro del sacramento o misterio y sobre él, las dos tablas de la Ley. Delante del sacramento colgaba un vaso del maná. Cuando yo miraba el interior del arca de un lado, no podía ver el sacramento.

Yo siempre reconocía y tenía al arca como una iglesia, al misterio como un altar con el sacramento y el vaso con el maná me parecía la lámpara delante del Santísimo. Cuando iba a la iglesia siendo niña, yo me explicaba las cosas que veía allí en relación con lo que había observado en el Arca de la

Alianza. El misterio de ella me pareció el Santísimo Sacramento del Altar. Sólo que no me parecía aquello tan lleno de gracia, sino mas bien mezclado de temor y reverencia. Me producía una impresión más de temor y de miedo, que de amor y de gracia; pero me pareció siempre muy santo y misterioso. Me pareció que estaba en el arca todo lo que es santo; que nuestras cosas santas estaban en él como un germen, como en una existencia futura, y que el sacramento del arca era lo más misterioso de todo. Me parecía que era el arca el fundamento del sacramento del altar, y éste, el cumplimiento y la realidad. No lo puedo decir mejor. Este misterio les estaba oculto a los hebreos, como a nosotros el Sacramento del altar. Yo sentí que sólo pocos sacerdotes sabían lo que era y que pocos, por iluminación del cielo, sabiéndolo, lo usaban. Muchos lo ignoraban y no lo usaban: les pasaba como a nosotros, que ignoramos muchas gracias y maravillas de la Iglesia, y cómo hasta nuestra eterna salvación se comprometería si estuviera sólo fundada sobre la fuerza y el entendimiento humanos. Pero nuestra fe está fundada sobre una roca.

La ceguera de los judíos se me presenta siempre digna de ser llorada y lamentada. Tenían todo en germen, y no quisieron reconocer el fruto de ese mismo germen. Primero tuvieron el misterio: era como el testimonio, la promesa; luego vino la ley, y, por último, la gracia. Cuando hablaba el Señor en Fichar, le preguntaron las gentes adonde había ido a parar el misterio o sacramento del Arca de la Alianza. Les contestó que de él ya mucho habían recibido los hombres, y que ahora se había pasado a ellos; del mismo hecho que ya no existía podían reconocer que el Mesías había llegado.

XLIV
Joaquín recibe el misterio

Yo veo este sacramento o misterio en forma de involucro, como una capacidad, un ser, una fuerza. Era pan y vino, carne y sangre: era el germen de la bendición y descendencia, antes del pecado; era la existencia sacramental de la descendencia, antes del pecado, que fue guardando para los hombres en la religión y que debía hacer cada vez más pura, por la virtud, esta descendencia, hasta llegar a María, en la que debía completarse, para darnos, por obra del Espíritu Santo, el tan esperado Mesías nacido de esta pura Virgen.
Noé plantó la viña y esto fue ya una preparación: aquí había ya algo de reconciliación y de protección. Abraham recibió este misterio en la bendición, y he visto que trasmitió este sacramento como una cosa real, como algo substancial. Quedó como un secreto de familia. Por esto se explican las grandes prerrogativas que traía el derecho de la primogenitura. Antes de la salida de Egipto, recibió Moisés este misterio y como antes había sido un secreto de familia y de religión, así pasó a ser misterio de todo el pueblo. Entró en el Arca de la Alianza como el Santo Sacramento del Altar en el tabernáculo, como en la custodia.
Cuando los hijos de Israel adoraron el becerro de oro y cayeron en grande aberración, Moisés mismo dudó del poder del sacramento, y por eso fue castigado con no poder entrar en la tierra prometida. Cuando el Arca de la Alianza caía en manos de los enemigos o en cualquier otro peligro, era sacado el sacramento por el sacerdote y con todo era tan santa el arca que los enemigos se veían obligados a devolverla por los castigos que recibían. Sólo pocos conocían la existencia de este misterio en el arca y su fuerza de expansión benéfica. A menudo sucedía que un hombre manchaba por el pecado y la impureza la línea sagrada de la descendencia hasta el Mesías, y así la unión del Salvador con el hombre era retardada; pero los hombres podían por la penitencia renovar y purificar este sagrado misterio. No puedo decir con precisión si por el contenido de este sacramento se efectuaba, por una especie de consagración, un fundamento divino o una plenitud sobrenatural en los sacerdotes, o si venía todo enteramente de Dios inmediatamente. Creo lo primero; porque he visto que algunos sacerdotes lo despreciaron e impidieron la venida de la salud y fueron por ello castigados hasta con la muerte. Cuando el sacramento obraba y la oración era oída, resplandecía el misterio, crecía y brillaba con luz rojiza a través de su envoltura. Esta bendición del misterio aumentaba o disminuía según los tiempos y la piedad y la pureza de

los hombres. Mediante la oración, el sacrificio y la penitencia, parecía que crecía y aumentaba en fuerza. Delante del pueblo lo he visto usar solamente por Moisés, cuando la adoración del becerro de oro y en el paso del Mar Rojo, aunque lo tuvo velado, cubierto a las miradas de los hombres. Fue sacado por él del vaso sagrado y cubierto, como se saca en Viernes Santo el Santísimo Sacramento y es llevado delante del pecho para bendecir o conjurar, como si obrase a la distancia. De este modo Moisés libró a muchos de la idolatría y la muerte. He visto que el Sumo Sacerdote, cuando estaba solo en el santuario, lo usaba, moviéndolo de un lado a otro, como una fuerza, una protección o una bendición, una elevación para bendecir o para castigar. No lo tomaba con las manos, sino con un velo. Para fines santos he visto usarlo sumergiéndolo en el agua, que quedaba bendita y se daba a beber. La profetisa Débora, como luego Ana, la madre de Samuel, en Silo, como también más tarde Emerencia, madre de Santa Ana, bebieron de esta agua sagrada. Por la bebida de esta agua sagrada fue preparada Emerencia para engendrar santamente a Ana. Santa Ana no bebió de esta agua, porque la bendición estaba en ella.

Joaquín recibió, por ministerio de un ángel, el sacramento del Arca de la Alianza. De este modo fue concebida María, bajo la puerta dorada del templo, y con su nacimiento pasó a ser ella misma el arca del misterio. El objeto de este sacramento estuvo cumplido. El arca de madera del templo quedaba ya sin sacramento y sin misterio. Cuando Joaquín y Ana se encontraron bajo la puerta de oro del templo, se llenaron de luz y la inmaculada Virgen fue concebida sin pecado original. Había en torno de ella un sonido maravilloso, como una voz de Dios. Este misterio de la Inmaculada Concepción de María, en Santa Ana, no pueden los hombres comprenderlo y permanece escondido a su entendimiento. La línea de generación de Jesús había recibido el germen de la bendición de la Encarnación del Verbo. Jesucristo instituyó el Sacramento de la Nueva Alianza como el fruto, como el cumplimiento de ella, para unir de nuevo a los hombres con Dios.

XLV
Al fin del mundo se descubrirá y se aclarará este misterio

Cuando Jeremías, durante la cautividad de Babilonia, hizo ocultar el Arca de la Alianza con otros objetos sagrados, en el monte Sinaí, el misterio ya no estaba adentro. Sólo la envoltura de él quedó escondida con el Arca de la Alianza. Él conocía la santidad del contenido y quiso a menudo hablar de ello a los hombres, como también de la perversidad del pueblo, que lo deshonraba; pero el profeta Malaquías lo detuvo en su intento y sacó el misterio de allí. Por medio de este profeta, llegó a los esenios más tarde, y por un sacerdote fue de nuevo al arca hecha posteriormente. Malaquías fue como Melquisedec, un enviado de Dios: no lo he visto nunca como un hombre común y ordinario[11]. Aparecía como hombre, a semejanza de Melquisedec, aunque algo diferentemente de él, como lo exigían los tiempos. Poco después de haber sido llevado Daniel a Babilonia, he visto a Malaquías como un niño de siete años, perdido, con una vestidura verde y bastoncito en sus manos, que se dirigía, al parecer, a Sarepta, a la tribu de Zabulón, a casa de una piadosa familia. Estos lo recibieron como a uno de los perdidos hijos israelitas de la cautividad, y lo tuvieron consigo. Era sumamente bondadoso, paciente al extremo y mando, de modo que todos lo amaban y así podía él enseñar y aconsejar sin contradicción. Tuvo mucha relación con Jeremías y le ayudó en las grandes necesidades con sus consejos. Por él fue librado Jeremías de la cárcel en Jerusalén. El Arca de la Alianza escondida por Jeremías en el monte Sinaí, no fue jamás encontrada. El arca que se hizo después, no fue tan hermosa ni contenía lo que había en la anterior. La vara de Aarón pasó a manos de los esenios, en el monte Orbe, donde también se escondió parte de las cosas sagradas. La tribu que Moisés había destinado a la custodia del arca subsistió hasta los tiempos de Herodes.

En el último día aparecerá todo lo escondido y se aclarará el misterio, para terror de todos aquéllos que lo han profanado y desconocido.

NOTAS:

[1] San Roberto Belarmino escribe: "No he leído nunca en los antiguos escritores y Padres que uno solo haya afirmado que el Paraíso terrenal ha sido destruido por Dios". *(Const. de Grat. primit. hom.,* cap. 14). Santa Hildegard, Santa Mectildis y Santa Liduvina han estado en el Paraíso Terrenal y describen su belleza.

[2] Se preguntan los teólogos si en el estado de inocencia el acto de la generación se hubiera realizado como al presente. Lo niegan San Juan Crisóstomo, San Basilio, San Gregorio Niseno, San Atanasio, San Juan Damasceno, San Jerónimo, Anastasio Sinaíta, etc.; y confirman esta negativa las revelaciones de Santa Brígida, Santa Gertrudis y Santa Mectildis. En cambio, Santo Tomás, Suárez y otros están por la opinión contraria.

[3] Straubinger y otros traducen del hebreo *hanajash*, por serpiente, y *arum*, por astuto, que podría ser también insinuante; pero no pueden decirnos cómo era ese animal antes de la maldición de Dios y de su condenación de arrastrarse sobre la tierra.

[4] Esto, que parece nuevo e inaudito, no lo es. El franciscano Pedro Galatino escribe: "Era opinión de judíos antiguos que la Madre de Dios no sólo fue creada en la mente de Dios *ab initio* y *ante saecula*, sino que también la materia de ella fue formada en la materia de Adán. Cuando Dios plasmó a Adán hizo una masa de cuya parte más noble tomó la materia más pura para María, y del residuo o superfluidad formó a Adán". El mismo autor añade: "La materia de la Madre de Dios, creada desde el principio y encerrada en un miembro de Adán fue sacado de él, y pasando de Adán a Set, de Set a Henoch, a Noé, a Sem, a Heber, a Abraham, a Isaac y a Jacob, llegó hasta Joaquín. Es obvio suponer que se guardaba este misterio en el Arca de la Alianza para hacer posible la transmisión a través de tantos siglos". *(De Arcanis Catholicae Veritatis*, libro VII).

[5] Santa Brígida da como salvo a Salomón. En el proceso de beatificación de Sor Juana de la Cruz de Revoredo se lee que, por sus oraciones, Dios libró a Salomón del Purgatorio (X, 1674). Teresa Newman ve a Pilatos bautizado, convertido, muerto por orden del Emperador, y salvo. Ana Catalina da como salvo a Caín, después de su castigo en este mundo.

[6] Acerca de los ángeles menos culpables parece coincidir con Santa Francisca Romana, en cuyas revelaciones sobre el Infierno se lee: "Los demonios que están en el aire y entre nosotros son aquéllos que en el tiempo de la rebelión de Lucifer no se opusieron a los planes del rebelde y pensaron permanecer indiferentes entre Dios y Lucifer".

[7] En las visiones de la vida de Jesús se refiere al viaje del Señor a Chipre, del cual no dicen nada los Evangelios.

[8] Semíramis, a quien la historia presenta como fabulosa, aparece como persona real en las visiones de Ana Catalina. Fue reina de Asiria y Babilonia, se casó con el rey Ninos, al cual hizo matar para reinar sola. Fundó Babilonia, conquistó Egipto y Libia, y reinó durante cuarenta años, dejando en el trono a su hijo Ninias; desapareció de la vista de sus súbditos, que la adoraron como diosa.

[9] Orígenes y Dydimo sostienen que Melquisedec era ángel. San Agustín escribe: "La aparición de Melquisedec es tan sorprendente que muchos dudan de si se trata de un hombre o de un ángel" (III, 519). En otro pasaje dice: "Melquisedec no era un hombre: aparecía en forma de hombre como figura del sacerdocio de Jesucristo" (XVI, 490).

[10] Acerca de las sibilas, escribe Clemente Alejandrino: "Dios dio a los hebreos, a los profetas y a los paganos las sibilas, para que no se perdiera entre ellos la idea del verdadero Dios. *Agnoscite sybillam quomodo Deum significet*. A la sibila Eritrea se atribuyen estas palabras, que tienen por primeras letras la expresión *Ixtis*, que corresponden a *Ieosus Cristos Teou Iios Soler*, es decir: Jesucristo Hijo de Dios Salvador".

[11] Kaulen escribe en el *Kirchenlexikon*: "Malaquías significa *enviado de Dios*, ángel de Dios. Los Setenta traducen *ángel*. Muchos cristianos de los primeros siglos, tomando el concepto en su sentido estricto, han creído ver en Malaquías a un ángel con apariencia de hombre".